



HARLEQUIN™

INTENSE



JUEGOS PARA
EL PLACER

DAIRE ST. DENIS

INTENSE

JUEGOS PARA
EL PLACER
DAIRE ST. DENIS



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 Dara Lee Snow
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Juegos para el placer, n.º 10 - enero 2019
Título original: *Pleasure Games*
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1307-514-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Dedicatoria

Para Steena, Elena y Trish.

Los verdaderos amigos están donde colisionan la cordura y la locura.

Capítulo 1

Luca Legrand no sabía si lo suyo era un golpe de suerte o si había sido maldito con el peor de los infortunios. En aquel momento, sentado en un calabozo que olía a orines y sudor, se inclinaba por lo segundo.

—¡Legrand!

Un miembro uniformado de la prefectura de policía de París golpeó los barrotes.

—*Votre avocat est ici.*

Su abogado había llegado.

Se puso de pie y esperó a que el agente abriera el calabozo antes de seguirlo por el pasillo hasta un cubículo no más grande que un retrete. François Chavalier, el abogado de los viñedos de la finca de los Legrand, estaba esperándolo allí, leyendo el periódico ante una mesa de acero atornillada al suelo.

François alzó la mirada al abrirse la puerta. No se levantó ni saludó a Luca, simplemente se quedó tamborileando con los dedos sobre la mesa a la espera de que Luca se sentara frente a él.

Una vez el oficial cerró la puerta, François siguió leyendo el periódico. Estaba sumido en un artículo con el título de *Heredero de los viñedos Legrand en prisión por agresión*. Debajo del titular aparecía la imagen de Luca en el momento de ser introducido en el coche de la policía.

—No es lo que parece —dijo Luca.

—¿En serio? Porque tiene muy mala pinta —replicó François con mucha calma, moviendo su bigote.

Luca se echó hacia atrás en su silla metálica y se cruzó de brazos. Se quedó mirando fijamente a François. No se arrepentía lo más mínimo.

—No es culpa mía —dijo.

—¿Ah, no?

François se echó hacia delante, apoyando las manos sobre la mesa y obligando a Luca a mirarlo. Su rostro, siempre sonrosado, estaba del color de los tomates maduros en aquel momento.

—Has golpeado a un reportero, le has roto la nariz y has destrozado su cámara. ¿Y todavía dices que no es culpa tuya?

Se levantó y agitó una mano en el aire en aquella pequeña estancia que olía a humedad y a tabaco.

—Eres el primer Legrand en ser arrestado y ¿te atreves a decir que no ha sido culpa tuya?

Hizo una mueca, como si acabara de probar un vino demasiado astringente y estuviera a punto de escupirlo.

Lentamente, Luca se puso de pie, obligando a François con sus dos metros de altura a alzar la mirada.

—Ese hombre se lo merecía.

—Me da igual que se lo mereciera, lo único que me preocupa es tu legado, ese que tú solito te has encargado de destruir —dijo el abogado observándolo fijamente.

Sus párpados pesados y las bolsas de debajo hacían imposible ver sus ojos, pero Luca le sostuvo la mirada. Aun así, el hecho de que el abogado fuera el primero en apartar la vista, tampoco lo complació.

—El valor de nuestro champán ha caído significativamente desde que estás al mando. ¿Te has dado cuenta?

Luca apretó los dientes y contó hasta cinco: *un, deux, trois, quatre, cinq...* Pero aquella cuenta no evitó el borboteo del fuego líquido que sentía en su interior con cada inspiración.

—El valor de nuestro champán cayó el día en que mi padre murió —murmuró entre dientes.

Era cierto. Su padre había dirigido la finca durante treinta años siguiendo los pasos de su padre, de su abuelo y de doscientos años de antepasados. Su padre había sido un hombre fuerte y sano que parecía que nunca moriría. Luca apenas lo había visto en los últimos diez años mientras había estado compitiendo en los circuitos Gran Premio de motos.

—Esto no puede seguir —dijo François señalando al pecho de Luca—. Todos estos escándalos...

Luca se apoyó en la pared y cruzó un tobillo sobre el otro, a la espera de

que François empezara a detallar sus últimos escándalos. No tenía sentido defenderse.

Numerándolos con los dedos, François comenzó a detallar la larga lista.

—Alterar el orden.

¿Alterar el orden? Luca había roto con su novia, Anika Van Horn, una modelo que estaba más interesada en la fama y fortuna de los Legrand que en el propio Luca. La joven no se había tomado muy bien la ruptura. De hecho, le había dado una bofetada en la terraza de un café, provocando que la escena se hiciese viral en las redes sociales a los pocos segundos. Todavía no tenía claro de qué se le había acusado por aquello.

—Embriaguez en vía pública.

Había asistido a la fiesta de despedida de soltero de un compañero del equipo Monster. Si bien Luca se había tomado un buen número de copas, no se había emborrachado tanto como el futuro novio, a quien Luca había tenido que rescatar de la fuente Stravinsky.

—Exhibicionismo en vía pública.

Había sido su amigo, el que iba a casarse, el que se había desnudado. Pero la prensa tenía una forma de tergiversarlo todo y parecía que había sido Luca el que se había desvestido, se había metido en la fuente y había tenido un comportamiento subido de tono con una sirena de cuyos pechos emanaba agua.

Luca suspiró y le hizo una seña a François para que continuara, sabiendo lo que vendría a continuación.

—Sin olvidar el vídeo sexual —dijo François e hizo una pausa arqueando la ceja para lograr mayor efecto—. Vaya manera de contribuir al prestigio del apellido de tu familia —añadió con sarcasmo.

Luca abrió la boca, pero la excusa se ahogó en su garganta. ¿Por qué explicarle a François que el vídeo era privado y que estaba claro que Anika lo había filtrado con intención de darse a conocer o de humillarlo en público? Eso no cambiaría las consecuencias.

—Y ahora, una semana más tarde, aquí estás, en un calabozo —observó François con los ojos al borde de las lágrimas por la ira—, por allanamiento y destrucción de propiedad ajena.

Los *paparazzi* habían sido implacables desde el escándalo sexual. Luca apenas había podido salir de su piso. No había podido ir al mercado ni hacer nada sin ser acosado. Uno de los reporteros se había cruzado en su camino mientras iba en su recién estrenada Yamaha VMAX y a punto había estado de

chocarse contra una farola. Entonces, Luca había perdido los nervios. No estaba orgulloso de su comportamiento, pero si se repitiera la situación, volvería a hacer lo mismo.

Había dejado la moto y se había dirigido directamente al hombre para pedirle que borrara de su cámara las imágenes que acababa de tomar. Al ver que seguía haciendo fotos, Luca le había arrebatado la cámara con la intención de borrar la memoria. El hombre lo había empujado y la cámara había acabado en el suelo, hecha añicos sobre los adoquines.

Entonces, aquel idiota le había lanzado un puñetazo, que Luca había esquivado sin ninguna dificultad. Un puñetazo, eso era todo lo que había hecho falta para despertar la bestia en él. No era culpa suya que aquel hombre hubiera empezado algo que no había podido terminar.

Otra vez. No tenía sentido explicar nada de aquello a François. Solo le preocupaba una cosa, el valor de la compañía, y lo cierto era que se había desplomado desde que Luca se había hecho cargo.

—Ya entiendo, soy una gran decepción —afirmó Luca volviendo a la silla y sentándose—. Bueno, ¿cuándo vas a pagar la fianza para sacarme de este agujero y así poder limpiar el nombre de la familia?

—¿Sacarte de aquí? ¡Ni hablar! —exclamó François sonriendo—. No voy a sacarte. Este es el lugar más seguro para ti. Aquí encerrado no puedes meterte en más problemas.

Aquella sensación ardiente de sus entrañas se expandió por sus venas, obligando a que todos sus músculos se contrajeran. Tomó a François por el cuello de la camisa y tiró desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué has dicho?

El único sonido que François fue capaz de emitir fue una súplica atropellada para que lo soltara, salpicando saliva a la cara de Luca. Por primera vez en el día, estaba arrepentido por lo que acababa de hacer. François llevaba tres décadas siendo leal a su familia y, aunque apenas lo conocía, parecía estar convencido de que era tan desastre como la prensa lo describía.

El escándalo sexual era una cosa, pero Luca no acababa de entender el resto, los cargos y la constante mala prensa. Como miembro de la familia Legrand y piloto del Gran Premio estaba acostumbrado a estar en el candelero, pero últimamente la prensa parecía haberla tomado con él. ¿Por qué? ¿Sería por el vídeo sexual o por estar siempre en el sitio y el momento equivocados?

Luca levantó las manos en señal de apaciguamiento, en un intento por recuperar el control.

—Lo siento.

—¿Que lo sientes? —saltó François alzando la voz—. Tu comportamiento es inaceptable —afirmó el abogado, alisándose la camisa y la corbata—. Eres la vergüenza de tu familia.

—François, reconozco que... —dijo Luca y tragó saliva—. He sido un insensato últimamente. Pero no puedo enmendar mis errores desde un calabozo.

El abogado parpadeó. Tenía los ojos tan hinchados que apenas eran una ranura en su rostro.

—Creo que no entiendes las consecuencias de tus actos.

—Entonces, explícamelas.

François sacó unos papeles del maletín y los dejó sobre la mesa.

—¿Sabes lo que es esto?

Luca acercó los papeles.

—Los estatutos de la compañía —contestó, devolviéndoselos.

—Sí, y si los hubieras leído, sabrías que hay un código de conducta para todos los empleados.

Extrajo un documento y se lo tendió.

Luca bajó la vista. Las palabras «causas de despido» estaban subrayadas, así como «conducta inapropiada».

—Conozco los estatutos, soy el presidente.

Más o menos era cierto. Había estado muy ocupado dirigiendo la compañía y no les había prestado demasiada atención.

—Así que no debería sorprenderte que el consejo de administración esté considerando tu cese.

—¿Cómo? No pueden hacer eso. Soy el único heredero de los bienes y poseo el cincuenta y uno por ciento de la compañía.

—Bueno...

—Bueno ¿qué?

—Han estado hablando de impugnar el testamento de tu padre, a la vista de lo que ha ocurrido.

—¿Impugnarlo? ¿Quién quiere impugnarlo?

—Marcel Durand.

Marcel era poco más joven que Luca y apenas había estado trabajando para

su padre cinco años.

—¿Por qué iba a querer Marcel Durand impugnar el testamento de mi padre?

—Porque Marcel es tu hermanastro.

Lo primero que hizo Jasmine Sweet después de ocupar su asiento de primera clase en el vuelo de Air France a París fue pedir una copa de champán. Lo segundo, una vez tuvo la copa en la mano, fue volverse de espaldas al asiento vacío que tenía al lado y beberse el líquido burbujeante de un trago. Lo tercero, quitarse la sortija de platino con diamantes y guardarlo en el bolsillo interior de su bolso. Todo esto lo hizo antes de que terminara el embarque del avión.

—Disculpe —dijo levantando un dedo para dirigirse a la atractiva azafata francesa—. ¿Tienes fresas, frambuesas o algo por el estilo?

—*Non*.

—Lástima. Entonces, tráigame otra copa de champán, por favor.

La mujer forzó una sonrisa.

—¿Quiere acompañarlo con un zumo de naranja o con algo para comer?

—No, gracias —contestó Jazz, agitando la mano en el aire—. Solo champán.

Antes de que la azafata se fuera, Jasmine volvió a detenerla.

—Ah, y si no es pedir demasiado —dijo Jasmine bajando la voz y mirando el asiento vacío de su lado—, este asiento está libre —continuó, sacando los billetes del bolso—. ¿Quiere ver si hay alguien que quiera ocuparlo?

Al oír aquella pregunta, la azafata arqueó sus impecables cejas y tomó los billetes que Jasmine le ofrecía.

—Sí, ya veo —dijo devolviéndoselos—. Voy a preguntar.

—Asegúrese de que le gusta el champán —añadió, pero la mujer no se volvió—. Gracias, es un encanto.

La azafata recorrió el pasillo de la clase turista, comprobando que todo el equipaje de mano estuviera debidamente guardado.

Bueno, ¿qué esperaba? ¿Amabilidad, empatía?

Por la experiencia que había tenido con los franceses, le resultaban distantes, intimidatorios y guapos. Pero todavía no había abandonado suelo americano. Las cosas podían mejorar al aterrizar en París.

Se frotó el dedo del que se había quitado la sortija tan solo unos minutos antes. La piel era más clara allí donde el anillo había estado durante los últimos dieciséis meses, representando la promesa de la vida con la que siempre había soñado.

Cerró los ojos, imaginando que Parker Wright y ella se hubieran casado la víspera. Habían planeado celebrarlo en el Waldorf Astoria de Chicago ante trescientos invitados entre familiares y amigos. Parker tenía mucha familia y muchos amigos. Bueno, realmente eran compañeros de trabajo y amigos de sus padres, pero daba igual. En aquel momento, estarían camino a su luna de miel en Europa. Con los ojos cerrados, se dejó llevar por la sensación del avión rodando por la pista antes de acelerar, sintiendo la vibración del asiento libre de su lado.

Una semana en París, otra en el sur de Francia y luego a Italia: Venecia, Milán, la Toscana... Luego de vuelta a París para pasar los últimos días. Todo lo había planeado ella, desde los hoteles hasta los recorridos.

—El dinero no es problema —le había dicho Parker—. Después de todo, es nuestra luna de miel.

Sí. Era su luna de miel y había hecho reserva en todos aquellos lujosos hoteles cercanos a monumentos, restaurantes y tiendas. A los dos les encantaba ir de tiendas. Y después de pasar el día haciendo turismo, volverían al hotel y harían el amor apasionadamente. Ya casados, se dedicarían a probar cosas nuevas y para eso había comprado unas esposas afelpadas y un vibrador. Mientras su imaginación volaba con todo lo que haría con aquellos juguetes, acarició el asiento de al lado, a la espera de que Parker tomara su mano y entrelazara sus cálidos dedos.

Sin embargo, su mano tocó un brazo grande y peludo, ligeramente húmedo. Jasmine abrió los ojos y se volvió hacia la persona que estaba sentada a su lado. Era un hombre de alrededor de sesenta años, de pelo escaso y rostro afable. Llevaba una camiseta descolorida que destacaba su corpulencia y, al encontrarse con su mirada, se ajustó las gafas en el puente de la nariz antes de meter la mano en la bolsa de Doritos. Tenía migajas naranjas repartidas por la camiseta y el reposabrazos.

—¿Quiere Doritos? —preguntó, ofreciéndole la bolsa.

—Si no le importa —respondió tomando un puñado antes de señalar la copa de champán—. ¿No quiere beber nada? Ya sabe que aquí es gratis.

El hombre sonrió y Jasmine apartó la mirada de sus dientes.

—Pues si no le importa.

Jazz apretó el botón de llamada de la azafata y la mujer apareció al instante junto a su asiento.

—Una copa de champán para mi amigo.

—Si no le importa, preferiría una cerveza.

—No me importa —dijo Jasmine sonriendo antes de volverse hacia la francesa—. Cerveza para mi amigo. Y otra copa de champán para mí. De hecho, ¿por qué no trae champán para todos? —preguntó, abarcando con el movimiento de su mano la cabina de primera clase.

La mujer puso los ojos en blanco, pero a Jasmine no le importó. ¿Sería el champán lo que la estaba haciendo sentirse libre y despreocupada?

—Chao, chao —añadió, agitando los dedos a modo de despedida de la mujer, que ni siquiera se molestó en forzar una sonrisa.

Luego, se volvió hacia su compañero de asiento.

—Me llamo Jasmine —dijo Jazz, tendiéndole la mano.

—Yo soy Neil —replicó estrechándosela.

—Encantada de conocerte, Neil. Cuéntame algo sobre ti.

A continuación comentaron de dónde eran y a qué se dedicaban, y se preguntaron si habían estado antes en París.

«¿Ves? Mira qué tranquila estás, charlando con un completo desconocido con total normalidad», se dijo Jasmine, en un intento por consolarse.

Como si todo su mundo no se hubiera venido abajo apenas cuarenta y ocho horas antes, después de llevarse la peor impresión de su vida.

Las bebidas llegaron y Jasmine reparó en que le habían servido media copa de champán.

—Bueno, Neil, ¿viajas a París por placer o por negocios?

Dio cuenta del champán en tres sorbos y volvió a apretar el botón para llamar a la azafata.

«Este es un juego para dos, guapa azafata».

—Voy a un congreso de cómics. Es el mayor de Europa. Soy ilustrador —contestó, apartándose un mechón de pelo de la frente.

—Interesante —comentó Jasmine y tomó otro puñado de Doritos—. ¿Qué tipo de ilustraciones?

—¿Quieres verlas?

—¿Por qué no?

Neil se desabrochó el cinturón y de una bolsa del compartimento superior

sacó un cuaderno de bocetos. Después, volvió a dejar la bolsa en su sitio y se sentó. Abrió el cuaderno y le mostró unos dibujos de algo que Jasmine fue incapaz de reconocer.

—El personaje se llama Betty Boobs, inspirado en Betty Boop. Es muy popular en Europa.

Jasmine entornó los ojos. Aquel personaje femenino de cómic, de grandes pechos y con el estilo de los años treinta, destacaba entre los dibujos. Así que aquel tipo dibujaba cómics porno.

—Neil, ¿puedo pedirte algo?

—Claro.

—¿Sabes lo que es una tapadera? —preguntó y se obligó a tragar saliva.

El último sorbo de champán le había quemado.

—Sí, la pieza que tapa algo —replicó acariciándose la barbilla.

—No, me refiero a su otro significado.

Neil frunció sus cejas pobladas antes de levantarlas.

—Como si alguien llevara una doble vida, como los homosexuales que...

—Sí —dijo dándole una palmada en el brazo—, eso es exactamente a lo que me refiero. Por ejemplo, mi prometido, mejor dicho, mi exprometido, me pidió que me casara con él, ¿no?

—Te sigo.

—Sin saberlo, era su tapadera —continuó Jasmine y dio un buen sorbo a la cerveza que Neil tenía sobre su mesa plegable antes de continuar—. Íbamos a casarnos ayer.

—¿De veras? —preguntó con la vista puesta en la cerveza.

Ella asintió. Estaba siendo fuerte, lo estaba consiguiendo. Nada de lágrimas, ni de berrinches. Estaba contándole aquello como si le hubiera pasado a otra persona o como si realmente hubiera conseguido superarlo. Jasmine estaba orgullosa de sí misma.

Volvió a dar otro trago antes de acercarse a Neil y poner la mano sobre su brazo sudoroso.

—Sí. Nunca me habría enterado, pero la noche antes de la boda, cuando se suponía que estaba pasando la noche en un hotel con unas amigas, volví al apartamento para recoger algo que me había olvidado. Ya sabes, algo azul, algo prestado, ¿o era...? Bueno, eso no importa ahora. Lo que importa es que pillé a mi novio en la cama con su mejor amigo.

—¡Joder! —exclamó Neil, sin apartar la vista de la cerveza que Jasmine

tenía en la mano—. Vaya sorpresa.

—Desde luego —replicó señalando el asiento que él ocupaba—. Mi flamante marido debería estar sentado justo donde estás tú, pero no, porque es homosexual.

—Lo siento.

—Nunca me amó —dijo Jasmine recostándose en su asiento y fijando la mirada en el reposacabezas que tenía frente a ella—. Me estaba usando y yo estaba ciega porque me daba lo que quería.

—Eh, ¿estás bien? —preguntó Neil, dándole una palmada en la mano que tenía sobre su brazo antes de quitarle la cerveza vacía de entre los dedos.

—Un lujoso ático, una tarjeta de crédito con un límite de cincuenta mil dólares...

—Me cuesta imaginármelo, aunque debe de ser maravilloso tener un límite así.

—¿Sabes lo peor, Neil? —dijo inclinando la cabeza hacia él—. Después de que lo pillara, se sintió aliviado. ¡Aliviado!

—Supongo que no debe de ser fácil vivir en una mentira.

—Y me dijo que no tenía por qué cambiar nada —dijo bajando hacia su esternón, lleno de migajas naranjas—. ¿Puedes creerlo? ¡Seguía queriéndose casar conmigo!

—Eh, creo que será mejor que bajes la voz...

—Podía tener cocinero, asistenta... ¡Podía tener lo que quisiera! Era un soborno en toda regla.

Sacudió la cabeza. Sentía el cuello rígido.

—Todo encubrir y disimular —añadió entre dientes—. Y tú te preguntarás: ¿disimular para qué? —dijo volviéndose hacia Neil. Y el resto de la historia fue surgiendo desde aquel hondo agujero en el que solía estar su corazón—. Así mi marido podría irse de viaje de negocios con Robert. Ese es el nombre de su amorcito: Robert Miskey. Yo iba a ser la tapadera para que Parker pudiera tirarse al jodido Robert Miskey.

—Creo que no está permitido gritar así en un avión —dijo Neil nervioso.

—¿Acaso estoy montando una escena, Neil?

—Eh... sí.

—¿No te parece justificado montar una escena después de descubrir la víspera de tu boda que eres una tapadera?

El hombre buscaba desesperadamente el botón para llamar a la azafata.

Jasmine se desabrochó el cinturón, se puso de pie y se dirigió a los pasajeros de primera clase.

—Debería estar casada y camino a Europa para disfrutar de mi luna de miel. Sin embargo, aquí estoy con Neil, que se dedica a dibujar cómics porno —dijo mirando a Neil y, con un tono de voz más controlado, añadió—: Lo siento, Neil.

Su compañero de asiento sonrió y agitó la mano en el aire como si no le importara.

—¿No me da eso derecho a montar una escena? —preguntó buscando las miradas de los demás pasajeros, que la evitaban—. ¿No?

Sintió unos dedos fríos tomándola del brazo.

—Por favor, regrese a su asiento o nos veremos obligados a hacer una parada en Nueva York para que la saquen del avión y la detengan. ¿Comprende?

Jasmine trató de soltarse, pero la azafata francesa la sujetó con fuerza.

—Yo...

Cuando volvió la cabeza, se encontró con la sonrisa más sincera que aquella mujer le había dedicado en todo el viaje.

—Por favor —añadió la francesa.

Su sinceridad era tan evidente que Jasmine sintió que las rodillas se le doblaban y la azafata tuvo que ayudarla a sentarse.

Jazz percibió el olor del perfume de la mujer al inclinarse para ponerle el cinturón de seguridad.

—Siento que no tenga un buen día, pero no lo complique más.

Antes de incorporarse, la mujer dejó un puñado de pañuelos de papel en la mano de Jasmine y se acercó a su oído.

—¿Quién se cree ese hombre que es para hacerle tanto daño? No la merece.

Capítulo 2

En cuanto Jasmine abrió la puerta de la habitación del hotel, olió a rosas.

Tiró de su maleta como si fuera un perro viejo y entró en la suite que hacía meses había reservado. Por entonces había pensado que compartiría la habitación con el hombre con el que creía que iba a pasar el resto de su vida. Pero la había estado engañando durante todo el tiempo. ¡Vaya imbécil!

La habitación era preciosa. Tenía techos de más de tres metros y medio de altura, con molduras originales del Renacimiento. En ese momento, aquella bonita y elegante suite le resultaba una burla. La había elegido por el mobiliario Luis XIV para Parker. Ella prefería el estilo campestre. Las cortinas blancas le recordaban el vestido de novia de diez mil dólares que había ocultado en su armario sin estrenar.

Pero lo peor fue lo que encontró en la mesa: un plato de fresas bañadas en chocolate con un sobre dirigido a los señores Wright junto al cubo de hielo en el que se enfriaba una botella de champán.

Jasmine sacó la botella del cubo, retiró el envoltorio de aluminio y lo descorchó. El tapón rebotó en lo que esperaba que fuera una copia de un cuadro y luego en la moldura, antes de acabar en la maceta de una planta. No se molestó en servirse el champán en una copa y se lo tomó directamente de la botella como si fuera agua y estuviera muerta de sed.

—Necesito algo para la resaca —murmuró y se secó los labios con el dorso de la mano.

Dejó la botella sobre la mesa, sin importarle mojar la mesa perfectamente pulida, y buscó en su bolso una aspirina. En vez del bote de pastillas, dio con su teléfono móvil.

Según su teléfono eran las tres y veintitrés y tenía cuarenta y siete mensajes, lo que le recordó, como si necesitara que se lo recordaran, todo lo que había

pasado en las últimas cuarenta y ocho horas.

Cinco de su madre. Borrados.

Dos de su padre. Borrados.

Trece de su mejor amiga, Ashley. Tal vez los leyese más tarde.

Veintisiete de Parker.

El hombre estaba desesperado.

Acarició con el dedo el botón de borrado, pero en vez de borrar los mensajes, a quien borró fue a él de su lista de contactos.

—Mentiroso. Para mí estás muerto —murmuró antes de echar hacia atrás la cabeza y sentir la quemazón de las burbujas en su garganta.

En su cabeza resonó la voz de Parker.

—Vamos, Jazz, pensé que lo sabías. No tiene por qué cambiar nada. Te quiero como mi mejor amiga.

Era lo que le había dicho sentado en la cama, junto a su amante. Después, se había levantado de la cama y se había acercado con las manos juntas en señal de ruego.

—Puedes llevar la vida que quieras, no interferiré. Lo único que te pido es que mantengas en secreto mi vida privada.

¿En serio? A estas alturas, ¿por qué necesitaba fingir? Le había hecho la pregunta directamente. —Por mi padre —le había contestado—. Es homófobo. Podría desheredarme.

¿Así que todo era por dinero? ¿La había engañado aquellos años para mantener su estilo de vida?

La generosidad de Parker le había parecido prueba suficiente de que la amaba y ella había estado tan fascinada con la vida tan perfecta que llevaban que no se había dado cuenta de lo que estaba pasando justo delante de sus narices.

Con la botella en la mano, Jasmine se acercó a la ventana y apartó las cortinas para poder admirar la vista. Los tejados parisinos, la Torre Eiffel tan cerca que casi podía tocarla... Aquella vista era la razón por la que había elegido aquella suite, era un sueño hecho realidad.

Abrió las puertas correderas y salió al balcón de hierro forjado. Aire fresco, eso era lo que necesitaba. Se dejó caer en la silla y dejó la botella en la mesa mientras se recreaba en aquel paisaje maravilloso.

No tenía nadie con quien compartirlo. Estaba completamente sola. Suspiró, compadeciéndose de sí misma. Había estado a punto de darle todo a Parker,

pensando que él sentía lo mismo. Cerró los ojos. Tal vez su exprometido sentía algo por ella, incluso la quería tal y como le había dicho. Pero no era la clase de amor que había pensado y que siempre había ansiado. Todavía no estaba preparada para perdonarlo por haberla engañado. Su teléfono vibró y automáticamente lo miró. Un nuevo mensaje de Ashley. Abrió la aplicación de mensajes y los leyó.

Jazz, ¿estás bien? Llámame.

Por favor, dime que estás bien.

Tus padres están preocupados. Deberías llamarlos.

Jazz, ¿estás en París?

En vez de contestar, llamó a su amiga por FaceTime. Respondió al instante. La imagen no era nítida, pero aun así, Jasmine reparó en las ojeras de Ashley y en que todavía no se había peinado.

—¿Qué hora es ahí? —preguntó Jasmine a modo de saludo.

—Las diez menos veinte.

—¿De la mañana?

Ashley entornó sus ojos marrones.

—Lo sabía. Te has ido a París, ¿verdad?

—Míralo por ti misma —respondió Jasmine, mostrándole a Ashley con el teléfono una panorámica de París.

—¡Cómo mola!

Volvió a enfocarse con el teléfono y sonrió.

—Ahora que te tengo para compartirlo, me parece aún más bonito. Si hubiera tenido la mente más clara, habría cancelado el otro billete y te habría traído conmigo.

El labio comenzó a temblarle y se lo cubrió con la mano para ocultarlo.

—Si hubieras pensando con claridad, al menos me habrías dicho lo que pensabas hacer. Dios mío, Jazz. Hemos estado muy preocupados.

—Lo sé y lo siento. Yo solo...

Tuvo que dejar de hablar porque el temblor de sus labios se había extendido al resto de su cara. Los ojos se le llenaron de lágrimas y sacudió la cabeza porque le era imposible articular palabra.

—¿Has hablado con Parker? —preguntó Ashley.

—No —respondió y se secó la mejilla con el dorso de la mano—. Tampoco

pienso hacerlo.

—Es comprensible. ¿Y con tus padres?

—Ya lo haré.

Cruzó las puertas correderas para volver a la suite, se echó sobre la mesa, tomó una fresa del plato y se la llevó a la boca.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Ashley—. Por cierto, qué buena pinta tienen esas fresas.

Jazz tomó otra y le dio un mordisco.

—Están muy buenas y dulces.

Al decir aquella última palabra, la voz se le quebró y la fresa cubierta de chocolate de la boca le supo a rayos. Con dificultad, se tragó el nudo de la garganta.

—Te diré lo que vas a hacer —dijo Ashley después de una pausa.

—¿Qué?

—Vas a tener una aventura.

—¿Una aventura?

—Sí. ¿No quieres olvidar a Parker? Pues diviértete. Haz todo lo que quieras: vete de compras por los Campos Elíseos, haz una excursión a una bodega y visita monumentos. Toma un tren y funde las tarjetas de crédito de Parker.

Una sensación ardiente y gélida a la vez se le extendió por las entrañas a Jasmine.

—Dios mío, las tarjetas de crédito —dijo sacudiendo la cabeza—. No, no quiero usarlas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ash, acercándose a la cámara del teléfono—. ¿Después de todo lo que has pasado? Te mereces gastar su dinero.

—No, no puedo hacerlo, no puedo seguir viviendo a su costa —terció cerrando los ojos—. Es el reflejo de mi vida con él, dependiente e insulsa.

A pesar de la distancia, Jasmine oyó a Ashley inspirar profundamente y luego exhalar.

—Pero, ¿de qué vas a vivir si no lo haces?

El recuerdo de que no tenía cómo mantenerse la hizo estremecerse. Cuando conoció a Parker, estaba trabajando como estilista en un salón de belleza de lujo. Le gustaba mucho su trabajo, pero según había progresado su relación con Parker, no había tenido sentido seguir trabajando. Él ganaba más que suficiente para mantenerlos a los dos.

—No lo sé. Creo que no pensé en el dinero antes de irme.

Ashley se frotó la mejilla y desvió la mirada a un lado, pensativa. Al poco, volvió a mirar la cámara.

—¿Dónde está el anillo?

—¿Qué anillo?

—¿El de compromiso?

Jasmine bajó la mirada a su mano, que no llevaba anillo alguno. Buscó en su bolso, lo sacó y lo sostuvo frente a la cámara para que Ashley pudiera verlo.

—Deshazte de él.

—¿Qué estás diciendo, que lo tire?

—¡No! Debió de costarle una fortuna a Parker. Véndelo y usa el dinero para hacer algo salvaje y atrevido. Y con lo que te quede, empléalo para empezar de cero.

Jazz alzó el anillo, mirándolo con otros ojos. ¿Podía hacer eso?

Sí, claro que sí. El anillo era suyo. Parker se lo había regalado cuando le había dicho que la querría siempre. La había dejado con el corazón roto, destrozada y con ganas de romper con todo. A Parker seguramente ni le importara.

Jazz se mordió el labio.

—Venderé el anillo, pero no sé ser salvaje y atrevida.

—Dios mío —dijo Ashley, dándose una palmada en la frente—. Te conozco de toda la vida y si hay alguien que sabe ser salvaje, esa eres tú.

—Ash...

—Déjate de Ash. ¿Sabes lo que necesitas?

—¿Un trago? —preguntó Jazz, levantando la botella de champán.

—No, ya está bien de eso —contestó frunciendo los labios—. No, esto es lo que necesitas: ve y encuentra un francés que sepa cómo tratar a una mujer. Y luego disfruta de un mes de sexo salvaje y desinhibido —añadió chasqueando los dedos—. Una sexaventura.

—¿Una sexaventura? —repitió Jasmine poniendo los ojos en blanco.

—Lo digo en serio. Necesitas liberar toda esa tensión y ¿qué mejor manera que el sexo? Ahora estás soltera.

Jasmine gruñó.

—Lo siento, cariño, pero necesitas una aventura tórrida y apasionada. Encuentra a algún francés al que dar de comer esas fresas cubiertas de chocolate y que lama champán de tu cuerpo.

—¿En serio?

—Ve a uno de esos barrios llenos de sex shops y cómprate algún juguete erótico o... ¡No, espera! Contrata un gigoló, uno que esté bueno.

Jazz no pudo evitar reír ante la ocurrencia de su amiga.

—Estás loca —dijo y se apartó un mechón de pelo de un soplado—. Deberías estar aquí.

—Sí, bueno...

Ashley se puso de pie y se acarició el vientre abultado. Estaba en su tercer trimestre de embarazo y, como era delgada, parecía que se había metido una pelota de baloncesto bajo la camiseta.

—No estoy en el mejor momento para una aventura sexual —añadió—. Además, estoy segura de que asustaría a los potenciales candidatos.

—Ese niño tiene suerte de tenerte como madre —dijo Jasmine acariciando la pantalla como si acariciara la barriga de su amiga.

Frunció los labios. Bastantes preocupaciones tenía ya su amiga estando a un mes de dar a luz a su primer hijo.

—Gracias, Ash.

—Eh, ¿para qué están las amigas? Ya sabes que puedes contar conmigo cuando quieras, me tienes a una llamada de FaceTime.

Jazz asintió.

—Ah, y una cosa más, Jazz.

—¿Sí?

—Una advertencia —dijo acariciándose el vientre—. En cuanto vendas el anillo y antes de que te embarques en una aventura sexual, compra preservativos, muchos preservativos.

Habían transcurrido dos semanas desde que Luca había salido en libertad bajo fianza. Había acordado con François no solo mantenerse en un segundo plano, sino desaparecer del mapa mientras François movía los hilos para hacer cambiar de opinión a la junta directiva. Había contratado a Myra Monte, la gurú publicista de las estrellas para reflotar la marca Legrand mediante promociones, fiestas benéficas y otras cosas por el estilo.

—Dame un mes —le había dicho François—. En ese tiempo, no quiero oír hablar de ti, ni leer nada de ti, ni mucho menos tener que ir a sacarte otra vez del calabozo.

—¿Pero no sería mejor que hablara con la junta y les demostrara que soy competente?

—No, tienes que confiar en mí.

Luca confiaba en él y, por eso, se mantenía al margen, tal y como le había pedido, manteniéndose apartado de la prensa y de líos. El problema era que los escándalos lo habían seguido en el último año.

¿Mala suerte? Luca ya no estaba tan seguro.

Detuvo su Ducati Diavel Cruiser ante la luz roja del semáforo, dando vueltas por enésima vez a la información que François le había revelado.

¿Y si estaba siendo víctima de sabotaje? Si así era, sabía muy bien quién estaba detrás de aquello: Marcel Durand, su hermanastro.

Todavía no acababa de asimilar la noticia. Marcel era rubio, pero tenía los ojos azules, como los de Luca. Había demostrado tener interés y talento para dirigir un exclusivo imperio de champán. Aun así, su padre le había dejado la finca a él, no a Marcel. ¿Sería porque quería que Luca lo dirigiera? ¿Sería su forma de decirle que le había perdonado por la muerte de su madre?

Sintió presión en el pecho.

Su padre había muerto antes de que Luca tuviera oportunidad de preguntarle si le había perdonado. Tampoco le había contado nada de Marcel antes de morir. ¿Habría preferido que fuera Marcel el que heredara y dirigiera las propiedades de los Legrand?

Luca volvió a acelerar.

Nunca sabría lo que su padre habría querido, pero, fuera lo que fuese, no cambiaba el hecho de que lo que Marcel estaba haciendo era miserable. Había estado a punto de confiarle a François sus sospechas, pero al final había decidido no hacerlo. Desde la muerte de su madre, Luca siempre se había ocupado él mismo de sus asuntos. Aquello no era diferente y, si estaba en lo cierto, si aquellos incidentes eran idea de Marcel, algo para lo cual solo necesitaría una llamada anónima a algún tabloide para divulgar sus asuntos, entonces Luca buscaría la manera de ocuparse de Marcel.

El primer paso sería abrir un paréntesis en la vida despreocupada que llevaba y que nadie supiera dónde estaba. Así que había alquilado un piso en una zona tranquila de la ciudad, se estaba dejando crecer la barba y se movía por París con su Ducati. Nadie sospecharía que Luca Legrand, piloto profesional, se subiría a una Ducati, la marca del equipo contrario. Incluso se había hecho con un teléfono con un número nuevo para que ni sus amigos ni

Anika pudieran ponerse en contacto con él.

Solo había un problema: se aburría y no estaba seguro de que aquel paréntesis ayudara a solventar aquel caos que había creado.

«El caos que Marcel había creado», se corrigió.

Luca rechinó los dientes y volvió a poner el motor en marcha. Soltó el embrague y arrancó nada más ponerse el semáforo en verde. El caso era que antes de saber quién era Marcel, le había caído bien. Era un hombre inteligente, competente y lo había considerado su único aliado cuando todos los empleados de la finca Legrand, a los que su padre consideraba parte de la familia, le habían demostrado poco más que una deferencia cortés y fría. Otra cosa que su padre siempre decía era que la confianza había que ganársela.

Luca tomó la siguiente curva a toda velocidad y, cuando vio un coche de policía al otro lado de la calle, aminoró la velocidad.

Con el fin de mantenerse a salvo, tomó una calle estrecha, esas que volvían locos a los turistas porque no aparecían en los mapas, y luego volvió a girar en otra aún más estrecha y desierta.

Bueno, no estaba desierta. Había una moto, una Honda Shadow, aparcada frente a una tienda de antigüedades. Su conductor se quedó observándolo al pasar y, en la esquina, Luca miró por el retrovisor.

Había algo raro. Lo había sentido por la manera en que el hombre lo había seguido con su rostro oculto por el casco. Nada más girar la esquina, Luca aparcó la moto. Sin quitarse su casco, caminó hasta la esquina y echó un vistazo.

El hombre se acababa de quitar el casco y debajo llevaba un pasamontañas. Con una mirada furtiva a un lado y otro, el hombre entró en la tienda con una barra de hierro en la mano.

Demonios, vaya suerte la suya.

El único objetivo que tenía Luca era no meterse en problemas y acababa de toparse con un atraco a plena luz del día.

Por primera vez en dos días, Jasmine se olvidó de todo lo que había pasado y disfrutó paseando por la tienda que había encontrado con ayuda de los mapas de Google. Estaba fuera de los recorridos turísticos, en una pequeña calle solitaria de adoquines. Y estaba llena de tesoros.

No era el tipo de tienda de empeños al que estaba acostumbrada en Estados

Unidos, con rejas en las ventanas y algún tipo gordo y desagradable detrás del mostrador hurgándose los dientes. Aquella era una tienda acogedora, con bonitos objetos expuestos, desde lámparas y cacerolas a ropa y joyas.

—Al fin y al cabo estoy en París —se dijo en voz baja, mirando a su alrededor.

Había muchos objetos delicados entre los que elegir: collares, pulseras, pendientes... También había pañuelos de seda bordados, sombreros originales y bolsos. Eran antigüedades y probablemente únicas, como la lámpara de aceite que le recordó uno de los cuentos que su tía Bibi le contaba cuando de niña se quedaba a dormir con sus primas. Aventuras y genios de noches árabes. Tomó la lámpara, pensativa. Tal vez era una señal para que disfrutara de una aventura, tal y como Ash le había aconsejado.

Pero... ¿una sexaventura?

Jazz sonrió. Era una locura.

—*Est-ce que je peux vous aider?* —le preguntó el hombre de detrás del mostrador.

—Lo siento —dijo Jasmine y se dirigió hacia él con la lámpara, el pañuelo de seda y un collar entre las manos.

No necesitaba nada de aquello, pero Jazz no sabía resistirse a los buenos precios.

—No hablo francés. ¿Habla mi idioma? —preguntó sin apartar la vista de una vitrina expositora llena de joyas.

—Sí, un poco.

—Esos son preciosos —dijo señalando un par de pendientes de esmeraldas.

—¿Quiere verlos?

A punto estuvo de decir que sí, pero recordó el motivo que la había llevado hasta allí.

—Tengo un anillo que se gustaría vender —respondió, acariciando la lámpara.

—¿Vender? A ver, enséñemelo.

Dejó la lámpara en el mostrador y buscó en su bolso. La llave del hotel, la cartera, el teléfono, el pasaporte... ¿Dónde demonios estaba el anillo y qué haría si lo había perdido? Estaba segura de que Parker había pagado por él al menos veinte mil dólares.

Encontró el anillo al fondo de su bolso y lo dejó en el mostrador. Luego, enderezó los hombros mientras el hombre lo estudiaba con una lupa.

—*C'est belle* —murmuró mientras observaba la joya desde todos los ángulos.

La campana de la puerta tintineó, pero no se molestó en mirar porque se sentía diferente. Se había quitado un peso de encima y se sentía una persona nueva. ¿De veras podía superar la ruptura de su compromiso y convertirse en la mujer que Ash había descrito, despreocupada y atrevida? Una mujer que vivía el momento y estaba dispuesta a disfrutar de una sexaventura.

—*Mettez-vous par terre!* —gritó una voz masculina.

Se volvió hacia la voz y no le encontró sentido al hombre que vio a sus espaldas. Era como si hubiera ido a parar a mitad del rodaje de una película y su aturullada cabeza no lograba comprender por qué un hombre llevaría un pasamontañas en primavera y una barra de hierro en la mano.

Ante su perplejidad, él hombre avanzó y rompió de un mazazo la vitrina que había estado contemplando.

¿Qué demonios...?

—*Écoutez-moi!* —gritó en su cara.

Qué extraño. ¿Estaría soñando? Todo aquello tenía un cierto halo de irrealidad que se agravó cuando el tipo se metió la mano en la chaqueta, sacó una pistola y la apuntó con ella.

—*Par terre!*

Antes de que Jasmine tuviera tiempo para considerar los que el hombre estaba gritando, la tomó del cuello y la empujó al suelo.

Aquello le dolió, pero una vez en el suelo, el atracador la ignoró y, al levantar la cabeza para mirarlo, lo vio llenándose las manos de joyas y echándolas en un saco de piel. Su anillo estaba ente las cosas que acababa de tomar.

Algo en su interior, una sensación intensa de furia, le impedía permanecer en el suelo mientras un delincuente robaba la tienda y a ella también.

¿Después de todo lo que le había pasado? Aquel anillo era suyo al igual que lo era el dinero que obtuviera por él para poder salir del desastre en que se había convertido su vida.

Con una energía que desconocía que tuviera, Jasmine se puso de pie y se aferró al brazo del matón como si su vida dependiera de ello.

—¡Hijo de puta! —gritó Jasmine.

A continuación le retorció el brazo tal como había aprendido en una clase de autodefensa, obligando al hombre a soltar la pistola. Luego tiró de la correa

del saco, quitandoselo del hombro.

—*Salope!*

El hombre agitó la barra de hierro y la alcanzó en un lado de la cabeza.

El dolor en la sien fue tan intenso que aquella Jasmine guerrera se vino abajo al dejarse caer al suelo, aferrada al saco, sintiéndose a punto de vomitar. Estaba muy aturdida por el golpe, la adrenalina, la falta de sueño, el cambio horario...

Se oyó una colisión y un hombre gritó de dolor.

Un cuerpo cayó pesadamente sobre ella y una mano apareció ante su cara, invitándola a tomarla para ayudarla a ponerse en pie.

—*Ça va?*

En un abrir y cerrar de ojos, Jasmine se encontró de pie, mirando a la cara de un extraño. El hombre llevaba una chaqueta de cuero negro y un casco con la visera levantada, dejando ver un rostro con aspecto desaliñado, cejas oscuras y los ojos más azules y bonitos que jamás había visto en su vida.

Entonces aparecieron cuatro ojos, seis...

—*Mademoiselle?* —dijo el hombre, chasqueando los dedos delante de su cara.

Ella sacudió la cabeza y al instante deseó no haberlo hecho porque empezó a ver estrellas ante sus ojos. Se había derrumbado si no hubiera sido porque unas fuertes manos la sujetaron por los brazos.

Había otras manos fuertes tirando de la correa del saco al que seguía aferrada. El atracador que estaba en el suelo forcejeó para hacerse con el bolso y dos cosas pasaron simultáneamente. El bolso escapó de sus manos y el contenido cayó desperdigado al suelo de baldosas justo cuando una bota de cuero negro entraba en su campo de visión y golpeaba en la cara al ladrón dejándolo fuera de juego. El resto ocurrió a cámara lenta. Anillos, pendientes y collares cayeron desperdigados. Jasmine vio su anillo rodar por el suelo y, tras rebotar en el borde del mostrador, fue a parar al interior de la bota del desconocido.

Sin pensar, Jasmine se lanzó a la pierna del hombre, dispuesta a buscar en su bota el anillo, pero él la apartó, se quedó mirándola y dijo algo malsonante en francés, probablemente alguna palabrota. Entonces el hombre se quedó inmóvil, señaló hacia la puerta con la cabeza y Jasmine se percató del sonido de las sirenas acercándose.

—*Merde!*

El hombre la apartó de un empujón y se dirigió hacia la puerta.

—¡Espere!

Jasmine se apresuró a salir tras aquel extraño de negro. Una vez en la calle lo vio correr hacia la esquina y salió detrás de él, llamándolo.

—¡Por favor, espere! ¡Tiene mi anillo!

Le era imposible correr con aquellos tacones por la calle adoquinada, así que se quitó las sandalias y siguió corriendo descalza. Le retumbaba la cabeza, como si tuviera una batería dentro y estuviera tocando un solo en un concierto de heavy metal.

Cuando llegó a la esquina, se le doblaron las rodillas y apenas podía ver bien.

El hombre que tenía su anillo se subió a una moto, la arrancó y salió a la calzada mientras ella levantaba una mano para que se detuviera.

Su cerebro debió de dejar de funcionar porque justo cuando el hombre encendía el motor, su mundo se vino abajo, y donde antes había una calle, un hombre y una moto, en aquel momento solo había tejados, un increíble cielo azul y un pájaro volando en un extraño ángulo.

Entonces, todo se volvió negro.

Capítulo 3

Dios Santo.

¿Por qué no podía Luca preocuparse de sus cosas? No solo se había encontrado con un robo, sino que la policía estaba a una manzana y aquella mujer extranjera, a juzgar por los gritos que había dado en otro idioma, se acababa de desmayar justo delante de su moto.

—*Non. Non, non, non.*

Luca puso la moto en punto muerto, se bajó y se inclinó sobre la mujer.

—*Reveillez-vous* —dijo sacudiéndole el hombro para que volviera en sí.

La mujer emitió un gemido, sus labios temblaron y volvió a perder la conciencia. Tenía un moratón en la línea del pelo.

—*La vache!*

Aquellas palabras ardieron al fondo de su garganta. Miró a un lado y al otro de la calle y sopesó sus opciones. Tal vez podía acercarla a alguna puerta...

De un rápido vistazo vio que las dos puertas más cercanas tenían carteles anunciando que se alquilaban.

Así que aquella idea quedaba descartada.

Las sirenas sonaban cada vez más cerca. No podía dejarla allí, pero tampoco quería que lo encontraran en la escena del crimen. Se vería inmerso en otra tormenta mediática.

Luca tomó a la mujer por los brazos y la puso en pie. Tuvo el tiempo suficiente para sentarla en la moto. Aun así, cuando lo consiguió, se desplomó hacia delante.

El sonido de más sirenas acercándose desde la otra dirección hizo que el pulso se le acelerara. Por suerte no pesaba demasiado y la empujó en el asiento para sentarse detrás de ella. Metió primera y después rodeó a la mujer con su brazo izquierdo para sujetarla, y así recorrió siete manzanas y unas

cuantas calles hasta que llegó al apartamento que tenía alquilado.

El hecho de que estuviera fría no era una buena señal. Luca ya se imaginaba los titulares en la prensa: *Extranjera hallada muerta en la residencia secreta de Luca Legrand*.

Pero ¿qué otra opción tenía?

Luca aparcó la moto en el garaje subterráneo, tomó cuidadosamente a la mujer en brazos y la llevó al ascensor para subir a la quinta planta.

Una vez dentro del piso, la dejó tumbada en su cama, se fue a buscar hielo al congelador y después de envolverlo en un paño se lo puso en la sien a la mujer.

—*Ne me quitte pas* —susurró, apartándole el pelo de la cara para poder hacer presión con el hielo en el golpe.

—¿Eso qué significa? —preguntó ella, todavía con los ojos cerrados.

«Gracias a Dios».

—Le estaba pidiendo que no se muriera.

Una sonrisa asomó a sus labios y cubrió su mano con la suya. Su roce fue suave y frío, y Luca sintió un arrebato de ternura hacia aquella completa desconocida.

—De acuerdo, lo intentaré.

Luego, volvió a desmayarse otra vez.

Luca se frotó las sienes, sin apartar la vista de aquella mujer menuda que apenas ocupaba una tercera parte de su cama. Tenía todos los síntomas de una contusión. Lo sabía bien porque lo había visto muchas veces en el circuito de carreras y, aunque no podía arriesgarse a llevarla a un hospital o a llamar a una ambulancia, tenía que procurarle atención médica.

De vuelta en el dormitorio, en el cajón de la mesilla, estaba su antiguo teléfono, ese que llevaba dos semanas sin encender. Lo tomó, lo encendió y buscó un nombre en la lista de contactos. Luego, apretó el teléfono de llamada. Al oír la señal, el corazón le latió desbocado dentro del pecho.

No era ansiedad ni adrenalina. Aquello era diferente, como si estuviera al borde de un precipicio, sintiendo que el vértigo tiraba de él, obligándolo a saltar, y justo cuando se dejó llevar... reparó en las rocas de abajo.

Jasmine se despertó con sus propios gruñidos. Permaneció tumbada unos

minutos, escuchando platillos dentro de su cabeza. Con cada choque, un fuerte dolor se iniciaba en el lateral de su cráneo y se extendía por sus sienas hasta el mentón.

Varias escenas de los últimos días se formaron en su cabeza. Su boda había sido cancelada, había tomado un avión a París...

Jasmine sintió que el estómago le daba un vuelco al recordar que habían estado a punto de echarla del avión. Pero había llegado a París.

Y después, ¿qué? ¿Por qué le costaba recordar? ¿Tenía resaca? Se incorporó y la cabeza le dio vueltas como si se hubiera puesto unas gafas con la graduación equivocada. Pero ella no llevaba gafas, ¿no?

Se llevó las manos a la cara. No, no llevaba gafas. Se frotó los ojos y cuando su visión se volvió más nítida, miró a su alrededor. No reconoció nada.

¿Dónde demonios estaba?

—Nuestra paciente se está despertando.

Jasmine volvió la cabeza. El dolor le hizo cerrar los ojos. Cuando los abrió, vio a un hombre que nunca había visto. Era alto y delgado, y llevaba una camisa hecha a medida y unos pantalones. Su rostro era anguloso, con ojos y mejillas hundidos, lo que hacía destacar el hueso de los pómulos. Tenía el pelo canoso y sonreía con amabilidad.

—¿Quién eres?

—Me llamo Hugo Caron. Soy médico —dijo el hombre con acento francés.

—¿Dónde estoy?

—En una residencia privada de París.

—¿En París?

—Sí. Se ha golpeado la cabeza y tiene una fuerte contusión. Necesito hacerle unas pruebas para comprobar si es grave.

Cuando el hombre se hizo a un lado de la cama, Jasmine se percató de que había alguien más en la habitación. Había otro hombre en la penumbra.

—¿Quién es él? —preguntó señalando.

El médico se volvió como si tampoco supiera que había alguien más.

—Él es... el hombre que la encontró. Estaba inconsciente en la calle, así que la trajo aquí y me llamó.

—Ah.

¿Por qué era todo tan confuso? ¿Por qué nada de aquello tenía sentido? ¿Qué le había pasado al llegar a París?

—¡Oh! —exclamó y se llevó la mano a la boca al recordar algo.

En su cabeza resonó la voz de Ashley diciéndole que tuviera una sexaventura.

Lentamente, Jasmine volvió a mirar a su alrededor. Aquellas sábanas oscuras habían sido elegidas por un hombre. La habitación no se parecía en nada a la suite del hotel que recordaba: amplia, luminosa y decorada con antigüedades, al contrario de aquella, que estaba pintada de oscuro y con mobiliario moderno.

—Voy a hacerle algunas pruebas y después algunas preguntas, ¿de acuerdo?

Jasmine asintió, pero enseguida se quedó quieta cuando sintió que aquel movimiento le provocaba náuseas.

—De acuerdo.

El médico enfocó una luz en cada uno de sus ojos y luego le pidió que siguiera su dedo, mientras lo movía de lado a lado ante su cara. Luego comprobó su audición hablándole en voz baja en cada oído. Con suavidad, le tocó algunos puntos sensibles a cada lado de la cabeza.

—Ay.

—Lo siento.

Le inclinó la cabeza hacia atrás y a un lado para examinar cualquier herida que pudiera tener.

—Muy bien. Estire el brazo a un lado —le pidió el doctor—. Ahora voy a empujar hacia abajo, intente resistir. Bien.

A continuación la tomó por debajo del brazo y le dijo que empujara en dirección contraria, antes de hacer lo mismo por el otro lado.

Después, la ayudó a levantarse y le pidió que mantuviera el equilibrio con una pierna y luego con la otra a la vez que se tocaba la nariz con un dedo. Le hizo algunas pruebas más de equilibrio y coordinación antes de ayudarla a meterse de nuevo en la cama. Acercó una silla y se inclinó hacia delante.

—Voy a hacerle unas preguntas, ¿de acuerdo? Quizá no sepa responder a algunas, pero no se preocupe. Es normal sufrir alguna pérdida temporal de memoria después de un golpe en la cabeza.

—De acuerdo —respondió Jasmine, tocándose un lado de la cabeza.

El médico le preguntó su nombre completo, dónde vivía y a qué se dedicaba. No le fue difícil contestar. Mintió al decir que todavía tenía empleo.

—¿Cuánto tiempo lleva en París?

—Creo que solo un día. ¿Qué día es hoy, veinticinco?

—Sí, veinticinco de junio. ¿Dónde se aloja?

—Eh... En un hotel. Es muy bonito, muy lujoso.

—¿Recuerda el nombre?

—Hotel... —dijo y se mordió el labio—. No me acuerdo, pero está cerca de la Torre Eiffel.

El médico levantó una ceja.

—Entiendo. ¿Qué le trajo a París?

—Mi luna de miel.

El hombre se irguió.

—¿Y dónde está su marido, *madame*?

—¿Mi marido? —repitió Jasmine llevándose la mano a la frente—. Lo siento, no, no es mi luna de miel —dijo sacudiendo la cabeza—. No estoy casada. Siempre quise venir a París de luna de miel —añadió atropelladamente.

—Entonces, ¿ha venido con alguien?

—Eh... No, he venido sola.

Jasmine apenas se percató de que el médico se levantó y se fue a hablar en voz baja con el hombre que estaba observando desde un rincón de la habitación.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó.

El médico no le contestó y la conversación entre los dos hombres subió de volumen. ¿Estaba discutiendo? ¿Sobre qué? No, no podía ser sobre ella.

—¿Disculpen? ¿Hola? —dijo agitando la mano.

Los hombres siguieron sin responder. El médico la estaba señalando sin dejar de hablar en francés. El otro hombre emitió algunos sonidos guturales y sacudió las manos en el aire.

—¿Puede alguien decirme lo que está ocurriendo? —preguntó Jasmine.

—*Oui, bien sûr* —respondió el doctor volviéndose hacia ella—. Estábamos comentando su situación. Tiene una contusión, pero no es nada de lo que haya que preocuparse. Aun así, tiene que estar en observación durante veinticuatro horas —dijo mirando al hombre del rincón—. Puedo llevarla al hospital, pero no tiene pasaporte.

—Sí, claro que tengo —replicó Jasmine—. Está en mi bolso.

—¿Y dónde está su bolso, *mademoiselle*?

—Está... ¿No está aquí? —preguntó sorprendida.

El médico se volvió para hablar en voz baja con el otro hombre, que

contestó rápidamente.

—*Non*. Lo único suyo que hay aquí es lo que lleva encima.

—¿De veras?

¿Dónde demonios estaba su bolso? En él lo tenía todo: su teléfono, la llave del hotel, su identificación, las tarjetas de crédito de Parker...

—¿Qué pasa si voy al hospital?

—Le pedirán su identificación y, como no la tiene, tendrán que ponerse en contacto con su embajada y algún familiar.

Jasmine levantó la mano.

—No.

Lo último que necesitaba era que llamaran a sus padres o, peor aún, a Parker y les pidieran su ayuda cuando apenas había pasado un día en París. No estaba preparada para verlo.

—¿Qué otras opciones tengo?

—Quedarse aquí. Mi amigo se ha ofrecido a vigilarla durante veinticuatro horas.

El hombre que estaba en la penumbra murmuró algo. Fuera lo que fuese que había dicho, no parecía muy contento con la idea de tener que cuidar de ella. Bueno, a ella tampoco le agradaba la idea de que la vigilara un completo desconocido.

—Tiene que haber alguna otra opción.

—No sabe dónde se aloja, está sola y no tiene identificación ni dinero. A menos que conozca a alguien en París, no le quedan opciones, *mademoiselle*.

Muy lentamente inclinó la cabeza hacia un lado:

—¿No puedo quedarme con usted? —preguntó señalando al médico.

—*Je suis désolé*. Lo siento, pero es imposible. Tengo que viajar a Italia esta tarde por trabajo —respondió el médico y le hizo una señal al otro hombre para que se acercara—. Luca es un buen hombre —dijo y tosió como para disimular la risa—. La cuidará muy bien hasta que recuerde dónde se aloja.

—¿Y si no me acuerdo?

—Ya verá que pronto recupera la memoria. Si no es así, estoy seguro de que los dos sabrán cómo arreglárselas —respondió y frunció los labios para contener una sonrisa—. Bueno, tengo que irme o perderé el vuelo. *Au revoir, mademoiselle*.

El médico salió de la habitación seguido por el otro hombre, el tal Luca.

Jasmine oyó que retomaban la discusión al otro lado de la puerta, si bien sus voces se fueron desvaneciendo al alejarse por el pasillo.

Se llevó las manos a los ojos, deseando recordar lo que había pasado.

Pero lo único que recordó fue a Ashley diciéndole que comprara preservativos, muchos preservativos.

—No puede quedarse aquí —insistió Luca, después de cerrar la puerta del dormitorio.

Hugo, médico del equipo de carreras de Luca, no solo había tratado a Luca después de sus caídas, incluyendo la rotura de pierna que había puesto fin a su carrera, sino que se habían hecho grandes amigos y Hugo sabía que tenía que ser discreto.

—Estoy seguro de que para mañana habrá recordado el nombre del hotel. De todas formas, ya sabes lo importante que es estar bajo vigilancia estas primeras veinticuatro horas. Esta mujer no tiene quien la cuide —dijo Hugo sonriendo—. Excepto a ti.

—¿No hay otra manera? Se supone que debería pasar desapercibido, no andar por ahí con una turista amnésica.

—Es solo una noche.

Luca gruñó y Hugo le dio una palmada en el hombro.

—Todo irá bien —añadió Hugo y justo en aquel momento, su teléfono emitió un sonido—. Mi taxi ha llegado.

Se guardó el móvil en el bolsillo y se dirigió a la puerta.

—Espera, Hugo. No puedes contar nada de esto, ¿entiendes?

La expresión de Hugo era comprensiva y mucho más amable después de la manera en que otros lo habían tratado después del escándalo sexual.

—Por supuesto. Dale acetaminofén para el dolor y, ya sabes, mucho descanso y nada de televisión —dijo Hugo y tomó el pomo de la puerta—. *Bonne chance, mon ami.*

Luca se golpeó la cabeza repetidas veces contra la puerta una vez su amigo se hubo marchado. Entonces, un sonido al otro lado del vestíbulo le hizo darse la vuelta. Allí estaba la mujer, con los ojos abiertos como platos, los pies descalzos y unos cuantos rizados cubriéndole el rostro.

—Lo siento.

Aquella disculpa disipó su ira más de lo que habría esperado.

—¿Por qué lo siente?

—Por la molestia. Es evidente que no me quiere tener aquí —contestó—. Es solo que... Creo que no soportaría ahora mismo tener que estar en la sala de espera de un hospital o en una embajada. Todavía estoy algo mareada.

Avanzó hacia él con pasos lentos. Luca no sabía si era por el dolor de cabeza o porque tenía miedo de él.

Hugo tenía razón. Fuera quien fuese aquella mujer, necesitaba que cuidasen de ella.

—Está bien —dijo al cabo de unos segundos, forzando una sonrisa—. He cambiado los planes que tenía para esta noche.

«¿Planes, qué planes, Luca?».

—Vaya —replicó ella frunciendo el ceño.

—Sea bienvenida a pasar la noche.

—¿Está seguro?

—Sí.

Jasmine dio un paso vacilante al frente y después otro hasta quedarse frente a él. Su cabeza le llegaba justo por debajo de la barbilla y tenía que echarse hacia atrás para mirarlo a los ojos. Sus labios eran rosados y carnosos, el tipo de labios por el que Anika habría pagado una fortuna, pero eran los ojos lo que lo habían cautivado. Eran marrones, como el chocolate derretido, y el rímel que llevaba los hacía parecer más grandes de lo que ya eran.

Le era imposible decir que no a unos ojos como aquellos.

—Me llamo Jasmine, Jasmine Sweet —dijo y sus labios temblaron ligeramente al tenderle la mano—. ¿Y usted es Luca...?

—Luca, Luca Deschamps —mintió.

Capítulo 4

Aquel hombre la ponía nerviosa.

La intensidad de aquellos ojos azules, que tanto destacaban con su piel oliva y sus cejas y pelo oscuros, parecía que pudieran ver en su interior, como si buscaran algo. ¿Pero qué? Sentía un temblor y un cosquilleo.

Quizá fuera por la contusión.

Aun así, por alguna razón se sentía cómoda. En parte, le había mentido cuando le había dicho por qué quería quedarse, ya que así posponía tener que tratar con Parker y su familia. Además, una cosa era viajar sola sabiendo donde iba a alojarse y otra muy diferente era hacerlo sintiéndose aturdida después de un golpe y sin tener identificación.

—¿Tiene hambre? —preguntó el hombre.

—¿Qué hora es?

Volvió la muñeca para mirar su reloj.

—Las siete y media.

Justo en aquel momento su estómago rugió y sonrió.

—Supongo que sí.

—Venga, siéntese.

Lo siguió hasta la cocina, que se abría a un salón comedor. Como el dormitorio, el espacio era austero: suelos de madera, paredes blancas con vigas oscuras, las típicas ventanas parisinas de suelo a techo y un sofá de cuero gris.

Jasmine se sentó en un taburete de cuero gris junto al mostrador y apoyó los codos en la superficie de granito, llevándose la mano automáticamente a la sien.

—Un momento.

El hombre, Luca, se fue al vestíbulo y volvió unos segundos más tarde con

una bolsa de hielo y dos pastillas. Primero le puso la bolsa en la mejilla y murmuró algo en francés antes de dársela a ella.

—Sigue fría. Le ayudará a bajar la hinchazón y calmar el dolor.

—Gracias.

Luego le puso las pastillas en la palma de la mano y sus dedos la rozaron accidentalmente.

De nuevo, aquel cosquilleo.

Volvió a fruncir el ceño y sintió dolor. Aun así, lo siguió con la mirada mientras abría la pequeña nevera y sacaba una jarra con un líquido transparente y espumoso. Luego sirvió un vaso y se lo dio. Jasmine dio un sorbo de aquel agua burbujeante y sintió una agradable sensación ardiente al tragar las pastillas.

—¿Está bien sentada o prefiere tumbarse?

—Estoy bien, gracias.

Sus labios se curvaron en algo parecido a una sonrisa al tomarla de la mano con la bolsa de hielo y llevársela a la cabeza.

—Le vendrá bien.

Jasmine cerró los ojos al acercarse la bolsa de hielo, ignorando aquel cosquilleo y, sobre todo, el motivo del mismo. Una vez más, se esforzó en recordar lo que había pasado tras su llegada a París, pero lo único que veía tras sus párpados era oscuridad salpicada de algunos destellos de luz que resplandecían con cada latido. Por alguna razón, intentar recordar le causaba más dolor, así que se concentró en los sonidos de Luca moviéndose en la cocina: armarios abriéndose y cerrándose, un cuchillo cortando algo sobre una tabla, un cajón deslizándose sobre sus raíles, el revolver de cubiertos, el choque del cristal contra la encimera de granito seguido del estallido de un tapón de corcho y el gorgoteo del líquido al ser servido.

Cuando abrió los ojos, había una copa de vino tinto delante de ella y una fuente con queso, embutido, frutos secos y aceitunas en medio de la encimera que había entre ambos.

Luca estaba dando un sorbo a su copa y Jasmine se fijó en el movimiento de su nuez al tragar. Tenía un cuello fuerte, un montón de tendones y músculos trabajando en armonía.

Entonces la pilló mirándolo.

—¿Sí?

Ella carraspeó y señaló su copa.

—¿Puedo beber?

—Es solo una copa. Le vendrá bien, pero después agua —contestó y le ofreció la bandeja—. Por favor.

Jasmine tomó un rozo de queso. Estaba bueno y, cuanto más comía, más hambrienta se sentía.

¿Cuánto hacía que había comido por última vez?

Bajó la vista y reparó en las manchas de su blusa. ¿Cuánto hacía que no se cambiaba de ropa o que se duchaba? Inclino la cabeza y disimuladamente se olió las axilas.

—Eh... —comenzó Jasmine después de comerse un puñado de frutos secos y unas lonchas de embutido—. Siento molestarle pero ¿podría ducharme?

El hombre se volvió desde donde estaba sacando algunas cosas de una pequeña nevera.

—No es una buena idea.

—¿Perdón?

—No conviene ducharse. Si se desmaya, podría hacerse daño.

Echó harina en un plato y añadió especias de unos tarros que tenía en la encimera.

—Venga conmigo —añadió después de limpiarse las manos en un paño.

Jasmine se levantó de su taburete. El solo hecho de ponerse de pie la hizo sentir un ligero mareo y mantuvo una mano en la pared mientras seguía lentamente a Luca por el pasillo hasta un gran cuarto de baño. Había una ducha lo suficientemente amplia como para dos personas y una bañera independiente en el otro extremo.

—No llene la bañera —dijo Luca, señalándola—. Aquí tiene toallas —añadió sacando una de un armario—. Le traeré algo de ropa y se la dejaré en el dormitorio.

—Gracias.

—La cena estará lista en tres cuartos de hora.

—Muy bien.

Jasmine buscó apoyo en la encimera y, al volverse, se encontró unos ojos azules escrutándola, haciendo que sus rodillas se sintieran aún más débiles.

—¿Necesita ayuda?

Jasmine tragó saliva.

¿Hablaba en serio? ¿De veras estaba dispuesto a ayudarla? Miró la mano que tenía en el pomo de la puerta. Estaba bronceada y sus uñas estaban

cuidadas. Tenía unas manos grandes.

¿Qué sensación le causaría al quitarle la ropa? ¿Y al ayudarla a meterse en la bañera? ¿Y al enjabonarle el cuerpo?

Oh, Dios.

El cosquilleo que llevaba sintiendo toda la noche se extendió desde sus brazos por la espalda y el abdomen hasta culminar en la unión de sus piernas.

—*Mademoiselle*, ¿está bien?

Jasmine se dio cuenta de que estaba respirando entrecortadamente. Se había aferrado a la encimera como si se tratara de un salvavidas en medio de un océano embravecido.

—Sí —se apresuró a responder—, estoy perfectamente.

—¿Necesita que la ayude?

Se encontró con su mirada y lo único que vio en sus ojos fue preocupación. Aquel hombre no estaba flirteando, como su imaginación se empeñaba en hacerle creer. Luca estaba siendo simplemente amable.

Sonrió, tratando de esbozar una sonrisa convincente.

—Estoy perfectamente —repitió.

—Bien —dijo y salió por la puerta antes de asomarse una última vez—. *Mademoiselle*, por favor, no cierre la puerta.

Luca dejó a la mujer en el cuarto de baño y se fue al armario del dormitorio. Poco había donde elegir puesto que apenas había llevado ropa. De un cajón sacó un par de pantalones cortos que, con un cordón, podría sujetárselos, y su camiseta favorita de la carrera de motos celebrada en Austria en 2016.

Dejó aquellas prendas sobre la cama y se acercó a la puerta entreabierta del cuarto de baño. Levantó la mano para llamar, pero antes de hacerlo, su mirada fue a dar con el espejo.

Jasmine estaba de espaldas a él, desnuda.

Merde.

Se movía con gracia y tenía un par de hoyuelos en la parte superior de sus nalgas. Su piel era de un bonito color caramelo, en contraste con la melena oscura que le caía en cascadas sobre los hombros. Su trasero era... Dios, vaya trasero.

Cerró con fuerza los puños y se apartó de la puerta. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Acaso se había convertido en un mirón? La sola presencia de

aquella mujer era ya de por sí un problema. Lo último que necesitaba era comérsela con los ojos a través de la puerta entreabierta ni imaginarse acariciándole la espalda hasta tomar entre las manos cada una de aquellas magníficas nalgas antes de explorar...

¡Ya estaba bien!

Decidido, llamó dando unos golpes en la pared, al lado de la puerta.

—*Mademoiselle?*

—¿Sí?

Su voz sonó sorprendida a la vez que esperanzada.

¿Qué demonios?

—Le he dejado ropa sobre la cama. Puedo echar a lavar la suya para que mañana la tenga limpia. Déjela sobre la cama.

—Gracias.

Luca se alejó por el pasillo sin decir nada más. Tenía que concentrarse en tareas como preparar el pescado para la cena. Por desgracia, su cuerpo no estaba colaborando.

«Ha pasado mucho tiempo, Luca, y ese trasero...».

—*Silencieux!* —se regañó en voz baja.

De ninguna manera iba a tener una aventura con una turista contusionada y amnésica. No era una buena idea por mucho que su libido pensara de otra manera.

Veinte minutos más tarde, cuando el pescado estaba asándose en el horno, miró hacia el pasillo, preocupado. ¿Debería ir a ver si estaba bien? ¿Y si había ignorado su recomendación y se había metido en la bañera, se había dormido y se había ahogado?

Corrió por el pasillo y a punto estaba de empujar la puerta para abrirla cuando apareció Jasmine con tan solo una toalla. El olor de su propio champú la envolvía y tuvo que contener el impulso de hundir la nariz en su pelo e inspirar. Eso, antes de arrancarle la toalla y saborear su cálida piel.

—Hola.

Los ojos de la mujer eran muy bonitos y grandes, y sin maquillaje, parecía más inocente, lo que debería servirle para calmar su libido.

Pero no fue así, sino todo lo contrario.

Dio un paso atrás y ladeó la cabeza.

—La cena está lista. Espero que le guste el pescado.

No esperó respuesta, simplemente se dio la vuelta y volvió a la cocina, en

donde se sirvió una copa de vino de la que dio cuenta antes de que Jasmine apareciera.

Si le había parecido que estaba muy guapa vestida tan solo con una toalla y oliendo a su jabón, estaba equivocado. Viéndola vestida con su ropa, que le quedaba holgada, se sintió excitado al instante.

—Sea lo que sea, huele muy bien —dijo suavemente.

—Es lenguado a la *meunière*. Simplemente es pescado con una salsa de mantequilla, limón y perejil. Ah, y patatas.

Se sentó junto a la encimera y se encogió de hombros.

—Suenan muy apetitoso.

Luca sacó los platos del horno y los dejó en la encimera. Luego, puso los cubiertos, rellenó el vaso de agua y rodeó la barra para unirse a ella en el otro lado. Diez minutos más tarde se sentía hambriento. En aquel momento, sentado cerca de aquella americana, se sentía tan cautivado por ella que su hambre de comida fue sustituida por otra clase de hambre. Seguía teniendo la piel tan cálida que irradiaba calor. A eso se unía el aroma de su jabón, pero con una nota femenina por su olor natural.

También estaba su mirada.

Cada vez que sus miradas se encontraban, se sentía cautivado por sus enormes ojos marrones, como si se hundiera en ellos. Quería quedarse allí y beber de ellos para siempre.

Fue Jasmine la que apartó la vista, desviando su atención a la comida que tenía delante. Cortó un pedazo de pescado y se lo llevó a la boca.

—Hmm, Dios mío —dijo cerrando los ojos—. Está buenísimo. Es mucho más que pescado con una salsa de mantequilla y limón.

Volvió a abrir los ojos y le sonrió.

—*Non*. Eso es todo, claro que todo es fresco.

—Los franceses sí que saben cocinar —comentó antes de tomarse otro bocado.

Luca sonrió. Aunque era un cliché, viniendo de aquella mujer el comentario le agradó. Siguieron comiendo en un relativo silencio, excepto por aquellos gemidos de placer que no ayudaban en nada a controlar su libido. Cuando los platos quedaron vacíos, Luca se encargó de llevarlos al fregadero y lavarlos.

—Gracias.

—No hace falta que me dé las gracias cada cinco minutos.

—Lo sé, pero... —dijo jugueteando distraídamente con un mechón de pelo

—. Su amabilidad significa mucho para mí, teniendo en cuenta que no me conoce.

—De veras, no es nada.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

Luca alzó la vista.

—Claro.

—¿Puede contarme algo más sobre cómo me encontró? —preguntó llevándose la mano al chichón de la cabeza.

Luca se mordió el labio inferior. Todavía no se había acostumbrado a la barba.

—*Non*. La encontré desmayada en el suelo.

—¿Dónde?

—No muy lejos de aquí, a unas siete u ocho manzanas.

—¿Y estaba sola, sin bolso ni zapatos?

—Sí.

—¿Me atracaron?

—Tal vez, no lo sé.

No era cierto, pero algo en su interior le decía que cuanto menos se supiera de aquel episodio, mejor. Quizá fuera digna de confianza, pero no estaba seguro. Si le refrescaba la memoria tal vez abriera la caja de Pandora y desencadenara una situación que no podría controlar. Dejaría que se quedara a pasar la noche y al día siguiente ya vería lo que haría.

—Dios, me gustaría poder recordar.

Luca cortó un poco más de queso y lo dejó en la fuente. No porque quisieran más queso ni porque fueran a comer más, sino por tener algo que hacer durante la conversación.

—Intento recordar, pero...

—Es normal cuando se pierde la memoria —replicó Luca y acercó la fuente a la mujer—, pero volverá. A veces cuanto más se intenta recordar, más difícil resulta. Necesita descansar. Ya verá como mañana recuerda todo y puede seguir con su vida.

—Lo dice como si tuviera experiencia.

Luca partió un trozo de queso y se lo comió, pensando la respuesta.

—He sufrido contusiones.

—¿Cómo?

—Yo... —comenzó y se detuvo apenas unos segundos—. Llevo montando

en moto desde los ocho años y he tenido unos cuantos accidentes.

El último de los cuales había puesto fin a su carrera.

—¿No llevaba casco?

—Por supuesto. El casco me ha salvado la vida varias veces. Pero aun llevando casco, se puede sufrir una contusión.

Lo miró ladeando a cabeza y frunció el ceño, como si un pensamiento, o tal vez un recuerdo, se le hubiera venido a la cabeza.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Jasmine tomó un trozo de queso de la fuente. Tenía unas manos bonitas, con dedos largos y delicados, y las uñas pintadas de un color neutro.

—Recuerdo que tomé un avión a París. Se supone que iba a ser... —dijo y alzó la vista—. Iba a ser un viaje de chicas, pero mi amiga se quedó embarazada inesperadamente y...

Luca esperó en silencio a que continuara.

—Bueno, resumiendo, decidí venir yo sola.

—A veces viajar solo es lo mejor.

Luca había viajado varias veces solo a Grecia para alejarse de... todo.

Jasmine bebió un sorbo de agua, y luego otro más.

—De todas formas, bebí bastante durante el vuelo —añadió masajeándose el cuello—. Creo que incluso bebí mucho en las veinticuatro horas previas y no sé si llegué a comer algo —explicó mirándolo, haciendo círculos con los hombros—. Y he dormido poco, así que es posible que el golpe en la cabeza me lo diera porque me desmayara de puro cansancio, como consecuencia de una mala resaca. Posiblemente sea una combinación de las tres cosas.

—Es posible —dijo él lentamente—, pero por el aspecto de ese golpe, probablemente haya habido algo más que todo eso.

¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué no se limitaba a mostrarse de acuerdo, meterla en la cama y deshacerse de ella por la mañana?

Jasmine se encogió de hombros.

—Tal vez. Eso explicaría que haya perdido el bolso y los zapatos —observó frunciendo el ceño—. Vaya faena. ¿Qué voy a hacer?

—Tendrá que ir a la embajada y pedir que le emitan un pasaporte.

—¿Y cómo voy a hacerlo sin identificación?

—¿No tiene algo en su habitación del hotel, una copia del pasaporte o de algún otro documento?

La mujer entornó los ojos, pensativa, antes de negar con la cabeza.

—Me parece que no, pero ni siquiera sé en que hotel estaba —respondió, sonriendo con amargura.

Luca se puso de pie. Aquella conversación no estaba sirviendo para nada.

—Ha dicho que no había dormido mucho.

Ella asintió.

—Debería descansar. Dormir es importante.

—Antes le ayudaré a recoger la mesa.

—*Non, merci* —replicó él señalando el pasillo—. Hay un cepillo de dientes nuevo en el cajón del baño.

—De acuerdo.

Jasmine se puso de pie y Luca reparó en que le fallaba el equilibrio porque la vio sujetarse a la encimera. Después de una pausa y de un par de inhalaciones, avanzó por el pasillo hasta el cuarto de baño, y esta vez, por desgracia, cerró la puerta.

¿Por desgracia? ¿En qué demonios estaba pensando?

Al cabo de unos minutos, cuando oyó que la puerta se abría, la llamó.

—¿Jasmine?

—¿Sí?

—Iré a verla durante la noche para comprobar que esté bien. Por favor, no se alarme.

Capítulo 5

«Iré a verla durante la noche para comprobar que esté bien».

No había ninguna connotación sexual en aquel comentario, absolutamente ninguna. De hecho, era lo opuesto. Era lo que le correspondía decir a un hombre que se veía obligado a cuidar de una americana desconocida a la que se había encontrado desmayada en la calle.

Pero entonces, ¿por qué se sentía excitada?

Se detuvo bajo el umbral de la puerta del dormitorio, mirando hacia la cocina. Luca dejó lo que estaba haciendo en el fregadero y se volvió hacia el pasillo. Incluso a la distancia, Jasmine se sintió paralizada por su mirada. Después de unos segundos, apartó la vista y la magia se rompió. Jasmine se apresuró a entrar en la habitación, retiró la colcha y se metió en la cama. Las sábanas frías dieron la bienvenida a su cuerpo acalorado. Por primera vez en días, Jasmine se relajó.

Incluso aquel dolor palpitante de la sien se había suavizado.

Volvió la cabeza y respiró hondo, percibiendo la fragancia de la loción para el afeitado de Luca. Era un olor a especias, masculino y delicioso. Se acostó de lado y se aferró a la otra almohada, hundiendo la nariz en aquel aroma. ¿Qué se sentiría al hacer el amor con él, al sentir su barba incipiente en sus zonas más sensibles? Y sus manos, aquellas manos fuertes, acariciándole el cuerpo, explorándola y penetrándola...

Su boca, aquella boca que había estado observando durante la cena, tenía unos labios generosos hechos para ser besados y tal vez algo más.

¿Acaso no eran conocidos los hombres franceses por la manera en que besaban a las mujeres... por todas partes?

Jasmine apretó las rodillas. Nunca había experimentado aquello.

Sin contar los revolcones con un tímido cowboy del instituto, Parker había

sido el primer y único hombre con el que había estado. La había cortejado con cenas románticas y regalos caros. No había dejado de halagarla con palabras, nunca con caricias. Cuando le había dicho que quería esperar a casarse para tener sexo, Jasmine se había negado en redondo. Había leído un artículo en una de las revistas masculinas de Parker sobre la importancia de ser compatible en la cama e incluso la habían compartido.

Durante la cena del día siguiente habían tomado mucho vino en la cena y aquella había sido su primera vez. Lo cierto era que para ella había sido la primera vez en su vida, por lo que no tenía nada con lo que comparar.

Bueno, excepto con su imaginación. Pero no se había sentido lo suficientemente segura para pedirle lo que quería y, más adelante, Parker había estado tan ocupado con el trabajo que no habían encontrado tiempo. Y era tan generoso con todo que no había querido presionarlo.

Entonces, las dudas la habían asaltado y había empezado a cuestionarse si, por alguna razón, era ella el problema.

Se tumbó de espaldas, dejando la almohada sobre ella. ¿Cómo no había caído en la cuenta de lo que le pasaba a su exnovio?

Jasmine había descubierto dos maneras para aliviar su deseo insatisfecho: masturbación y fantasía.

Fantasías sexuales con todo lujo de detalles.

Para ella había sido la manera de contar ovejas cada noche después de que Parker se quedara dormido.

Se abrazó a la almohada que tenía encima y dejó vagar su mente, recordando su última fantasía sexual con un atractivo investigador espacial, un proscrito en un mundo intergaláctico.

En aquella fantasía recurrente, el héroe la rescataba del harén de un malvado alienígena y se la llevaba a un planeta tropical aislado, a las afueras de la galaxia. Aquel forajido la enseñaba a disfrutar del sexo otra vez. Empezaba lentamente, simplemente acariciando cada centímetro de su cuerpo hasta hacerla gemir de deseo. Luego, la dejaba sobre una cama hecha de un material extraterrestre que aumentaba el deseo sexual de las personas solo con tumbarse encima. Al día siguiente volvía, esta vez para besar y lamer todo su cuerpo.

En su cabeza, lo veía todo claro.

Estaba tumbado entre sus piernas, separándoselas aún más con sus fuertes manos, su pelo oscuro casi negro haciéndole cosquillas en el ombligo. Una

lengua firme acarició su clítoris en un sentido y después en el otro. Cuando sus caderas se arquearon, él se las sujetó empujándola contra el colchón y provocándole una oleada de excitación que se extendió hasta lo más profundo de su cuerpo. La siguiente vez que levantó las caderas, él acercó la boca a sus zonas más vulnerables, sujetándole el trasero con las manos mientras la besaba, lamía y succionaba hasta no poder soportarlo y...

La mano de Jasmine se deslizó bajo las sábanas. Ni siquiera se molestó en desatarse la cinturilla de los pantalones hasta que sus dedos se hundieron en aquella humedad cálida, imitando los movimientos de la lengua del amante de sus fantasías.

«¿Te gusta?».

—Sí, sí —murmuró Jasmine junto a la almohada.

«¿Te gusta así?».

—Sí —jadeó mientras se acariciaba el clítoris.

«Oh, cariño, tienes un conejito muy dulce del que no me canso».

Jasmine levantó las caderas de la cama mientras se introducía los dedos en la vagina. El hombre de su fantasía alzó la mirada. Tenía las cejas y el pelo oscuros, barba de varios días y los ojos más azules que había visto jamás.

Aquel no era el hombre de sus fantasías. Era Luca.

El orgasmo la asaltó como si un asteroide la hubiera sacado de su órbita, sacudiéndose mientras apretaba una mano sobre la otra, entre sus piernas, al estallar.

Luca estaba al otro lado de la puerta. Aquella mujer estaba jadeando. ¿Sería de dolor? ¿Debería entrar? Tomó el pomo y a punto estaba de girarlo cuando la oyó gritar.

Entonces, todo se quedó en silencio.

Aquello no podía ser nada bueno. No quería entrar y descubrir que se había desmayado o algo incluso peor. Esperó unos segundos antes de llamar a la puerta.

—¿Jasmine, va todo bien?

—Estoy bien —respondió con voz aguda.

—Bien. La despertaré a medianoche, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo. Perfecto. Está bien. Gracias.

Luca permaneció unos segundos junto a la puerta antes de irse al baño para

asearse. Eran las nueve y media, demasiado pronto para él para irse a la cama, aunque debería descansar si iba a despertarla cada cuatro horas.

—¿Qué otra cosa tienes que hacer? —le preguntó a su reflejo en el espejo—. Te quedan dos semanas para volver al trabajo. Deberías alegrarte de tener una distracción.

Distraerse estaba bien, pero aquella clase de distracción era demasiado...

Se secó la cara con la imagen de la espalda desnuda de Jasmine ardiéndole en los ojos.

—Mañana se habrá ido —murmuró antes de colgar la toalla y apagar la luz.

De camino al salón, se detuvo junto a su puerta a escuchar. No se oían gemidos ni nada. Confiaba en que aquello significara que todo iba bien. Siguió avanzando por el pasillo y se sentó en el sofá. Luego, tomó el ordenador portátil de la mesa de centro. Cada noche de la última semana había navegado por la web de Legrand.

Cuando Myra Monte se había hecho cargo de la publicidad de la bodega, había convencido a Luca para que subastara una de las tres últimas botellas del Legrand Goût des Rubis. Aquel rosado exclusivo se había servido en la boda de Grace Kelly con el príncipe Rainiero en 1956, y la botella incluía un rubí de dos quilates en la etiqueta. Aunque se suponía que las botellas debían transmitirse de padres a hijos, Luca había tomado la decisión de subastar una si con eso podía mantener el control de la bodega.

Aquello había llamado el interés de coleccionistas de todo el mundo, lo que había servido para distraer la atención de lo que Luca había hecho, a la vez que había provocado un aumento en los precios del champán.

Luca introdujo un nombre en el buscador: Marcel Durand. Había hecho lo mismo cada noche durante la última semana, a la espera de dar con algún nuevo artículo o información sobre él. Había rastreado las páginas de sociedad, buscando alguna señal de aquel tipo tan escurridizo, pero tenía que admitir que sabía muy bien cómo evitar meterse en líos.

Casi podía oír la voz de François diciéndole que debería aprender algo de aquel joven.

Estaba a punto de hacer una nueva búsqueda cuando se dio cuenta de que había algo nuevo. Se trataba del anuncio del compromiso de Marcel con Lydia Fournier. Aquel apellido le sonaba familiar. Probablemente la habría conocido en alguno de los actos que la compañía había celebrado en los últimos once meses. Era rubia y alta, casi tal alta como Marcel, que aparecía a su lado en la

foto publicada en el periódico del día. Luca empezó a leer por encima el artículo hasta que llegó a que había estudiado en una universidad de Madrid. Entonces dejó de leer.

Así que Marcel llevaba una vida perfecta. Eso terminaría cuando Luca le desenmascarara, aunque todavía no tenía ni idea de cómo iba a hacerlo.

Era difícil dar un paso estando como estaba escondido, sin apenas salir a la calle durante el día. Aunque ese día había sido la excepción. Aquella mañana se había ido a dar un largo paseo por el valle del río Loira. Montar en moto era lo único que le ayudaba a mantener la cordura.

Claro que en vez del sentido común, había ido a dar con una damisela americana en apuros.

Además, aquella damisela resultaba ser muy atractiva, con su abundante melena, su mirada penetrante y el trasero más bonito que había visto jamás.

Luca se pellizó el puente de la nariz. Se sentía atraído por una bonita mujer en apuros. ¿No había sido así como había conocido a Anika? Había bebido demasiado en una fiesta en un yate. Le había sujetado el pelo mientras ella vomitaba.

Sin pararse a pensar, tecleó en el buscador «vídeo sexual de Luca Legrand».

A pesar de que los abogados de Luca habían hecho retirar el vídeo y habían emprendido acciones legales contra la web que lo había publicado, se había compartido demasiadas veces en internet antes de reaccionar y había tenido millones de visionados.

Merde.

Y todavía había millones de personas hablando de ello a la vista de los blogs y las páginas de cotilleos que había dado el resultado de la búsqueda. Luca era consciente de que internet estaba lleno de copias ilegales que todavía podían ser vistas. Aquella situación era una pesadilla difícil de contener. Por alguna razón sádica para castigarse, abrió una copia original de vídeo y apretó el botón de reproducción. Aunque era una grabación oscura y de aficionados porque la habían hecho Anika y él para su propio visionado, la cara de ella era perfectamente reconocible. Al igual que la suya al atarla a la cama.

Luca se rascó la frente antes de cerrar el vídeo. Volvió al resultado de la búsqueda, abrió el primer enlace y leyó los comentarios que aparecían a continuación del artículo. Sabía que no debía hacerlo, pero no pudo evitarlo. Aquello no dejaba de ser una autoflagelación en sentido figurado.

Vaya cabrón.

Me dejaría atar por Luca Legrand cuando quisiera.

Anika se merece algo mejor que un cerdo sádico.

Deberían meterlo en la cárcel.

Cerró la tapa del portátil con un gruñido y dejó el ordenador en la mesa de centro. Luego se levantó y empezó a dar vueltas por el pequeño salón. No podía permitirse otro escándalo. Tenía que deshacerse de la americana cuanto antes sin que ella o cualquier otra persona descubrieran los líos en los que andaba metido.

Podía dejarla en la embajada, pero no tenía dinero ni nadie que pudiera responder por ella.

Podía llevarla a la calle donde estaba la tienda para ver si recordaba algo. Quizá su bolso siguiera allí, aunque lo más probable era que la policía se lo hubiera llevado a la comisaría.

Abrió las puertas correderas que daban al pequeño balcón y se acercó a la barandilla, a disfrutar del aire de la noche mientras consideraba las alternativas que tenía. A la mujer le fallaba la memoria y no lo había reconocido. Aunque tratara de describirlo a la policía, ¿qué probabilidades había de que descubrieran que era él? Podía irse del piso, buscar otro sitio o incluso marcharse al sur de la ciudad, a la villa en la que no había estado desde hacía doce años. Tal vez si la dejara en la comisaría y se fuera...

No, la posibilidad de que alguien lo viera y lo reconociera era demasiado alta. De nuevo, era la voz de François en su cabeza la que le decía que era demasiado arriesgado.

Apoyó los codos en la barandilla y se quedó contemplando la vista.

De repente se le ocurrió una cosa y se irguió. Tal vez debería llamar a François y pedirle ayuda. Estaba tan interesado en guardar discreción como Luca.

No era una mala idea.

¿Por qué no se le había ocurrido antes llamar al abogado? Lo haría a primera hora de la mañana.

Una vez tomada la decisión, Luca volvió dentro y se acomodó en el sofá, su cama para esa noche. El paseo al aire libre de aquella mañana le había agotado. La preocupación por aquella mujer le había dejado sin fuerzas y estaba agotado. Aun así, en vez de dormir, la imagen de Jasmine desnuda apareció al cerrar los ojos. No sabía por qué su mente se empeñaba en tomar aquel camino. Tal vez porque por la mañana se iría.

Luca se imaginó arrodillado detrás de ella, con una mano a cada lado de sus caderas, deslizando la lengua por el final de su columna.

«¿Luca?».

—¿Sí?

«¿Podrías besarme, por favor?», se imaginó que le decía.

En su imaginación, ella se volvió mostrándole la parte frontal de su cuerpo. Había una suave mata de pelo sobre su pubis, tan sedosa y brillante que tuvo que acariciarla con la mejilla.

—¿Dónde quieres que te bese?

«En cualquier parte».

—Será un placer para mí —murmuró.

—¿Luca?

Luca abrió los ojos. Jasmine estaba de pie ante él, mirándolo con un gesto burlón.

Rápidamente se incorporó y confió en que su erección quedara oculta a la mujer que se la había provocado y que había sido hasta hacía apenas dos segundos la protagonista de su fantasía.

—Jasmine, ¿está bien? —preguntó después de carraspear.

Ella asintió.

—Estoy bien, pero estaba en la cama y... Y...

Por alguna razón sus mejillas se sonrojaron. Se encontró con su mirada. Tenía los ojos brillantes.

Dios Santo, ¿tendría poderes psíquicos y era capaz de leerle el pensamiento? ¿Se habría dado cuenta sobre qué estaba fantaseando?

—Creo que recuerdo lo que pasó.

Capítulo 6

Debía de haberlo despertado. Se había sentado bruscamente y se había sorprendido al verla. Fuera lo que fuese que estaba soñando, debía de ser algo bueno a la vista del bulto que se adivinaba bajo la cremallera de sus vaqueros de marca. Su novia era una mujer con suerte a juzgar por el tamaño de su erección.

Por cierto, ¿tendría novia?

Jasmine se dio cuenta de que se había quedado mirando fijamente la entrepierna de aquel hombre. Lo único que sabía de él era que montaba en moto y que alguna vez había sufrido una contusión.

—¿Qué recuerda? —preguntó e hizo amago de levantarse antes de pensárselo mejor.

Jasmine ocultó su sonrisa.

¿Quién era ella para juzgar? Había estado en la cama, fantaseando con él con todo lujo de detalles, cuando de repente había recordado algo: una pintoresca tienda en una estrecha calle de adoquines. Una lámpara, un pañuelo y... un ladrón.

Se había visto involucrada en un atraco.

Tardó unos minutos en describir lo que había recordado mientras Luca la escuchaba atentamente.

—¿Qué es lo último que recuerda?

—Había un hombre con un pasamontañas gritándome algo en francés. No lo entendía y entonces me empujó —dijo llevándose una mano a la sien—. O tal vez me golpeó —añadió frunciendo el ceño—. Tengo la sensación de que hizo ambas cosas. Todo está confuso, pero es lo último que recuerdo.

Jasmine se sentó en el borde del sofá.

Luca asintió lentamente.

—Lo siento mucho, Jasmine. El ladrón debió de llevarse su bolso durante el atraco.

—Seguramente —replicó apoyando los codos en las rodillas.

Luca se levantó y se fue a la cocina.

—Me alegro de que esté recuperando la memoria. Mañana la ayudaré a recordar. Ya verá qué pronto vuelve a su hotel y a su vida.

—Sí.

—Descanse, mañana será un día largo —dijo él y le hizo una señal para que volviera a su habitación.

Pero Jasmine no quería volver a su habitación. No quería malgastar la que podía ser su única noche con aquel enigmático francés durmiendo sola en la cama de él.

Por no mencionar que no quería volver a su hotel. En su cabeza tenía una ligera imagen de la suite, con techos altos, gruesas cortinas y un balcón de hierro forjado que solo servía para recordarle que estaba en París, pero no de luna de miel.

Estaba sola.

Miró a Luca por debajo de una cortina de pelo. Lo que de verdad quería era conocer mejor a aquel hombre.

«No, lo que de verdad quieres es pedirle que te quite la ropa lentamente y que te haga todas esas cosas».

—¿Sabe? —dijo Jasmine y se levantó para acercarse a la barra.

Llevaba toda la noche mareándose cada vez que se ponía de pie, pero por alguna razón, en aquel momento no. Eso debía de ser una buena señal, ¿no?

—No me siento cansada, más bien animada. ¿Es normal después de un golpe?

Luca se sirvió un vaso de agua y la miró ladeándola cabeza.

—No, creo que no.

—Vaya, qué extraño —dijo Jasmine apoyando los codos en la barra del desayuno—. Tengo que preguntarle una cosa: ¿no le importa a su novia que una desconocida esté pasando la noche en su apartamento?

—¿Novia? —repitió sorprendido.

—Sí —contestó mirándose las manos.

—*Non*. No salgo con nadie.

—¿De veras?

—Ajá.

—¿Qué significa ese ajá?

—Nada, es solo que estoy sorprendido.

Envalentonada, Jasmine tomó el vaso de agua de Luca y bebió desde el mismo sitio que había bebido él.

—¿Por qué? —preguntó siguiéndola con la mirada.

Se quedó observándolo de reojo. Le parecía imposible que estuviera soltero. Todo lo que sabía de él le parecía interesante. Era amable con los extraños, de eso no había ninguna duda. Tenía unas manos muy bonitas que no podía dejar de mirar sin imaginárselas acariciando su cuerpo. La ropa le sentaba muy bien y ladeó la cabeza para volver a contemplar su entrepierna.

También estaban sus ojos. La miraban con una expresión devoradora, y allí estaba ella para decirle que sí a aquellos ojos.

Pero no estaba preparada para decirlo, así que se encogió de hombros y dejó el vaso en la encimera.

—Es una buena persona.

Luca emitió un sonido gutural.

—No me conoce.

Jasmine alzó la vista.

—¿Quiere eso decir que no es una buena persona?

Luca sacudió la cabeza y se sirvió un segundo vaso de agua. Al ver que no contestaba, Jasmine se puso de pie y paseó por el salón, deteniéndose ante las estanterías para sacar algún libro. Luego, tomó un cuenco decorativo hecho de alabastro y lo sopesó antes de volver a dejarlo en su sitio. Enseguida se dio cuenta de que no había ningún objeto personal en aquella habitación. Todo era aséptico.

—¿De quién es este apartamento? —preguntó volviéndose hacia Luca.

—Mío —contestó a la defensiva.

—No, no es suyo.

Él carraspeó.

—Es de un amigo mío. Aquí es donde vivo ahora.

Jasmine iba a preguntarle por qué estaba viviendo en casa de un amigo cuando Luca se adelantó.

—Mi novia y yo rompimos hace seis meses. No fue una ruptura amigable. Desde entonces, he estado viviendo aquí.

Se volvió y Jasmine no pudo ver su expresión.

¿Estaba enfadado, triste o había algo más?

Bueno, estaba soltero y aquella expresión tenía sentido. Volvió a recorrer la habitación con la mirada y reparó en el portátil en la mesa de centro.

—¿Puedo usar su ordenador? —preguntó y sin esperar respuesta, se acercó y lo abrió.

—*Attendez!*

Sobresaltada, Jasmine reculó. Luca se acercó rápidamente, tomó el aparato de la mesa y se lo llevó a la cocina para dejarlo en la encimera, lejos de ella. Luego escribió algo en el teclado, antes de usar la alfombrilla táctil. Después de un par de minutos, volvió a dejar el ordenador en la mesa de centro, ante ella, abierto en una página de búsqueda.

Interesante. ¿Qué era lo que no quería que viera? Teniendo en cuenta que lo había despertado con una imponente erección, podía imaginárselo.

—¿Estaba viendo porno, Luca?

¿Sería por la herida o porque empezaba a sentirse mejor por lo que se había atrevido a decir aquello?

—¿Perdón?

Abrió un armario y sacó dos copas de vino.

Ella sonrió para sus adentros mientras se afanaba en abrir su correo electrónico.

¿Qué contraseña tenía?

—Porno —contestó distraídamente mientras tecleaba lo primero que se le vino a la cabeza—. ¿Sabe lo que es el porno, verdad?

—Claro que lo sé.

Luca tuvo la delicadeza de mostrarse incómodo durante tres segundos y luego curvó los labios hasta dibujar una sonrisa. Sirvió vino en las copas y fue a sentarse junto a ella. Sintiendo la calidez de su muslo junto al suyo, Jasmine era incapaz de recordar su contraseña. Cada vez que intentaba una, obtenía un mensaje de error. Estaba tan acostumbrada a acceder desde la aplicación de su móvil, que no recordaba la última vez que había necesitado la contraseña.

—¿Y qué pasa si lo estaba haciendo? —preguntó Luca tan cerca de su oído que sintió cosquillas.

Jasmine se estremeció ante aquella agradable sensación y sus manos se quedaron inmóviles en el aire, sobre el teclado, como si se hubieran congelado. Luego cerró la tapa del ordenador. La dirección que estaba tomando la conversación era en aquel momento más importante que el correo electrónico.

—Supongo que no es asunto mío —dijo ella volviéndose hacia él.

Luca le dio su copa. Su mirada era intensa, pero algo había cambiado, algo muy sutil. Era como si estuviera tratando de expresar algo importante.

Fuera lo que fuese, su cuerpo reaccionó.

Separó los labios y de repente la boca se le quedó seca. Se humedeció los labios y Luca desvió la mirada hacia ellos.

—¿Debería sentirme avergonzado por ver a gente haciendo el amor?

Sus fosas nasales se ensancharon, como si fuera un depredador olfateándola, y la miró entornando los ojos.

—No —respondió Jasmine sacudiendo la cabeza, incapaz de apartar la mirada—, creo que no.

Él asintió y bebió. Cuando desvió la vista, Jasmine dio un sorbo a su vino.

—¿Qué clase de americana es, dulce Jasmine?

—¿Cómo?

—Ya sabe, hay estereotipos sobre las americanas.

—Supongo.

Los americanos también tenían muchos estereotipos sobre los franceses.

—Bueno —dijo ella arqueando una ceja—. ¿Va a contarme cuáles son?

—Está la americana puritana, esa mujer que piensa que el cuerpo y sus funciones fisiológicas son asquerosos.

Jasmine se mordió el labio.

—¿Es usted de esas? —preguntó Luca echándose hacia delante.

Ella contuvo el aliento.

—¿O... —añadió él, ladeando la cabeza— es de las que disfruta siendo mujer física y sexualmente, pero que finge no gustarle el sexo porque se avergüenza de buscar placer?

Apenas le llegaba aire a los pulmones.

—¿Son esos los únicos estereotipos de mujeres americanas?

Luca se encogió.

—¿Y qué me dice —comenzó Jasmine— de la americana que disfruta del sexo y no teme reconocerlo?

—¿Existe esa mujer?

—Claro que sí —contestó dejando la copa junto al ordenador, y se acercó a Luca—. ¿Y de la que le gusta probar cosas nuevas?

Alzó la mano a su rostro, deseando sentir aquella barba con sus dedos, con su mejilla, con sus labios...

A pesar de que deseaba ser aquella aventurera del sexo atrevida y segura de sí misma, sus dedos temblaron al rozarlo. Pero no le importó. Además, él no la detuvo ni se apartó. Se limitó a permanecer quieto y dejarla explorar.

Se quedó observándola desde sus ojos entornados mientras le acariciaba la cara. Su barba era áspera a la vez que suave, y bajo ella podía sentir la firmeza de su mentón.

De hecho, de repente sintió la fuerza de su mandíbula, como si estuviera apretando los dientes.

Aquella era una reacción interesante.

—¿Y qué me dice de la americana a la que no le da vergüenza pedir lo que quiere? —susurró Jasmine, deslizando los dedos hasta sus labios.

Luca separó ligeramente los labios en lo que no le cabía ninguna duda de que era una invitación. Metió un par de dedos dentro y sintió su boca húmeda e increíblemente caliente.

¿Por qué le estaba permitiendo hacer aquello? ¿Por qué la estaba animando?

No tenía ni idea. Lo único que sabía era que su boca resultaba muy seductora y, cuando cerró los labios alrededor de sus dedos y chupó suavemente, le resultó una sensación mucho más erótica que nada que hubiera experimentado.

Apartó la mano de su boca y, sin pararse a pensar, se metió los dedos en la suya, sin dejar de mirarlo.

—¿Me estás diciendo que eres esa clase de mujer a la que le gusta pedir lo que quiere?

Jasmine asintió.

—Y dime, Jasmine, ¿qué es lo que quieres?

¿Había algo más sexy que escuchar esa pregunta de un tipo atractivo y con acento francés?

Deslizó los dedos por su labio inferior y siguió bajando por la barbilla hasta llegar al cuello. Nunca se había sentido tan seductora, tan desinhibida ni tan femenina. Si solo iba a pasar una noche con aquel hombre que había desatado su impulso sexual con tan solo una mirada y una pregunta, lo mejor sería aprovechar.

Jasmine quería saber qué se sentiría haciendo algo tan irracional, tan inolvidable. Y no solo eso, sino que además iba a pedírselo.

—Quiero que me folles.

La única razón por la que Luca le había seguido el juego era porque estaba hambriento. Era ese estúpido vídeo y en especial los comentarios. Nadie conocía el contexto de aquel vídeo y estaba harto de que lo juzgaran por él.

Casi anhelaba su rechazo para poder descargar algo de su ira sobre ella. Pero no lo juzgaba, tan solo estaba flirteando con él. Entonces lo había tocado con una mezcla de sensualidad e inocencia que le resultaba tan desconcertante que se encontró atrapado en un nuevo juego demasiado parecido a la fantasía que había tenido un rato antes.

Había estado a punto de perder la cabeza cuando le había pedido que la follara. Había tenido que controlarse para contener el impulso de quitarse la camiseta y arrancarle los pantalones cortos que la cubrían. Apretó los dientes mientras se imaginaba hundiendo el rostro en su pelo y lamiendo aquel punto sensible en la base de su cuello.

Y eso solo para empezar.

«Cálmate, Luca».

—No creo que...

Ella estiró el brazo, le quitó la copa de vino de la mano y la dejó en la mesa, al lado del ordenador. Luego, tomó su rostro entre las manos. Eran pequeñas y cálidas y aquel temblor lo excitó más que si fuera la diosa del sexo por la que pretendía hacerse pasar. Tenía los ojos puestos en sus labios, fijos en su objetivo.

—Jasmine...

De repente, deslizó una de sus manos entre ellos para apoyarla en la de él. ¿Cuándo había plantado la mano en su muslo, acariciando con sus dedos aquella delicada piel? Luca no lo recordaba, pero cuando Jasmine empujó su mano muslo arriba por debajo de los pantalones cortos, no la detuvo.

De hecho, cuando se puso de pie para facilitarle el acceso a aquella piel sedosa que se extendía por el interior de su muslo, Luca se olvidó completamente de parar.

¿Cómo podía ser aquella piel tan suave?

Subió la mano un poco más y supo que su pubis estaría desnudo. Aquella humedad cálida estaba a escasos centímetros de la punta de sus dedos, pidiéndole que la tocara. Cuando Jasmine le pasó una pierna sobre la suya para sentarse a horcajadas sobre él, sus dedos se encontraron con la tensión del tendón que marcaba la unión entre su muslo y su pelvis.

La deseaba, pero por alguna razón se contenía, se frenaba para no acabar acariciando la piel suave de sus labios antes de introducirle los dedos dentro.

Cuando por fin se sentó sobre su regazo, Luca emitió un gruñido al sentir el calor de su cuerpo a pesar de que los separaban sus pantalones cortos y sus vaqueros.

—Por favor... —susurró junto a sus labios.

Su fantasía se estaba haciendo realidad, pero aun así Luca necesitaba detenerla.

Tenía los labios junto a los suyos y lo besó suavemente emitiendo suaves jadeos desde el fondo de la garganta.

«Como no te detengas ahora, no podrás hacerlo luego».

—Jasmine —murmuró entre besos—, no podemos.

—¿Por qué?

—Porque...

—¿Por qué?

Luca se dio por vencido. Hundió los dedos en el pelo de Jasmine y la sostuvo con fuerza para besarla. Su boca sabía a miel y vino, y succionó de su néctar con voracidad. Ella reaccionó ante su beso hundiéndole las uñas en los hombros, sin dejar de frotarse con su entrepierna. Lo único que tenía que hacer era bajarse la cremallera, apartar sus pantalones a un lado y podría hundirse en ella.

Debía de estar mojada y caliente.

Dios, cómo deseaba aquel conejito prieto y caliente. Le dolía el miembro de puro deseo y, cuando Jasmine fue a hundirse en él, le sujetó las caderas y empujó con las suyas hacia ella.

«*Non!*».

Aquello no podía estar pasando por mucho que el movimiento de sus caderas le hiciera sentir a punto de explotar. Era precisamente aquella clase de encuentros los que lo habían metido en problemas. Tenía que parar antes de que fuera demasiado tarde.

—Jasmine —dijo sujetándola de las caderas y volviendo el rostro—. No podemos hacer esto.

—¿Por qué? Ninguno tenemos pareja —replicó entre jadeos—. No hay motivo para detenernos.

—Sí, claro que lo hay —afirmó y al ver el golpe de su sien, se le ocurrió la excusa—. No deberías hacer esfuerzos.

Ella se llevó la mano a la cabeza y frunció el ceño.

—Hugo me lo hizo prometer. Créeme, nada me gustaría más que seguir, pero me preocupa tu bienestar.

—Entiendo.

Se quedó sentada unos segundos. Le temblaba el labio y volvió la cabeza, pero Luca tuvo tiempo de ver cómo se secaba la mejilla.

¿Estaba llorando? No pretendía hacerle llorar.

—Lo siento.

—Está bien —dijo ella—. Debería irme a la cama.

—Sí.

Jasmine aspiró hondo antes de retirarse de su regazo. Seguía sin mirarlo.

—Buenas noches, Luca.

—¿Jasmine?

Ella se detuvo y lentamente se volvió. No había lágrimas en sus mejillas, que estaban sonrojadas. ¿Sería por vergüenza? Luca no sabía qué era peor, si hacerla llorar o avergonzarla.

—Que duermas bien.

Ella asintió y se fue por el pasillo. El sonido de la puerta al cerrarse hizo que sintiera más dolor en los testículos del que ya sentía. Había rechazado a una mujer bonita, que no tenía ni idea de quién era y que estaba dispuesta a irse a la cama con él.

¿Asaco había perdido el juicio o estaba cambiando para mejor?

Capítulo 7

Jasmine se despertó a la mañana siguiente con dolor de cabeza y un sentimiento de remordimiento. El dolor era explicable, pero el remordimiento era desconcertante porque la última noche había conocido el mejor beso de su vida.

Luca la había apartado y todos sus sentimientos de inseguridad acerca del sexo habían resurgido. Incluso cuando la había despertado en mitad de la noche, se había mostrado distante.

Se sentó en la cama, se frotó los ojos y se llevó la mano a la sien. Todavía tenía un pequeño chichón.

Apartó las sábanas y sacó las piernas de la cama. En una silla junto a la pared había una pila de ropa, su ropa, toda lavada y doblada.

Impresionante. Así que Luca no era solo un buen cuidador, un buen cocinero y un tipo muy atractivo, también hacía la colada. Aquel hombre era un partido.

Recogió la ropa y salió al pasillo. Justo cuando iba a girar el pomo de la puerta del cuarto de baño, se abrió y apareció Luca envuelto en una nube de vapor y en el aroma de una loción para después del afeitado, cubierto tan solo por una toalla alrededor de la cintura.

Se quedó mirándolo fijamente, abrazando la ropa contra su pecho, y extendió la mano para tocarlo.

Tenía el pecho recio cubierto de una ligera capa de vello oscuro que acrecentaba su masculinidad. Apenas tenía vello en el abdomen y se adivinaban sus músculos. ¿Era posible tener tantos? Al parecer sí. Y desde su ombligo una línea de pelo oscuro descendía hacia lo que prometían ser oscuros placeres.

A Jasmine se le hizo la boca agua y sintió un hormigueo en los dedos.

—Buenos días —dijo él.

—Ajá —respondió, incapaz de apartar la mirada.

—¿Jasmine?

—¿Eh?

Luca chasqueó los dedos delante de su cara.

Jasmine sacudió la cabeza y alzó la vista.

—¿Sí?

Si la noche anterior le había parecido ver una expresión devoradora en sus ojos, lo que percibía en aquel momento era un nuevo mensaje.

«Esto es lo que voy a hacerte. Voy a atarte para hacer lo que quiera contigo y solo después de que te hayas corrido cinco veces, te follaré».

Aquello solo podía ser producto de su imaginación.

¿Tendría tiempo de disfrutar de cinco orgasmos antes de irse? Con uno, se conformaría.

—He llamado a mi amigo hace una hora. Vendrá a recogerte a las nueve.

—¿Cómo?

—Mi amigo François. Te llevará a la embajada para que puedas solicitar un pasaporte. Estoy seguro de que te ayudarán a ponerte en contacto con tu familia para que te manden dinero y puedas continuar tus vacaciones.

—Ah.

Se sintió desinflada, como si la hubiera pinchado con un alfiler.

La invitó a pasar al baño con una señal y después se fue al dormitorio y cerró la puerta con cerrojo.

—Bueno, hasta aquí la oportunidad de disfrutar de buen sexo —susurró al cerrar la puerta del baño.

Se tomó su tiempo para ducharse, deleitándose con el olor del champú y el jabón de Luca.

—No volveré a lavarme nunca más —se dijo, llevándose la espuma a la nariz para olerla.

Quería retener aquel olor para no olvidarlo.

«Eres patética», se dijo.

En una hora irían a buscarla para llevarla a la embajada, por lo que no tenía tiempo para urdir un plan de seducción. Pero lo peor era que, una vez llegara a la embajada, tendría que llamar a Parker. Él era el único que tenía todos sus documentos: copias del pasaporte, de su certificado de nacimiento, de su permiso de conducir... Todo aquello estaba en el cajón de la mesa del salón.

Se volvió y dirigió el rostro hacia el chorro de agua.

Demonios. La primera conversación que iba a tener con Parker después de su ruptura iba a ser para pedirle ayuda. Tenía que encontrar la manera de evitarlo.

Cerró el grifo y se secó. Apenas tardó en arreglarse, puesto que los únicos artículos de aseo de los que disponía eran un cepillo de dientes y un peine de hombre que apenas se deslizaba por su cabello. Sin maquillaje, no podía disimular la mancha que tenía a un lado de su cara.

Al menos, su ropa estaba limpia y sus bragas perfectamente dobladas.

«Luca me ha doblado las bragas y el sujetador».

Aquello era algo demasiado íntimo.

—Suficiente —se dijo—. Tienes que controlar esta fantasía. Nada de esto está pasando, así que déjalo.

Después de pasarse los dedos por el pelo mojado, Jasmine acabó de vestirse, recorrió el pasillo descalza hasta la cocina, en donde se encontró a Luca preparando el desayuno.

Lo primero que percibió fue un maravilloso olor a café, con una pizca de chocolate derretido. En un plato había una baguette cortada por la mitad, junto a un bote de mantequilla y unos tarros de mermelada. También había un plato con huevos y dos vasos de zumo de naranja.

—Gracias —dijo Jasmine desde la puerta de la cocina.

Luca hizo una leve inclinación de cabeza y se fijó en que estaba descalza.

—Necesitas zapatos.

Jasmine se miró las uñas de los pies, pintadas de rojo.

—Supongo que sí.

Debía de haberlos perdido junto a su bolso.

—Le pediré a François que te lleve a una zapatería antes.

—No tengo dinero.

—Él te comprará un par.

Jasmine se acercó a la barra y se sentó.

—François debe de ser un buen amigo.

Luca torció el gesto, pero Jasmine no supo interpretar su expresión.

—Lo conozco desde pequeño.

Jasmine confiaba en que Luca desayunara con ella, pero era evidente que ya lo había hecho porque estaba lavando su plato. Nada más dejarlo en el escurrerplatos, se sirvió otro café y se fue por el pasillo a su habitación.

Su sexaventura había terminado antes de empezar. Lástima. Mientras miraba

el reloj que estaba sobre los hornillos como si fuera una condenada a muerte a la espera de su hora, Jasmine decidió que en cuanto llegara a la embajada, llamaría primero a sus padres. Ellos se pondrían en contacto con Parker si hiciera falta. En cuanto tuviera pasaporte, cambiaría su vuelo y volvería a casa.

¿En qué había estado pensando, yendo sola a París? No era aventurera y mucho menos en el sexo. Todo aquello había sido un gran error. Huir de una situación para no enfrentarse a ella no era nunca una buena decisión.

Nada más terminar el último pedazo de baguette, un teléfono sonó. Luca apareció para contestar.

—Es François —dijo mirando la pantalla.

El estómago se le encogió. Suspiró y llevó los platos al fregadero para lavarlos. Pero al escuchar el tono de voz de Luca, dejó lo que estaba haciendo para escuchar.

Algo no iba bien.

Aunque no hablaba francés, sí entendía el lenguaje corporal y era evidente que Luca estaba enfadado. Dio vueltas por la habitación gesticulando sin parar con la otra mano. Su voz era profunda y gutural, y hablaba tan rápido que parecía una metralleta.

—*Non. Je ne peux pas le croire.*

Aquello no sonaba bien. Jasmine apoyó los codos en la encimera mientras observaba la conversación con gran interés.

Luca abrió las puertas correderas del salón que daban al balcón y echó un vistazo a la calle de abajo. Algo estaba pasando porque se oía algarabía desde donde estaba.

—*Non, non, non, non* —dijo Luca cerrando las puertas.

Aquello sí lo entendía. Demasiados noes. Algo estaba incomodando a Luca.

Cuando finalmente colgó, golpeó el teléfono contra la encimera, que sorprendentemente no se rompió, y gruñó como una bestia antes de pasear un poco más. Iba con la cabeza gacha y se llevó las manos al pelo mientras seguía dando vueltas por aquel pequeño espacio.

Finalmente se detuvo y se volvió hacia ella.

De acuerdo, cambio de planes.

Se dirigió al armario de la entrada y volvió con dos cascos y dos chaquetas y una bolsa de cuero.

—Ponte esto —dijo dándole un casco y una chaqueta—. Nos vamos en

cinco minutos.

Jasmine se quedó junto a la puerta principal, descalza, sorprendida por aquel cambio de rumbo. Luca se fue por el pasillo visiblemente enfadado y volvió al cabo de unos segundos metiendo ropa en la bolsa de cuero que colgaba de su hombro. Luego se puso el casco, la tomó de la mano y cruzaron la puerta camino del garaje.

Luca arrancó la moto y Jasmine permaneció a su lado con la visera del casco levantada.

—Creía que no podía montar.

—Estás bien. Súbete y pon los brazos alrededor de mi cintura.

Tan pronto como hizo lo que le pedía, puso la moto en primera, abrió la puerta del garaje y tras subir la rampa salió a la calle, esquivando por los pelos una furgoneta y después otra, antes de pasar junto a un grupo de personas que estaba entre los coches, con micrófonos y cámaras en mano.

¿Qué demonios estaba pasando?

—Agárrate fuerte —le dijo él volviendo la cabeza mientras cambiaba de marcha y aceleraba en dirección a la calle principal.

Jasmine se echó sobre su espalda, haciendo fuerza con los pies en los estribos, mientras veía pasar París a toda velocidad ante sus ojos.

Vaya, ¿sería eso el Louvre? Había visto muchas fotos de aquel edificio palaciego, pero en aquel momento, zigzagueando entre el tráfico, le parecía surrealista. Pero el edificio y los turistas desaparecieron antes de poder fijarse cuando Luca tomó una calle paralela al Sena.

—Dios mío —susurró para sí unos minutos más tarde.

Se aferró a la cintura de la chaqueta de cuero de Luca y se sentó erguida para tener una visión mejor. Estaban al otro lado del río de la catedral de Notre Dame. Resultaba impresionante aquella construcción gótica, con su aguja central y su mampostería y, aunque había visto cientos de fotos, verla en persona la dejó sin aliento.

Así como la velocidad a la que se estaban moviendo.

Luca conducía como un loco, cambiando de carriles a una velocidad que seguramente fuera ilegal además de peligrosa.

Jamás se había sentido tan entusiasmada.

Cuando un coche que iba en dirección contraria encendió las luces y la sirena y empezó a perseguirlos, Jasmine sintió algo que nunca antes había experimentado. Un cosquilleo se extendió por su espalda.

—Sujétate —le ordenó Luca por tercera vez.

Se echó sobre él y cerró los ojos. Aquel podía ser el último día de su vida y, sin embargo, no le importaba.

¡Estaba teniendo una aventura!

¿Cómo demonios lo habían encontrado aquellos paparazzi? Luca no tenía ni idea. François le había dicho que estaban congregados delante del edificio, a la espera de verlo aparecer. ¿Sabrían que estaba en la compañía de una americana confusa y descalza?

No tenía ni idea de quién podía haberles informado de su paradero. Había estado concentrado conduciendo, tratando de salir de París. Se le había disparado la adrenalina y conducía como si estuviera en una carrera. Era una sensación agradable, casi tanto como un orgasmo, porque era lo más cercano que estaba de volar sin abandonar el suelo. El tiempo pasaba de manera diferente, como si saltándose los límites de velocidad estuviera rompiendo las reglas de la física y pasando a otra dimensión.

Era una experiencia espiritual.

Así que cuando oyó la sirena de la policía a sus espaldas, a Luca lo único que le importó fue no poder llevar a Jasmine a la embajada teniendo a la policía pegada a sus talones. Había tomado la curva en el bulevar Periférico tan cerrada que Jasmine había gritado y había hundido las manos en sus bolsillos estrechándose contra él.

Aceleró en dirección a la A6 para dirigirse al sur de París. No fue hasta que estuvo en la A6 y hubo perdido a la policía entre el tráfico que a Luca se le ocurrió quién podía haberlo delatado a la prensa. ¿Le habría dicho Hugo algo a alguien?

No, su amigo nunca haría eso.

¿Quién más podría haberlo sabido? ¿Lo habría hecho seguir Anika? ¿Y Marcel? Quizá Marcel había escuchado su conversación con François y había avisado a la prensa. ¿O se lo habría contado Jasmine a alguien cuando había usado su ordenador la noche anterior?

Soltó el embrague y cambió la marcha. La rabia alimentaba su deseo de llevar la moto al límite. Solo había un problema: una piedra o algo parecido lo estaba volviendo loco. Lo había notado nada más ponerse las botas, pero no

había tenido tiempo para quitárselas. Tampoco iba a parar hasta llegar a Nemours, en donde tenía pensado dejar a Jasmine en la estación de tren antes de continuar una hora más el viaje hasta el valle del Loira.

Para cuando tomó la salida hacia Nemours, la molestia de la bota era insoportable. Eso le recordó que Jasmine seguía descalza. Después de una hora en la moto, debía de estar harta de tener los pies en los estribos metálicos. Tenía que encontrar una zapatería cuanto antes.

Al tomar la *rue* de París, vio una pequeña tienda en una esquina y detuvo la moto. Se subió la visera y se volvió en el asiento.

—¿Ves aquella tienda, Chaussures Sigal? Allí hay zapatos.

Abrió su bolsa, buscó su cartera y sacó tres billetes de cien euros de un fajo mientras Jasmine desmontaba y se quitaba el casco.

Se le abrieron los ojos como platos al tomar los billetes. Luca pensó que iba a comentar algo, pero no dijo nada. Tomó el dinero y se dirigió descalza hacia la tienda. Eso le dio tiempo a Luca para quitarse la bota y sacarse la piedra.

Pero no era una piedra.

Bueno, no era del todo exacto. Era una piedra, un enorme pedrusco. Luca recogió el anillo del suelo y lo inspeccionó. La banda era de platino, hecha para un dedo delicado. El diamante era enorme, de tres, tal vez cuatro quilates. Se trataba de un anillo de compromiso muy caro.

—Dios —murmuró.

¿Sería aquel anillo de Jasmine? ¿Habría ido a parar a su bota en medio del caos del atraco? ¿Sería por eso por lo que había estado persiguiéndolo el día anterior en la calle?

¿Qué se supone que debería hacer, decírselo?

Pero entonces sabría que había estado en la tienda, que había visto lo que había pasado y que le había mentado. No, no podía contárselo, pero tenía que devolvérselo como fuera.

Si era de ella.

Pero si era de ella, ¿qué significaba? ¿Estaba comprometida? ¿Dónde estaba su novio? ¿Qué demonios estaba haciendo con él?

Luca se guardó el anillo en la cartera con intención de metérselo en el bolsillo en la estación cuando se despidiera de ella. Y si no era de ella..., bueno, daba igual. Veinte minutos más tarde, Jasmine salió de la tienda calzando unas sandalias y llevando una bolsa en la mano.

—He tomado prestado dinero para comprarme también ropa. Me he comprado dos pares de zapatos, una blusa, una falda y un vestido —añadió sonriendo—. Espero que te parezca bien.

—Claro —replicó haciéndole una señal con la cabeza para que se sentara detrás de él—. Sube.

—Se me da muy bien comprar.

—Estupendo. Venga, sube.

—Creo que no.

—¿Cómo dices?

—No voy a subirme hasta que me digas a dónde vamos y por qué vas conduciendo como un maniático —dijo y, mirando la bolsa que Luca llevaba cruzada al pecho, añadió—: Y también por qué llevas tanto metálico encima.

No tenía intención de contestar a ninguna de aquellas preguntas. Bueno, a la primera sí podía darle respuesta.

—No vamos a ir a ninguna parte. Voy a dejarte en la estación de tren para que vuelvas a París.

Jasmine dejó caer la bolsa y se cruzó de brazos.

—No.

—¿No?

—No voy a volver a París.

—Claro que sí.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no voy a subirme en la moto, así que...

—Estupendo.

Luca volvió a sacar la cartera de la bolsa y extrajo unos cuantos billetes más, que le tendió.

—Ahora ya tienes zapatos y puedes caminar hasta la estación de tren.

Al ver que no tomaba los billetes, se inclinó, tomó la bolsa con las compras y echó el dinero dentro.

Jasmine se quedó mirando los billetes.

—¿Sabes lo que pienso?

—*Non*, no lo sé.

—Creo que estás huyendo de la policía —dijo y su mirada se iluminó— y temes que te delate.

Si pensaba que era un delincuente a la fuga, ¿por qué demonios le brillaban tanto los ojos y tenía las mejillas tan sonrosadas? Era como si las emociones

la excitaran.

Y, así, de repente, él también estaba excitado.

Demonios, tenía que deshacerse de ella rápidamente. Era una carga.

—Interesante hipótesis —dijo y señaló al final de la calle—. Sigue esta calle hasta el otro lado del río y luego gira a la derecha. La estación de trenes está a unos quinientos metros al norte.

Jasmine frunció los labios.

—Así que dices que tengo que pasar por delante de aquel edificio que parece institucional, ¿no? Porque es una comisaría —observó sonriendo—. Me lo dijo la dependienta de la tienda.

Luca encendió el motor y se bajó la visera, dispuesto a seguirle el juego.

—*Au revoir, Jasmine. Bonne chance.*

Estaba a punto de arrancar cuando recordó algo: todavía tenía el anillo.

Capítulo 8

Por un segundo, Jasmine pensó que se había equivocado con Luca, que no le importaba la policía y que estaba dispuesto a marcharse.

Pero no lo hizo.

Había encendido el motor como si quisiera marcharse, e incluso había metido la marcha. Pero después de un rosario de sonidos que seguro que eran palabrotas, se subió la visera y se quedó mirándola.

—¿Qué quieres de mí?

Jasmine miró a un lado y a otro de la calle. No tenía manera de expresar exactamente lo que esperaba de aquel hombre.

—Quiero ir contigo —dijo mojándose los labios—, a donde quiera que vayas.

No tenía ni idea de a dónde iba, pero estaba segura de que no era a París. Y si no iba a volver, ella tampoco, pero por razones diferentes.

Parpadeó al formarse una imagen en su cabeza. Luca estaba delante de la ducha, con el pecho desnudo, invitándola a acompañarlo...

Apagó el motor.

—¿Por qué? ¿Por qué no quieres volver a París y seguir disfrutando de tus vacaciones? ¿Por qué quieres venir conmigo? No me conoces.

¿Cómo contestar sin hacer el ridículo? Quería quedarse con él porque cuando estaba a su lado, sus sentidos se aguzaban. Los colores parecían más brillantes, la comida le sabía mejor y nada era previsible. Era el primer hombre que la hacía sentirse viva. Sabía que no era algo para siempre, pero no era eso lo que quería. Quería disfrutar de cómo Luca la hacía sentirse: viva, sensual, femenina...

Era exactamente lo que necesitaba en aquel momento de su vida. Era la clave para superar el desastre de su compromiso.

Él era lo que necesitaba para pasar página.

Pero no podía decirle nada de aquello, así que decidió contarle otra historia también verídica.

—La persona que tiene todos los documentos que necesito para solicitar un nuevo pasaporte no es alguien con quien me apetezca hablar ahora mismo.

No tenía que fingir. La emoción y el entusiasmo del recorrido en moto se evaporaron ante la idea de hablar con Parker. Por primera vez en más de una hora, el golpe de la cabeza empezó a dolerle como si alguien le hubiera clavado un cuchillo en la sien.

—Sé que tendré que hacerlo en algún momento —añadió—, pero todavía no. No estoy preparada.

Rebuscó en la bolsa, sacó unas notas y se las pasó a Luca.

—Por favor, te prometo que no te causaré más problemas. Déjame ir contigo, solo por unos días.

Luca ladeó la cabeza. Sus ojos azules brillaban con intensidad a la luz del sol. Era evidente que se había quedado pensativo y una chispa de esperanza la asaltó cuando suspiró y le quitó las notas de la mano.

—Bien.

—¿Significa eso que sí?

Suponía que así era, pero por la manera en que Luca lo había dicho no estaba del todo segura.

—Significa que de acuerdo, puedes venir conmigo. De momento.

Jasmine contuvo el impulso de aplaudir y dar saltos. Tenía que mantener la calma y demostrarle que había tomado la decisión correcta al llevarla con él. Ya le recompensaría de cualquier manera, preferiblemente de espaldas o de rodillas ante él.

Oh, Dios mío...

Jasmine se subió a la moto sintiendo pulsaciones en el clítoris al rozar el asiento de cuero y se estrechó contra él aplastando la bolsa de ropa que había entre ellos.

Sí, le gustaba aquella sensación.

—Bueno, ¿y adónde vamos? —preguntó ella.

—Ya lo verás.

Sin decir nada más, Luca arrancó e hizo un giro de ciento ochenta grados en la calle para volver sobre sus pasos y tomar de nuevo la autopista. Aunque seguía conduciendo rápido, no era a la misma velocidad frenética que antes.

El tráfico se fue haciendo más fluido según se dirigían al sur. El paisaje de la campiña francesa parecía sacado de una película, con praderas, viñedos y campos de flores. En lo alto de cada colina había pequeños pueblos con construcciones de piedra y tejados de pizarra, y de vez en cuando divisaba algún río próximo a la carretera.

Pero nada podía compararse a su destino. Luca salió de la autopista y se dirigió hacia uno de aquellos pueblos de viejas casas de piedra y ladrillo a través de calles estrechas y empinadas. Luca giró para bajar por una de las calles hacia las afueras del pueblo y entre los árboles pudo distinguir un río. Al fondo, vio una gran villa.

¿Adónde iban?

Luca bajó por un camino flanqueado por árboles al final del cual había una verja metálica de unos tres metros y medio. A la derecha había una humilde cabaña de piedra. Luca se detuvo ante la casa, apagó el motor y bajó la pata de la moto.

—Espera aquí.

Se quitó el casco y lo colgó del manillar. Luego se mesó el cabello y se dirigió lentamente hacia la puerta. Un anciano abrió la puerta, miró a Luca de arriba abajo y lo abrazó.

¿Sería su padre? ¿La había llevado a su casa?

Luca y el hombre hablaron durante unos minutos antes de que el hombre desapareciera unos segundos. Después reapareció con una anciana que se abalanzó sobre Luca. A pesar de la distancia, por sus gestos se adivinaba que estaba invitando a Luca a pasar. Él señaló hacia donde Jasmine estaba sentada. El hombre la saludó con una inclinación de cabeza, pero la mujer la miraba con el ceño fruncido. Luca volvió a decir algo y señaló hacia la casa. El viejo desapareció en su interior y cuando volvió, le entregó algo a Luca, que abrió su bolsa y le dio algo a cambio.

¿Qué era? ¿Dinero?

Después de que la mujer lo abrazara de nuevo, Luca corrió a su lado. Teniendo en cuenta que se había reunido con gente importante para él, su expresión era adusta.

¿Qué estaba pasando?

No tuvo tiempo de preguntarle nada porque se puso el casco y sin molestarse en ajustar la correa se subió en la moto y la arrancó. Avanzó lentamente hasta la verja de entrada y allí se bajó y sacó un manojito de llaves

que le debía de haber entregado el anciano. Después abrió la cancela, la cruzó subido a la moto y volvió a bajarse para cerrarla.

De nuevo montó en la moto y condujeron hasta que tuvieron a la vista una casa.

No, una casa no, más bien una villa o un *château*.

Era grande, de dos plantas y con fachada encalada, tejas de pizarra y parras trepando por las esquinas.

Luca se detuvo ante las puertas de un garaje y apagó el motor de la moto.

—¿Vamos a quedarnos aquí? —preguntó Jasmine después de quitarse el casco.

—*Oui*.

—¿De quién es esta casa?

—Mía.

—¿Es tuya? —preguntó Jasmine impresionada.

«Vaya, se me ha escapado».

Rápidamente, Luca sacudió la cabeza.

—Me la han dejado una temporada.

—Entonces, ¿de quién es?

Debería haberse inventado una historia de camino, pero se había visto asaltado por demasiados recuerdos: los veranos junto al río, las reparaciones de sus motos y los paseos por la campiña. Aquel verano, casi quince años antes, cuando volviendo del pueblo su madre lo había dejado conducir su Aston Martin DB9, aquella tormenta repentina, la carretera oscura, las piscinas de agua, la velocidad excesiva, el accidente...

—Es de una tía que ahora mismo está en Suiza.

Jasmine lo observó como si no acabara de convencerle la historia, pero no dijo nada, cautivada por el esplendor de la casa. Los Gauthier, la pareja de ancianos que vivía en el pabellón de los guardeses, hacían un gran trabajo cuidando la casa. Incluso la hiedra no desbordaba, teniendo en cuenta que nadie vivía en la casa desde hacía doce años.

—¿Y le parece bien que te quedes aquí? —preguntó Jasmine volviendo la cabeza mientras echaba a andar por el camino de grava.

—Hablé con ella mientras estabas comprando la ropa —mintió.

El camino estaba cuidado, con árboles podados y macetas de flores junto a los muros de la casa. Teniendo en cuenta lo que le pagaba a los Gauthier por cuidar de la finca, se habría llevado una gran decepción si no lo hubiera visto

todo bien. La intención era que la casa pareciera habitada.

Y lo parecía.

Aunque para Luca estaba habitada por fantasmas.

—¿Quién es la gente que vive al otro lado de la cancela? —preguntó Jasmine mientras esperaba a que abriera la puerta.

—*Madame y monsieur* Gauthier, los guardeses.

Extrajo una llave de las siete que tenía el llavero y abrió el cerrojo.

—Parecen haberse alegrado al verte.

—Solía venir de niño, hace ya muchos años. Me ha sorprendido que se acordaran de mí —dijo Luca mientras empujaba la puerta, preparándose para encontrarse con aire viciado, polvo y espíritus.

En vez de eso, olía a limón y el mármol brillaba. No había ni pizca de polvo.

—¡Dios mío!

Jasmine se quedó mirando los techos de unos cinco metros de altura y la escalera curva.

Sin esperar a que la invitara a pasar, atravesó el arco que daba al salón en cuyos techos altos quedaban las vigas originales vistas. La estancia tenía una gran chimenea en un extremo y unas puertas de cristal correderas se abrían a una terraza que se extendía a todo lo largo de la casa.

Los únicos detalles que evidenciaban que la casa estaba deshabitada eran las sábanas polvorientas que cubrían los muebles. Luca siguió a Jasmine de habitación en habitación mientras investigaba. No paraba de hacer comentarios mientras él permanecía callado. Demasiados recuerdos.

Después de recorrer la planta principal, compuesta de salón, comedor, cocina, dos habitaciones, un cuarto de baño y un aseo, volvieron a la entrada.

—¿Qué hay arriba? —preguntó Jasmine señalando la escalera.

—Más dormitorios y baños. Pero esta planta es suficiente para lo que necesitamos.

Ella se mordió el labio y, por la manera en que brillaban sus ojos, era evidente que estaba deseando seguir conociendo la casa. Pero su habitación estaba arriba y no estaba de humor para visitarla.

—Fuera hay un bonito parque y un palomar que data del siglo XVII, de cuando esto era un monasterio.

—¿En serio?

Los ojos de Jasmine brillaron. La tomó de la mano y tiró de ella hacia la puerta.

—Vamos.

A pesar de la melancolía que le había asaltado al llegar, el entusiasmo de Jasmine por aquella casa, un lugar que él siempre había amado, era contagioso. Durante el resto del recorrido, le mostró la finca con el mismo orgullo de alguien que se sentía muy arraigado a aquel lugar. El parque daba a un cobertizo para barcos a orillas del río Loira y los viñedos del sur eran la única zona de la finca que parecía abandonada. Tampoco esperaba que los viejos guardeses pudieran ocuparse de aquella tarea.

Mientras paseaban entre racimos de uvas, Jasmine se detuvo.

—¿Qué clase de uvas son estas?

—La mayoría son *sauvignon blanc*, pero también hay *pinot noir* y *cabernet franc*.

Luca se quedó mirando las vides, disfrutando de aquella tranquilidad.

—¿Por qué no se aprovechan estas? Es una lástima desperdiciarlas.

—Es mucho trabajo para... mi tía.

Pero de repente se imaginó podando las vides, vendimiándolas. Por primera vez desde que se había hecho cargo de la finca de los Legrand, la idea de elaborar vino y champán le resultaba emocionante y no una carga.

Miró a Jasmine, que se había quedado observándolo, desconcertada.

—¿Qué?

—Nada.

Tomaron una senda que llevaba al jardín principal.

—Tienes suerte de poder quedarte aquí. Me sorprende que no vinieras antes.

—Está un poco apartado.

—¿Es precioso!

—¿Te gusta?

—¿Estás de broma? Parece sacado de un cuento de hadas.

El entusiasmo de Jasmine era evidente. Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y gesticulaba con gran expresividad.

—¿Qué árbol es ese, un peral? ¿Y ese, un manzano? ¿Esto es un huerto?

Luca rio y, por primera vez en el día, reparó en el cardenal que Jasmine tenía a un lado de la cara. Teniendo en cuenta todas las emociones del viaje, no había protestado ni una vez.

—¿Qué tal tu cabeza? —preguntó y se acercó un paso para acariciarle suavemente la cara.

Ella contuvo la respiración. ¿Sería por el dolor?

—Lo siento.

—Está bien —replicó ella rápidamente, volviéndose hacia él—. Ya se me había olvidado el huevo.

—¿El huevo?

—El chichón —respondió llevándose la mano a la cabeza—. En un sitio como este, una puede olvidarse de todo.

Alzó la vista para mirarlo y todo se olvidó: los *paparazzi*, la traición, el viaje por carretera y los fantasmas del pasado. Lo único en lo que Luca podía pensar era en ella.

Aquella americana menuda lo miraba con una mezcla de deseo y lascivia. A pesar de su comportamiento distante y cuestionable, parecía estar disfrutando a su lado. La tomó de la mano y la acercó.

—¿Jasmine?

—¿Sí?

Ella puso la mano en su pecho y Luca deseó sentirla sobre su piel desnuda. Quería que lo tocara, sentir sus dedos temblorosos explorándolo con el mismo interés con el que había explorado la finca.

—¿Luca?

Una voz masculina lo llamó desde la terraza.

La magia del momento se rompió y Luca volvió a la realidad. *Monsieur Gauthier* estaba en la terraza, protegiéndose los ojos del sol con la mano.

—Ah, ya han llegado las provisiones. No sé tú, pero yo estoy muerto de hambre.

Capítulo 9

Aquel sitio parecía sacado de un libro de cuentos y Jasmine no pudo contener la emoción, una emoción que no tenía ningún sentido. Allí estaba, sin un céntimo a su nombre, sin documentación, sin pasaporte, en una finca remota y prácticamente abandonada de Francia con un hombre que huía de algo, probablemente de la policía.

Aun así, nunca había sentido que las cosas le iban mejor.

Quizá fuera el hecho de que Luca había estado a punto de besarla.

Jasmine siguió a Luca por la terraza hasta donde estaba el viejo esperándolos. El hombre le dijo algo a Luca y señaló hacia el interior de la casa y luego hacia el terreno. Cuando terminaron de hablar, la miró y la saludó con una inclinación de la cabeza.

—*Bonjour, mademoiselle.*

—*Bonjour* —dijo Jasmine, deleitándose al pronunciar aquella palabra francesa.

—*Monsieur Gauthier*, ella es Jasmine —los presentó Luca.

El viejo le dio la bienvenida antes de volver su atención a Luca. Terminaron la conversación con un apretón de manos y el hombre se fue por la senda que rodeaba la casa. Cuando volvieron dentro, había tres cestas con embutidos, quesos, mantequilla, leche, harina, azúcar y café, y frutas y verduras que parecían recién sacadas de la huerta. También había una caja llena de pastelitos.

Además, había una pila de sábanas recién lavadas y planchadas.

—¿Por qué no vas haciendo las camas mientras yo me encargó de preparar la comida?

¿Camas? ¿Había dicho camas?

No, ni hablar, una sola cama para los dos. De todas formas, ese tema no

corría prisa en aquel momento, así que Jasmine tomó las sábanas y las llevó al primer dormitorio de la planta principal. Retiró la funda que protegía el colchón de matrimonio y se afanó en la tarea. Una vez acabó, no pudo evitar tumbarse encima. Aunque el colchón era duro, resultaba cómodo. Se quedó mirando el techo de viejas vigas. Había una lámpara de araña preciosa pero polvorienta. La cama tenía un antiguo dosel, lo que aumentaba la sensación de estar atrapada en un moderno cuento de hadas. El mobiliario estaba lleno de muescas y arañazos del uso.

Cerró los ojos y, al igual que la noche anterior, se le llenó la cabeza de imágenes de Luca, aunque no tan claras como las que se formaban en sus fantasías.

Luca mojado después de la ducha.

Luca sentado delante de ella mientras atravesaban a toda velocidad las calles de París.

Luca sonriendo seductoramente bajo los rayos del sol en medio de la huerta.

Luca besándola como nadie la había besado antes.

Luca y solo Luca.

¿Dónde se había metido? ¿Cuánto tiempo le llevaba hacer un par de camas?

Al ver que Jasmine no volvía, Luca fue a buscarla y la encontró acurrucada en medio de la cama del dormitorio principal, completamente dormida.

En vez de cerrar la puerta y dejarla descansar, como así debería haber hecho, Luca entró en la habitación y se sentó en la cama, a su lado. ¿Qué era lo que tenía aquella mujer que lo llevaba a hacer cosas tan irracionales como observarla mientras dormía? Hacía solo veinticuatro horas que la conocía y ya sentía la necesidad de tumbarse a su lado y rodearla con sus brazos.

Quería protegerla, hacerle el amor hasta que gritara extasiada.

«Pero ¿qué problema tienes? Apenas la conoces».

Luca se levantó con cuidado para no despertarla, recogió el resto de las sábanas y se fue a hacer la cama del dormitorio del otro lado del pasillo. Cuando acabó, volvió a la cocina y comió, sin dejar de pensar en su indeseada invitada.

«¿Indeseada? ¿De veras? ¿No será que la deseas demasiado?».

Soltó un gruñido y se preparó otro sándwich de embutido y queso. Después, decidió que había llegado el momento de ponerse manos a la obra y pasó la

siguiente hora quitando las fundas protectoras de los muebles y revisando bombillas, enchufes e interruptores para asegurarse de que todo funcionaba. Luego, hizo lo mismo con el calentador de agua. Encontró una bolsa abierta de tacos de madera y los echó al quemador antes de encender el piloto. Pronto tendría que hacerse con más. En media hora tendrían agua caliente.

Entonces se dirigió al garaje. Pasó las siguientes dos horas allí y en el cobertizo de barcos, limpiando y revisando coches y barcos viejos. Después de tantas horas trabajando entre polvo, regresó a la casa y se fue directamente al baño. Giró el grifo y dejó que el agua corriera por las tuberías oxidadas por la falta de uso antes de meter la mano bajo el chorro. Quemaba. Perfecto.

Se quitó la ropa y se metió debajo de la ducha, frotándose la piel y el cabello para quitarse el polvo. Solo habían tenido sitio para llevar los cepillos de dientes y sus mudas, así que tendrían que ir a comprar artículos de aseo al día siguiente.

¿Cuánto tiempo querría quedarse?

¿Cuánto tiempo quería él que se quedara?

Sinceramente no lo sabía. Se sentía confuso con su invitada americana. Su sentido común insistía en llevarla a Nevers al día siguiente para que tomara el tren de vuelta a París.

Pero su instinto animal...

Luca bajó la vista hacia la prueba de lo que su instinto animal quería. Deseaba tenerla desnuda, de espaldas, con las piernas abiertas y la melena desperdigada por las almohadas. Sus labios hinchados después de haber rodeado su miembro...

Se agarró el miembro erecto. Necesitaba aliviarse. Había una vieja pastilla de jabón en un estante y, aunque estaba duro como una piedra, después de humedecerla hizo espuma, desprendiendo un agradable aroma a miel y lavanda. Aprovechando que tenía la mano jabonosa, la deslizó por toda la longitud de su pene. Se apoyó contra la pared de azulejos y cerró los ojos, dejándose llevar por su imaginación mientras movía la mano arriba y abajo.

Hacía demasiado tiempo.

—¿Puedo?

Luca abrió los ojos bruscamente, dejó caer el jabón y se quedó estupefacto, apuntando directamente con su erección al objeto de su deseo.

Jasmine estaba de pie junto a la cortina, completamente desnuda. Luca se quedó observando su cuerpo desnudo, como si aquella visión pudiera ser

absorbida por cada uno de sus poros. Su cabello, su mirada sensual, sus labios abiertos, sus hombros estrechos y sus pechos generosos. Su fina cintura, las curvas de sus caderas, su pubis desnudo.

—¿Quieres que lo haga yo?

—¿Hacer qué?

—Que termine —contestó bajando la vista a su pene erecto.

Luca luchó contra sí. Luego la vio chuparse los labios antes de morderse el inferior. Lentamente subió la mirada, con aquella pregunta pecaminosa aún en su tímida sonrisa.

Y ahí acabó la batalla. Ella había ganado.

—Sí, joder, claro que sí.

Pero cuando se agarró a la parte posterior de sus piernas para ponerse de rodillas ante él, con la boca a la altura de su erección mientras el agua le caía por la cara, Luca se dio cuenta de que Jasmine no había ganado.

El que había ganado había sido él.

Se había despertado desorientada, pero no le duró demasiado, especialmente cuando salió al pasillo y oyó el agua corriendo en el baño.

Luca se estaba dando una ducha.

Aquella era su fantasía, aunque esta vez no se lo estaba imaginando; estaba sucediendo en realidad. Había llegado el momento de pasar a la acción en lugar de dedicar tanto tiempo imaginando. Sin perder un segundo, Jasmine se había quitado la ropa y la había dejado tirada en el pasillo. Estaba convencida de que Luca la oiría entrar en el baño, así que se dirigió directamente a la cortina y la apartó, encontrándose con una imagen muy sexy.

Luca estaba apoyado contra la pared, todo un Adonis desnudo, empuñando la erección más firme que había visto jamás.

—¿Puedo? —había dicho.

En cuanto Luca había abierto los ojos, allí de pie desnudo y orgulloso, había sabido que no diría que no.

Y así había sido.

Sin pararse a pensar en lo que estaba haciendo, Jasmine se arrodilló frente a él y lo tomó en sus manos. Él gimió al sentir su roce, como si le hiciera sentir bien, como si le gustara.

Aquello la hacía sentirse poderosa.

Lo rodeó con su mano y trató de imitar sus movimientos. Debía de estar haciéndolo bien porque los músculos de su estómago se encogieron al empujar las caderas hacia delante y murmuró algo en francés.

La realidad y la fantasía se mezclaron, y Jasmine ni siquiera tuvo que pensar más. Simplemente, se limitó a hacer. Dirigió la cara hacia el chorro y abrió la boca, dejando que se le llenara de agua. Luego se echó hacia delante y dejó que el agua cayera por su barbilla mientras se llevaba a la boca su miembro erecto.

Los sonidos graves y guturales que emitía la animaron a llevárselo al fondo de la garganta hasta que no pudo respirar. Luego se retiró lentamente hasta apoyar los labios en la punta y trazó círculos con la lengua. Sabía a lavanda. Aquello no se parecía en nada a todo lo que había experimentado antes.

Era mejor que sus fantasías.

Era mejor que...

—Jasmine...

Nunca la habían llamado con aquel tono, con aquel respeto, como si su nombre pudiera invocar una magia oscura. Jasmine miró a través del chorro y vio su mirada de lujuria mientras recorría arriba y abajo su erección con los labios.

Aquello era lo que quería, lo que siempre había soñado de un amante, que la mirara con deseo. Quería más. Le gustaba la forma en que su pene palpitaba en su puño y sentir sus manos moviéndose por su pelo, sujetándola con la ferocidad de aquel intenso deseo carnal.

Le gustaban los gruñidos que emitía sin poder evitarlo.

Separó los labios y volvió a tomarlo con la boca, succionando para igualar su ferocidad. Esta vez, cuando se retiró, arrastró suavemente sus dientes a lo largo de su longitud, sin importarle si le gustaba o no, sino simplemente haciéndolo porque ella quería.

Por su reacción, empujando sus caderas hacia ella, le estaba gustando. Así que siguió lamiendo y chupando, y arrastró las uñas por el interior de sus muslos, por debajo de sus testículos y luego por la longitud de su pene hasta que Luca gritó.

—Joder.

Se agarró el pene y se volvió. Luego la ayudó a levantarse.

—Vas a hacer que pierda el control.

—Pensé que esa era la idea.

—*Non.*

El alma se le habría caído a los pies si no hubiera visto aquellas llamas de deseo en su mirada.

—Quiero que te corras primero.

Capítulo 10

—¿Quieres que... —repitió entrecortadamente—, me corra primero?

—Sí.

Jasmine respiró hondo antes de exhalar.

—¿Tienes preservativos? —preguntó.

Parecía una combinación de colegiala inocente y fierecilla seductora.

—¿Preservativos? —dijo él frunciendo el ceño antes de sacudir la cabeza.

—Maldita sea —farfulló ella y se mordió el labio.

Atrajo su cuerpo hacia el de él y deslizó la mano por la curva de su espalda hasta dejarla al inicio de su trasero.

—Hay muchas maneras de que te corras sin necesidad de usar preservativos.

Al tener su cuerpo tan cerca, sintió el escalofrío que la recorrió, como si aquellas palabras la hubieran impactado. Si con solo unas palabras su cuerpo había reaccionado así, ¿cómo sería aquella mujer en medio de la agonía de un orgasmo?

Luca estaba deseando averiguarlo.

—Pero antes...

Alzó su barbilla y la besó. Su boca estaba caliente y húmeda. La atrajo hacia él, le separó las piernas y acarició con su miembro erecto la calidez de la cúspide de sus muslos. Se sentía tentado de ajustar el ángulo y hundirse dentro de ella.

Pero todavía no.

Algo le decía que no tenía tanta experiencia como pretendía hacerle creer. Quizá fuera por la manera en que su cuerpo había temblado al tocarlo o por la forma en que la expresión de su mirada pasaba de lasciva a nublarse por la incertidumbre.

A regañadientes, se apartó y le dedicó una sonrisa.

—Y ahora...

—¿Sí?

Ahí estaba de nuevo. Aquella ilusión inocente que había detectado le decía que debía tomárselo con calma, una vez había decidido acostarse con ella.

—Nos secaremos, nos vestiremos y comeremos.

Ella parpadeó, confundida. Aquello iba a ser doloroso a la vez que divertido. Le acarició con los nudillos la mejilla y luego le pasó el pulgar por los labios. Ella cerró los ojos y tomó su dedo en la boca. Aquella boca era para morirse, tan suave, dulce, inocente y sexy a la vez.

—¿Te gusta provocarme?

Jasmine succionó con fuerza su dedo, al igual que había hecho con su pene, y le apartó la mano.

—Disfruto metiéndome partes de tu cuerpo dentro. Si eso te resulta provocativo...

También estaba el otro lado de la moneda de Jasmine, una fuerza sexual parecida a un huracán, con un centro en calma, pero que podía causar destrucción y estragos a su paso.

—Ven.

La tomó de la mano y salieron de la ducha. Solo había una toalla y la secó a ella primero. Empezó por el torso, con aquellos pezones que coronaban sus bonitos pechos. Siguió bajando por su ombligo y luego le secó una pierna, le pasó la toalla suavemente por la entrepierna, después por la otra pierna y por último le secó el pelo.

Ella permaneció inmóvil, parpadeando sin cesar, como si le costara mantenerlos abiertos mientras la secaba.

—Ve a vestirte —le ordenó, dándole una palmada en el trasero—. Nos veremos en la cocina.

Una pequeña arruga apareció entre sus cejas arqueadas. Luego se volvió y se dirigió hacia la puerta. No se volvió, pero bamboleó las caderas con la intención de llamar su atención. Luca tuvo que contenerse para no salir tras ella, sujetarla por los hombros y tomarla allí mismo, contra la puerta.

Sería maravilloso.

Luca estaba deseando correrse...

No, ya lo haría más tarde. De momento, quería ir despacio, excitarla y preparar su cuerpo para recibirlo y que se viniera abajo sin tan siquiera

tocarla.

Se puso el vestido nuevo, el que se había comprado en la tienda. Era blanco, con finos tirantes, corto por delante y largo por detrás. Jasmine se sentía sexy a la vez que virginal. Cuando entró en la cocina trató de mantener una sonrisa fresca y seductora a pesar de que el corazón le latía desbocado. Luca lo recibió con un sonido gutural. Había un brillo en sus ojos azules y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Estás muy guapa.

Aunque era un simple comentario, la gravedad de su voz sugería que lo que realmente deseaba era arrancarle aquella prenda y terminar lo que habían empezado en la ducha.

¿Cómo lo conseguiría? ¿Cómo la haría correrse: con las manos o con la boca?

Por favor, que fuera con la boca.

Ya había empezado a preparar la comida y, aunque Jasmine quería ayudar a pesar de no saber desenvolverse en la cocina, Luca parecía tenerlo todo bajo control. De hecho, se las arreglaba muy bien. Era un hombre al que le gustaba estar al mando en todas las situaciones. Incluso conduciendo su moto a tan alta velocidad, Jasmine se había dado cuenta de que lo había hecho con pleno dominio.

De cena había preparado una tortilla de cecina, queso y finas hierbas. Para acompañarla, Luca había abierto una botella de vino blanco que estaba delicioso. Comieron en la terraza mientras el sol se ponía. Jasmine estaba hambrienta; no había tomado nada desde el desayuno.

—Bueno —dijo Luca entornando los ojos, con la copa en la mano—. Antes... —comenzó y una sonrisa pícaro asomó a sus labios, como si estuviera pensando algo irreverente, pero cambió de tema—. Háblame de ti.

—Antes de que hable más de mí, cuéntame algo sobre ti.

La postura de Luca pasó de abierta y relajada a rígida y cauta.

—No hay mucho que contar.

No pensaba que fuera a contestar. Luca se quedó mirando al horizonte y bebió.

—Tuve un altercado con la policía hace unas semanas.

—¿Eres un fugitivo?

Él se encogió de hombros.

—Depende de lo que entiendas por fugitivo.

Así que estaba siendo cómplice de un forajido. La sola idea debería asustarla. Sin embargo, el estremecimiento que la recorrió en aquel momento, era muy diferente al que había sentido sentada en la parte trasera de su moto. Aquello, combinado con la excitación que persistía desde la ducha y el deseo que le despertaba la mera presencia de Luca, hacía que Jasmine se sintiera más viva que nunca.

—¿A qué te dedicas, en qué trabajas? Porque trabajas, ¿no?

Se quedó mirándola fijamente como si sopesara la respuesta.

—Era piloto de motos, pero ya no —respondió por fin.

—¿Así que ahora...?

—Estoy de vacaciones de mi trabajo —dijo levantando la copa—. Trabajo para un viticultor.

Así que por eso sabía tanto de viñedos.

—Ahora, tu turno. ¿A qué te dedicas cuando no estás de vacaciones en París, perdiendo tus pertenencias y sufriendo contusiones en la esquina de una calle?

—Ni que fuera una prostituta.

Luca ladeó la cabeza. Jasmine no sabía si debía sentirse ofendida.

—No me mires así. No era un insulto.

Le había leído el pensamiento. O quizá simplemente había interpretado su lenguaje corporal. Fuera como fuese, le agradaba que pudiera interpretarla tan bien porque eso implicaba que sentía interés por ella.

Luca le rellenó la copa.

—¿Quieres saber lo que pienso? —preguntó él.

—No sé, ¿debería?

Dejó la copa de vino y extendió la mano para acariciarle la suya.

—Creo que viniste a París buscando algo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque pudiendo elegir entre unas vacaciones organizadas y un retiro en la campiña francesa, la mayoría de la gente habría preferido lo primero.

—Quizá.

—La pregunta es por qué. ¿Por qué quieres estar aquí, conmigo?

Jasmine trató de soltarse la mano, pero él la sostuvo con firmeza.

—¿Sinceramente? No lo sé muy bien. Solo sé que en este momento no quiero estar en ningún otro sitio.

Luca se quedó mirándola atentamente. Aunque no dijo nada, el hecho de que estuviera acariciándole el dorso de la mano significaba que le había gustado su respuesta. Pero no dejó de darle vueltas a su pregunta mientras bebía un sorbo de vino. ¿Qué era lo que tenía aquel hombre que la impulsaba a actuar tan irracionalmente?

Todo: su tono de voz, su acento francés, su roce, sus palabras, su boca, sus manos, su cuerpo imponente...

Sí, era todo eso, y también el hecho de que la deseara. Solamente eso era lo más embriagador.

¿Qué era lo que tenía aquella mujer que lo excitaba tanto? Era impresionante, sobre todo con aquel vestido que hacía destacar su piel y sus enormes ojos que reflejaban la luz del ocaso. Era preciosa. Claro que Luca había estado con mujeres muy guapas. No, había algo más en ella. Quizá fuera su pasión atemperada con un delicioso toque de inocencia. Luca no sabía muy bien qué era lo que le hacía desear darle a aquella mujer lo que pedía.

Non, Luca no quería darle lo que pedía, quería darle más, mucho más, empezando desde ese momento.

—¿Tienes buena imaginación?

—¿Cómo dices?

—¿Te gusta soñar, tener fantasías?

Jasmine hizo una mueca, como si la hubieran pillado en una mentira, lo cual era una interesante reacción.

—A todo el mundo le gusta soñar, Jasmine, no es un delito.

—Lo sé —dijo rápidamente—. Claro que me gustan las fantasías.

—¿De sexo?

—Ajá.

—Cuéntame una.

—¿Quieres que te cuente sobre qué me gusta soñar?

—Sí. Me dijiste que no te da vergüenza pedir lo que quieres, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, las fantasías son nuestros deseos más profundos. Así que cuéntame alguno. ¿Qué es lo que deseas?

¿Se estaba sonrojando? Luca alargó la mano y le acarició la mejilla. Estaba ardiendo.

¿Por qué aquel rubor había hecho que la sangre se le concentrara en la entrepierna?

—¿Alguna vez te has imaginado atada? —le preguntó al ver que no respondía.

Había hecho la pregunta sin pensar, revelando más de lo que debería.

Jasmine contuvo el aliento y asintió.

—¿Por qué no me lo cuentas? —insistió.

Pensativa, tomó su copa e hizo girar el vino en ella. Luca podía oír su respiración, cada vez más agitada. ¿Qué se le estaría pasando por la cabeza? ¿Se estaría imaginando algo en aquel momento?

—¿Alguna vez te habías imaginado a un hombre haciéndose con el control de su cuerpo?

Jasmine alzó los ojos para encontrarse con los de él. Su mirada enfebrecida transmitía miedo y excitación a la vez.

—¿Serías capaz de confiar en el hombre de tu fantasía como para dejarte llevar, para disfrutar de un placer que nunca has conocido?

Ella dejó escapar un suspiro sin apartar la mirada.

Eso era lo que aquella fantasía significaba para Luca. No tenía nada que ver con llevar el control, sino con la confianza. Una amante dispuesta a dejarle llevar las riendas del placer era lo que más podía excitarlo.

Quizá porque, por su experiencia, la confianza era un valor que escaseaba, tal y como Anika con su maldito vídeo le había demostrado.

Finalmente, Jasmine se llevó la copa a los labios y se terminó el vino.

—Sí, creo que sí.

—¿Confías en mí?

—Sí —contestó frunciendo el ceño—, aunque creo que no debería, teniendo en cuenta que apenas te conozco —añadió y se pasó la lengua por los labios—. Pero sí, confío en ti.

Luca dejó la copa en la mesa, se puso de pie y le tendió la mano. Sintió la de Jasmine pequeña y cálida al ayudarla a ponerse de pie y guiarla por el pasillo hasta el dormitorio principal. En cuanto la puerta se cerró, Jasmine se volvió en sus brazos, se puso de pie y lo besó.

Luca la besó apasionadamente antes de empujarla suavemente para apartarla. Si no se controlaba, acabaría quitándole la ropa y hundiéndose en

ella antes de que ninguno de los dos fuera consciente de lo que estaba pasando.

Non.

Tenía otros planes para ella.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella, mientras la sujetaba con los brazos extendidos.

—Voy a hacer realidad tus fantasías.

—Muy bien.

—Y voy a hacer que te corras. Sin tocarte.

Jasmine frunció el ceño.

—No entiendo.

—No te preocupes, lo entenderás.

Luca se acercó a una butaca que había en un rincón de la habitación y la arrimó a la cama.

—Vas a hacer exactamente lo que te diga, ¿entiendes?

Ella abrió la boca para contestar, pero solo pudo emitir unos jadeos, así que asintió con la cabeza.

—Quítate el vestido.

Se quedó donde estaba, mirándolo durante largos segundos.

—¿Por qué no me lo quitas tú?

—No es así como funciona esto —respondió él y se apoyó en la butaca—. Quítatelo, Jasmine. Ahora.

Se llevó las manos a la espalda y se bajó la cremallera del vestido. Luego se bajó los tirantes por los brazos. Por último, como si fuera un objeto animado, el vestido se deslizó por su cuerpo hasta caer sobre sus pies.

Luca respiró hondo por la nariz mientras contemplaba su ropa interior de encaje color crema.

—Tumbate en la cama y levanta los brazos por encima de tu cabeza a los lados de la almohada —dijo y esperó a que cumpliera sus órdenes antes de continuar—. Separa las piernas. Más.

—¿Así?

Luca acercó la butaca para poder ver mejor.

—Sí. Ahora imagina que brazos y piernas atados a los postes de la cama.

Jasmine se frotó los labios.

—De acuerdo.

—Tienes una mordaza en la boca y no puedes hablar. ¿Comprendido?

—Sí.

—Acabas de hablar.

Asintió para hacerle ver que estaba de acuerdo.

—Bien. Estás esperando en la cama, con los ojos vendados. Esperas oír a un hombre entrar en la habitación. Estás totalmente a su merced, eso te asusta a la vez que te excita.

Jasmine dejó escapar un suave sonido desde el fondo de su garganta.

—Has tenido fantasías con él, aunque apenas lo conoces. Has soñado con sus manos, sus caricias...

Ella abrió y cerró los puños. Estaba muy receptiva.

—Has observado sus labios cuando habla, imaginándote la sensación de sentirlos en tu boca, en tus pechos, en tus muslos, en tu clítoris...

Se estremeció al oír la palabra clítoris. Luca sonrió.

—Pero es su erección lo que te intriga. No puedes dejar de pensar en eso. Estás deseando sentirlo en tu mano: su piel, su punta, el peso de sus testículos... Estás deseando saborearlo, llevártelo a la boca, explorarlo con la lengua. Pero sobre todo, es tu conejito el que se muere por sentirlo deslizarse dentro, despacio al principio, hasta que pides más a gritos. Solo entonces, cuando estás a borde de las lágrimas, lo sientes llegar hasta el fondo...

Jasmine se aferró a la colcha y sus piernas se tensaron con aquellas ataduras invisibles. Movi6 el trasero. ¿Por qué? ¿Acaso buscando algún tipo de fricción que aliviara aquel picor?

El cuerpo de Luca respondió al ver su reacción. Su miembro erecto palpitaba bajo los vaqueros. Se abrió el botón y se bajó la cremallera.

—La puerta se abre y alguien entra. Es un hombre, lo sabes por sus pasos. Está contigo en la habitación.

Jasmine gimió.

Luca se llevó la mano a la entrepierna. Necesitaba liberar su erección. Estaba tan rígido que resultaba doloroso.

—¿Quieres que te diga lo que te va a hacer?

No dijo que sí. Eso habría supuesto romper las normas de la fantasía. Pero su respuesta, asintiendo con la cabeza mientras emitía gemidos, era evidentemente afirmativa.

Jasmine sentía fuego en el cuerpo. Nunca nadie la había hablado de aquella

manera.

—Te mira, desnuda y atada a su cama. Eres suya para hacer lo que le plazca.

Contuvo el aliento. ¿Por qué aquella frase la excitaba tanto?

—Te conoce, te ha acariciado, incluso te ha besado, y ahora te va a tener, tal y como es su deseo. Empieza por tu pie izquierdo. Tienes las uñas pintadas como si fueran pequeñas velas.

¿Se había fijado en sus uñas pintadas?

—Sentado al pie de la cama —continuó Luca—, te acaricia los dedos antes de inclinarse y meterse cada uno de ellos en su boca cálida y succionar. Tu cuerpo responde bruscamente y con placer.

Jasmine levantó las caderas de la cama, en respuesta a aquella imagen. Nunca se había imaginado una cosa así, pero en aquel momento casi podía sentirla. Su boca cálida y húmeda, lamiéndola.

—Te acaricia los pies antes de deslizar las manos por los tobillos, las pantorrillas y los muslos. Gimes al sentir que sus caricias van subiendo. Le enseñas dónde quieres que te acaricie levantando las caderas.

Era como si lo tuviera al lado. Lo sentía arrodillado entre sus piernas, su clítoris palpitando ante la idea de que estaba abierta de piernas ante él.

—Tu conejito es exquisito y te acaricia suavemente el pubis, pasando sus nudillos por tu clítoris. Luego dibuja círculos en el interior de tus muslos y hunde ligeramente las puntas de sus dedos en su húmeda calidez. Se inclina y te sopla aire caliente mientras levantas las caderas hacia su boca, deseando que te lama, que succione, que te penetre...

Jasmine alzó las caderas hacia su amante imaginario.

—Pero eres su prisionera, una prisionera a la que puede torturar y martirizar. Te pasa la punta de la lengua por el clítoris hinchado antes de continuar, disfrutando del sonido de tus jadeos de frustración.

Jasmine gruñó.

—Desliza las manos por tus caderas y te sujeta para inclinarse y jugar con tu ombligo. Tus caderas lo buscan. Tu conejito se siente celoso de la forma en que está lamiendo tu vientre y acariciando tus pechos, pellizcando tus bonitos pezones para prepararlos para su boca.

Oh, Dios mío.

—Lentamente continúa subiendo, besando y lamiendo tus costados mientras que sus dedos acarician tus pezones hasta endurecerlos.

Le dolían los pechos como si se los hubieran acariciado, aunque no con la fuerza suficiente.

—Nada de tocar. Vuelve a poner las manos por encima de la cabeza o no terminaré.

Ni siquiera se había dado cuenta de que se hubiera movido. Sentía los pechos muy sensibles.

—Te chupa un pezón y luego el otro. Te chupa con tanta fuerza que te hace gritar. Mientras hace eso, te coloca una rodilla entre los muslos separados y la mueve junto a tu coño excitado.

Nunca nadie había usado esa palabra con ella. Ni siquiera pensaba que le agradaba, pero en aquel momento, su conejito se empapó ante la imagen que aquella palabra sugería.

—Estás tan mojada que has manchado la rodilla de sus pantalones con tu excitación.

Jasmine jadeó y sintió pulsaciones en su conejito.

—El hombre se tumba a tu lado y se queda contemplando tu cuerpo perfecto, acariciándote con la mirada antes de hacerlo con las manos. Sus dedos siguen los tendones de tu cuello hasta tus pechos, apenas rozándote, dejándote la piel de gallina. Se entretiene dibujando círculos en tus pechos y abdomen antes de acercarse a tu pubis. Levantas la cabeza como para mirar. Necesitas verlo hundir sus dedos dentro de ti. Pero la venda de los ojos te lo impide y gruñes frustrada.

Con los ojos cerrados, Jasmine representó lo que acababa de decir, levantando la cabeza como si fuera incapaz de ver a su amante entre las piernas.

—Necesita saborearte. Lleva tiempo deseando lamer la dulce miel de tus bonitos labios vaginales, hinchados y rosados por el deseo.

Un suave gemido escapó de su garganta a la vez que un cosquilleo se expandió desde sus manos y pies hasta fundirse en su ombligo.

—Te separa aun más las piernas y te sujeta con sus pulgares mientras se inclina para saborearte. Te lame, te succiona y te folla con su lengua...

Joder, joder...

Aquel hormigueo, aquella vibrante sensación que se arremolinaba en su vientre explotó, extendiéndose a todo su cuerpo. Jasmine gritó y se llevó las manos a la entrepierna en un intento por sofocar el orgasmo que la sacudía.

—Eso es, Jasmine. Córrete para mí.

Abrió los ojos. Estaba tumbada en la cama, con las piernas abiertas, vestida aún con el sujetador y las bragas. Luca se acercó, con su miembro erecto en la mano, acariciándolo arriba abajo.

—¿Te ha gustado? —preguntó con voz ronca.

—Sí —contestó Jasmine, dejando una mano entre sus piernas y extendiendo el otro brazo para acariciarlo.

Él se acercó un poco más y cubrió su mano con la suya.

—Voy a correrme en tu vientre, ¿te parece bien?

—Claro que sí.

Luca emitió un gruñido y apoyó una rodilla en la cama sin dejar de acariciar su miembro. Jasmine apenas podía seguir su ritmo, pero sabía que le quedaba poco, por los sonidos que estaba haciendo y por la expresión de su cara.

—Dios —murmuró él.

Entonces se echó sobre ella, se sujetó el pene y se corrió a borbotones encima de sus costillas y estómago. Se quedó inmóvil jadeando durante unos segundos antes de subirse la cremallera y pedirle que se quedara donde estaba.

Unos minutos más tarde volvió con una toalla húmeda para limpiarla. Cuando acabó, se giró para marcharse.

—Espera —dijo Jasmine antes de que cerrara la puerta—. ¿Adónde vas?

—A dormir en la otra habitación.

—¿Por qué?

Luca se quedó bajo el umbral de la puerta, entre las sombras.

—No puedo dormir contigo sin follarte —respondió por fin.

Sin esperar respuesta, cerró la puerta y la dejó a solas con sus pensamientos.

Su cuerpo tembloroso siguió estremeciéndose. Acababa de tener un orgasmo alucinante y lo que era más increíble, sin ninguna estimulación física ni de él ni de ella.

La había hecho correrse con palabras.

Había gente que lo hacía, que tenía sexo por teléfono. Ella nunca lo había hecho. Lo cierto era que nunca había experimentado un orgasmo con un hombre presente.

«Dios mío, Jazz, si te has corrido así, solo con lo que te ha dicho, imagínate cómo será cuando estés con él y te haga todas esas cosas de tus fantasías».

—No creo que mi imaginación sea capaz —susurró para sí misma.

Se quitó el sujetador y las bragas y se metió desnuda entre las sábanas. Luego se tumbó de espaldas y se quedó mirando el techo oscuro. Debería sentirse eufórica por estar con Luca, pero se había dado cuenta de algo muy importante: Luca era un experto en la cama.

¿Qué haría cuando descubriese que ella no?

Capítulo 11

Era miércoles por la mañana. Luca se levantó temprano y lo primero que hizo fue conducir hasta el cercano pueblo de La Charité-sur-Loire para comprar algunas cosas que se le habían olvidado a *monsieur* Gauthier, básicamente artículos de aseo y preservativos.

Merde.

La noche anterior había tardado en dormirse sabiendo que Jasmine estaba al otro extremo del pasillo receptiva y lista para él. Seguramente, aún húmeda.

En aquel momento, diez horas más tarde, la sola idea de que su conejito estuviera húmedo le provocó una erección al instante. Aun así, todavía quería ir despacio. No era frecuente encontrarse a una mujer de su edad tan dispuesta a explorar el sexo siendo a la vez tan inocente.

Era un misterio. Jasmine era una mujer guapa y sofisticada que disfrutaba del sexo. ¿Por qué era tan inocente?

No debería importarle, pero por el motivo que fuera, así era.

Detuvo la moto delante de la farmacia y dudó si dejarse el casco o no. No quería arriesgarse a que alguien lo reconociera. Hacía muchos años que no iba por allí, y con la barba y el pelo más largo, no se parecía al Luca Legrand que salía en los carteles promocionales y en la prensa. Aun así, no podía arriesgarse. Se subió la visera, entró y pidió lo que necesitaba.

Había un hombre mayor atendiendo detrás del mostrador y cuando miró a Luca, no pareció reconocerlo.

Unas cuantas paradas más y Luca emprendió el camino de vuelta. Cuando llegó, olía a café recién hecho y a algo frito en mantequilla.

—Buenos días —dijo Jasmine volviendo la cabeza—. ¿Dónde has estado?

En otras circunstancias, la pregunta le había molestado. ¿Quién era ella para preguntarle qué había estado haciendo? Pero no le importaba. Lo único que

sentía era excitación.

Se acercó directamente a ella por detrás, la rodeó con el brazo por la cintura, le apartó la melena y la besó en el cuello.

—He ido a comprar algunas cosas que necesitábamos —dijo y dejó la bolsa de papel en la encimera, delante de ella.

Jasmine miró en el interior y se alegró al ver champú, acondicionador y jabón.

—Vaya, ¿qué es esto? —preguntó, sacando la caja de preservativos—. ¿Veinticuatro?

Luca no puso ninguna excusa, se limitó a sonreír, la atrajo hacia él y deslizó una mano por el interior de su muslo. Eso fue todo lo que necesitó para que se derritiera contra él, acoplando su cuerpo al suyo.

—Luca...

Él hundió la cara en la curva entre el cuello y el hombro.

—Necesito decirte algo.

Parecía seria. La soltó y dio un paso atrás para mirarla, pero ella evitó el contacto visual.

—¿De qué se trata?

—¿Podemos hablar mientras comemos?

—Claro.

Jasmine le sirvió una taza de café y luego puso los huevos en un plato junto a una tostada de pan y un tomate partido.

Se sentó frente a él en la mesa de la cocina y empezó a jugar con los cubiertos. Parecía a punto de confesar algo.

—No soy quien crees.

No era eso lo que esperaba que dijera. Se llevó un trozo de huevo a la boca, disimulando su sorpresa, y cuando se lo tragó dio un sorbo al café.

—¿Quieres decir que no eres americana?

Ella sonrió.

—No es eso —dijo y se llevó un trozo de pan a la boca—. Lo que quiero decir es que no tengo tanta experiencia como tú.

Luca ocultó su sonrisa. ¿Acaso pensaba que no se había dado cuenta?

—¿De veras?

Dio otro sorbo a su café y se quedó observándola. Ella evitó su mirada y de repente Luca adivinó lo que estaba a punto de confesarle.

—Dios mío —dijo dejando la taza en la mesa—. Eres virgen.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no lo soy.

Pero las pequeñas arrugas que se habían formado entre sus cejas arqueadas decían otra cosa.

No sabía qué pensar. Desde luego que era toda una sorpresa. Aun así, su miembro se puso rígido, excitado. Aquello no era bueno. A pesar de que su parte más primitiva celebraba la idea de ser el primer hombre que conociera aquella mujer tan increíble, el sentido común lo asaltó. Aquello se suponía que iba a ser una aventura de unos cuantos días, no una iniciación. Eso era demasiado... significativo.

Jasmine deslizó la mano sobre la mesa y la puso sobre la de él. Le temblaban los dedos y ya sabía Luca por qué.

—Jasmine, creo que no es buena idea que sigamos...

—Espera, no lo digas —dijo y por fin fijó sus enormes ojos marrones, suplicantes, en él—. No soy virgen, pero... —continuó y apartó la mano—. Dios, esto es tan...

—¿Qué?

—El último hombre con el que estuve es el único con el que he estado. Y...

—¿Y?

—Bueno, él...

Se detuvo y una expresión triste asomó a su rostro.

¿Así que algún idiota le había hecho daño? Eso era peor. Debería recoger sus cosas y llevarla a la estación sin perder más tiempo. Pero en vez de eso, la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo. Por alguna razón, sentía un nudo en el estómago y apretó con fuerza el cuchillo como si fuera a usarlo como arma.

—Sigue.

—Me usó.

Se encogió de hombros y trató de darse la vuelta, pero Luca se lo impidió.

—¿Qué significa eso?

—Dios mío, Luca, ¿tengo que decirlo?

—Sí.

Jasmine se puso de pie y se acercó al fregadero, dándole la espalda. Él retiró su silla y la siguió hasta quedarse detrás de ella, pero sin tocarla.

—Fingía ser alguien que no era. Me usó para mantener las apariencias.

—¿Qué apariencias?

—Que era heterosexual —contestó y se apoyó en la encimera.

Tardó un momento en comprender a qué se refería. Después, le puso las manos suavemente sobre los hombros y la hizo girarse para que lo mirara a la cara.

—¿Me estás diciendo que el único hombre con el que has estado era gay?

Ella se mordió el labio y asintió con la cabeza.

—Y este hombre —dijo Luca recordando el anillo que tenía guardado en la cartera—, ¿era tu prometido?

Jasmine asintió. Le temblaba el labio.

—Lo pillé con su padrino de boda.

Luca la miró a los ojos. Una voz en su cabeza le decía que debería alejarse de aquella mujer. Mantener una aventura sexual con ella sería aprovecharse de su vulnerabilidad. Pero Luca no quería alejarse, sino rodearla con sus brazos y consolarla, decirle que aquel hombre era un bastardo por aprovecharse de ella. Quería que se diera cuenta de lo guapa y deseable que era y enseñarla a disfrutar del sexo con alguien que no podía contener su deseo por ella.

Así que hizo algo a medio camino. Tomó su rostro entre las manos y se inclinó para besarla suavemente. Luego se apartó.

—Creo que ya es hora de que nos dejemos llevar por esta atracción que hay entre nosotros, ¿no crees?

Los labios de Jasmine temblaron al sonreír y Luca experimentó una extraña combinación de ternura, deseo y temor.

Jasmine deseaba que aquel hombre le hiciera el amor, pero también quería que supiera qué esperar de ella. Le había dado miedo decirle la verdad. Había estado despierta media noche tratando de decidir si contárselo o fingir que era alguien diferente. Pero cuando había visto la caja de preservativos, había sabido que tenía que sincerarse.

Estaba contenta de haberlo hecho. La besó. Luego, tomó la caja de preservativos y la condujo de vuelta al dormitorio.

Las piernas le temblaron al verlo dejar la cazadora de cuero en el respaldo de la silla. Las rodillas le flaquearon cuando se acercó a ella, con el pelo revuelto, mirándola intensamente. Luca la atrajo y enredó los dedos en su pelo, sosteniéndole la cabeza para lo que estaba a punto de hacer, que era devorarle la boca hasta que no pudiera respirar. Sus labios la recorrieron por todas partes: en su boca, en su oreja, en su cuello y de vuelta al interior de su boca.

No solo besándola, sino mordiéndola y chupándola, succionándola y haciéndola suya.

Ella se apartó, no porque quisiera detenerse, sino porque necesitaba recuperar el aliento. Después de que tomara una bocanada de aire, la hizo tumbarse de espaldas sobre la cama.

—Me has vuelto loco desde el primer momento, ¿lo sabías?

Sus palabras sonaron oscuras y peligrosas al arrodillarse sobre ella, mirándola como si quisiera devorar no solo sus labios sino todo su cuerpo.

Sí, sí, por favor.

—Anoche, tenerte en esta habitación fue una tortura.

Le subió la parte frontal de su camiseta, a la vez que el sujetador, dejando al descubierto sus pechos desnudos mientras se chupaba los labios como si fuera una exquisitez.

—Ver cómo te corrías fue mi perdición.

Deslizó las manos por sus piernas hasta que le subió la falda a la cintura y sus bragas blancas quedaron al descubierto.

—Dios, ¿son todas tus bragas tan virginales?

—Me gusta el blanco. Y no soy virgen.

Metió las manos entre sus piernas, se las separó y luego se colocó entre ellas. Le acarició el encaje blanco, deslizando los dedos por debajo, y jadeó de placer mientras exploraba sus pliegues.

—No sé si quiero follarte con estas bragas.

Una corriente eléctrica la recorrió al oír aquello. La idea de que sus dedos se hubieran abierto paso por debajo de las bragas le resultaba muy erótico. Le gustaba que empleara un lenguaje subido de tono.

Su cuerpo reaccionó a sus palabras y a sus caricias, y arqueó las caderas buscando sus dedos. Le gustaba lo que le estaba haciendo.

—Quítamelas, por favor.

Le concedió el deseo, pero cuando descubrió su piel, fue como si algo lo afligiera a la vista de la expresión que asomó en su rostro. Después de dejar sus bragas a un lado, le hizo abrir las piernas más y le hundió dos dedos hasta que sus nudillos chocaron con su clítoris. Después se colocó a su lado y se quedó observando su expresión mientras la estimulaba.

—¿Te gusta que te folle con los dedos?

—Sí —respondió jadeante—. Me encanta.

De nuevo aquella expresión en Luca, como si algo le produjera dolor.

Con su mano libre, Jasmine le acarició la arruga de su entrecejo.

—Más, por favor.

Retiró la mano y luego volvió a hundir los dedos en ella, dándole lo que quería sin dejar de observarla en ningún momento.

—Oh, sí.

Separó las caderas de la cama, deleitándose con la presión de sus dedos, con la fricción y con los gemidos que se le escapaban mientras le hacía todas aquellas cosas. Estaba disfrutando tanto como ella.

—*Mon Dieu.*

Para disgusto de Jasmine, Luca apartó la mano, aunque lo que le hizo a continuación le gustó aún más. Se llevó los dedos a la nariz e inspiró antes de chupárselos.

Pero cuando le separó más las piernas para meterse entre ellas, se retorció ante la perspectiva de lo que estaba a punto de pasar. Su fantasía favorita, lo único que nunca antes había hecho.

¿Se atrevería? ¿Podría dejarle...?

Demasiado tarde.

Le abrió las piernas y hundió la cabeza entre sus muslos, dándose un festín. Esa era la única manera de describirlo. Le agarró por el pelo con ambas manos. Al verlo allí, con la cabeza entre sus piernas, sintiendo su lengua acariciar su clítoris y sus dedos dentro de ella, fue incapaz de seguir resistiéndose.

—Luca... —jadeó desesperada—. Por favor.

¿Por favor qué? No tenía ni idea, solo sabía que necesitaba algo.

Luca aumentó la presión, moviéndose más rápidamente, mientras la penetraba con la lengua y los dedos a la vez.

Se corrió en su boca, su cuerpo sacudiéndose fuera de control por los espasmos del orgasmo, mientras sacudía las piernas y se aferraba a su pelo.

—Luca... Si, sí, oh, sí.

Jasmine creyó estar a punto de llorar, pero no por lástima sino por la liberación de la tensión. Luca la ayudó a calmarse, colocando la mano sobre su pubis como para contener las sacudidas de su orgasmo y guardárselas para luego. Se tumbó a su lado y le acarició la cara, tranquilizándola hasta que abrió los ojos y lo vio allí, observándola.

Suavemente le besó la cara. Sus labios cálidos aún guardaban el sabor de su dulce sexo.

—Eres una mujer preciosa —le dijo, pero cuando te corres eres toda una diosa.

¿Cómo era posible que a una mujer tan alucinante no le hubieran practicado nunca sexo oral? Aunque se había dado cuenta de que no tenía tanta experiencia como pretendía hacer creer, le había hecho una estupenda felación en la ducha el día anterior.

—Gracias —susurró.

—¿Por besarte?

Ella asintió, sonriendo tímidamente.

—¿Te gustó?

—Sí.

Su sonrisa flaqueó mientras se volvía a cubrir los pechos con la camisa arrugada.

—¿Qué haces?

—Vestirme.

—¿Por qué?

—Porque...

—Ven aquí.

Rodó en la cama y le ofreció la mano para ayudarla a levantarse. Ella la tomó y se levantó, titubeante, con la falda retorcida por las caderas.

—Todavía no hemos acabado, Jasmine.

—¿Ah, no?

—Eso ha sido solo el aperitivo.

Luca se pasó la lengua por los labios, que seguían guardando su delicioso sabor.

—Pero, ¿el aperitivo no era el plato fuerte?

—No.

Le levantó la camisa y le bajó la falda hasta que cayó sobre sus pies desnudos.

—En Francia, el aperitivo es el plato principal.

—Ah.

Podía quedarse contemplando su cuerpo desnudo para siempre. Su piel tenía un bonito tono rosado que contrastaba con su pelo oscuro.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, vas a hacer exactamente lo que te pida.

Jasmine clavó su mirada en la suya. De sus labios hinchados escapó un suspiro. No era de miedo sino de excitación y predisposición.

—Desvísteme.

Ella arqueó las cejas y asintió antes de que se afanara en desabrocharle los botones de la camisa de lino.

—No tan rápido. Disfruta del momento.

Con los dedos en el tercer botón, lo deslizó lentamente por entre el ojal. Luego hizo lo mismo con el siguiente y Luca sintió la presión de sus uñas en la piel.

Aquello era un placer.

Así continuó Jasmine como si el simple hecho de deslizar los botones por entre los ojales fuera algo fascinante. Cuando por fin los hubo desabrochado todos, le abrió la camisa como si fuera el telón al inicio de una obra de teatro. El suave gemido que emitió al deslizar las manos por su pecho desnudo le provocó un gruñido. Sus caricias le resultaban tremendamente eróticas.

—Dios mío —murmuró ella, acercándose y frotando su mejilla contra la de él—. Me gusta tu pecho.

Aquel comentario hizo que su miembro erecto se moviera.

—Hueles muy bien —añadió y deslizó la lengua por sus pectorales antes de detenerse a dibujar círculos en sus pezones—. Y sabes mejor aún.

Para una mujer sin experiencia, había momentos en que parecía muy segura de lo que estaba haciendo. Luca contuvo el impulso de enredar un mechón de su melena en el puño y ponerla en la posición que quería. Pero eso no era lo que quería, al menos no para Jasmine. Quería saborear cada instante, por lo que tenía que controlar sus instintos más básicos, lo que resultaba toda una proeza cuando solo con mirarla deseaba hundirse en la calidez de su cuerpo. Lo mejor sería tomarse su tiempo y dejar que su deseo fuera en aumento.

Ya llegaría el momento de disfrutar de alguna de las formas de hacer el amor que él tanto disfrutaba y enseñarle su lado más dominante. La idea le agradaba, pero siendo la primera vez...

Un momento. ¿Cuántas veces iban a hacerlo?

«Bueno, has comprado veinticuatro preservativos».

Lo cierto era que tenía otros asuntos de los que preocuparse y aquello no podía durar más de un par de días. Antes o después, Jasmine seguiría con su vida.

Las manos de Jasmine lo devolvieron a la realidad al deslizarse por los hombros de su camisa, echársela hacia atrás y bajarle las mangas hasta que la prenda cayó al suelo.

Bajó las manos por sus brazos y volvió a subirlas. Luca se mantuvo completamente quieto mientras continuaba explorando su cuerpo.

—¿Te gusta tocarme?

—*Yes.*

—¿Se te había ocurrido pensar en ello estando en mi cama, en el apartamento?

Detuvo el movimiento de sus manos y lentamente levantó la vista.

—Quizá.

—¿No te preguntaste si tenía intención de tocarte?

—Sí.

—¿Y no te resultó excitante?

—Sí.

Deslizó las manos por su pecho hasta los hombros y siguiendo la línea de la clavícula continuó subiendo por su cuello hasta el mentón.

—Pero también me preocupaba.

—¿El qué te preocupaba?

—Que no me desearas.

Luca tomó su mano, le besó los dedos y se los llevó a la bragueta de los vaqueros.

—Te deseo.

—Oh, Dios mío —susurró, apretando su erección con la mano.

—Desabróchame el cinturón.

Sus manos forcejearon con avidez para abrir la hebilla de la cinta de cuero y rápidamente Luca le cubrió las manos con la suyas.

—Despacio.

Jasmine tiró del cinturón y se oyó un sonido silbante deslizarse entre las presillas. Luca no pudo evitar que se le vinieran a la mente otras formas de usar el cinturón.

Pero todavía no.

Una vez el cinturón cayó al suelo, ella posó las manos en la cintura de sus vaqueros. ¿Sentiría las pulsaciones de su pene bajo la tela? Luca deseaba que se diera prisa tanto como que alargara aquel lento prelude.

Lentamente, le desabrochó el botón, le abrió la cremallera y tiró de los

vaqueros hasta las caderas.

—Los calzoncillos también.

Necesitaba liberar su erección.

Jasmine deslizó las manos por debajo del tejido y siguió bajándole los vaqueros y los calzoncillos. Luego se arrodilló delante de él y siguió deslizándole la ropa por las piernas.

¿Sería consciente de lo erótico que resultaba verla arrodillada ante él, con los labios a la altura de su pene y alzando la vista para mirarlo con la misma disposición que había mostrado en la ducha, decidida a cualquier cosa que le pidiera? Su erección se irguió hacia ella, mientras subía las manos desde sus pantorrillas, por la parte trasera de sus rodillas, hasta llegar a la parte frontal de sus muslos.

—Estás tan...

—¿Tan qué?

—Tan duro.

Tomó su miembro con la mano y apretó. Luca no había tenido una erección tan potente en días, y el simple hecho de sentir su roce era más de lo que podía soportar.

—Saca un preservativo de la caja y pónmelo.

Jasmine no se movió, como si no lo hubiera oído, y se pasó la lengua por los labios como si estuviera deseando chuparlo. No. Explotaría en su boca si lo hacía. Estaba demasiado cerca.

—Hazlo, Jasmine —dijo entre dientes.

Su voz la hizo reaccionar y obedeció. Rápidamente se puso de pie y enseguida volvió con un preservativo entre los dedos.

El hecho de que fuera tan hábil al colocárselo significaba que ya lo había hecho antes. ¿Por qué le fastidiaba tanto?

—Túmbate en la cama y ábrete de piernas.

No pudo evitarlo. Su lado dominante estaba tomando el control, pero a Jasmine no parecía importarle. No, de hecho, parecía estar disfrutando. Sus bonitos y pequeños pezones estaban erectos por la excitación y su olor estaba embriagando sus sentidos.

—Enséñame tu conejito.

Tenía el coño más bonito que había visto en su vida. Sus labios estaban rosados e hinchados y, cuando se los abrió, dejó al descubierto el centro de su placer, brillante como consecuencia de su excitación.

Deseaba hacerla suya sin más pérdida de tiempo.

Capítulo 12

Nunca en su vida Jasmine había deseado algo con tanta fuerza. Luca la miró inescrutante. Su desnudo irradiaba una irresistible masculinidad. A cada lado de su cuerpo, abría y cerraba los puños con fuerza. Pero lo que más llamaba la atención de sus ojos era su parte más masculina, orgullosamente erecta desde su entrepierna.

—Por favor —dijo entre jadeos, mientras se acariciaba.

Luca se subió a la cama y se colocó sobre ella, haciéndola sentir pequeña y femenina bajo su bulto. La rodeó con una mano por el cuello y le hizo levantar la cabeza para besarla. Sus labios eran cálidos y se movían con autoridad sobre los suyos. Pero cuando ella le metió la lengua en la boca, él gimió y la empujó con las caderas, obligándola a separar más los muslos para acercar la punta de su miembro a su entrada.

—Por favor, Luca.

El beso se volvió más apasionado. Sus caderas se arquearon y...

Por fin estaba dentro de ella, llenándola. Su cuerpo reaccionó arqueándose contra él al sentir la fricción de su pene mientras se hundía en ella.

—Qué gusto —susurró junto a su pelo y se quedó quieto unos segundos antes de salir lentamente.

Le acarició suavemente el cuello con los labios mientras se sujetaba del brazo al que Jasmine se había aferrado. La fuerza que irradiaba aquel hombre le resultaba muy sexy.

Pero aún le gustó más verlo echarse hacia atrás, sobre sus rodillas, con el pecho sudoroso y los músculos de su abdomen danzando mientras la embestía entre los muslos.

—Eres increíblemente guapa —murmuró él.

Luego clavó la mirada en el punto donde sus cuerpos se unían y las

embestidas aumentaron mientras se observaba entrando y saliendo de ella. Jasmine no sabía qué era más excitante, si verlo desaparecer en su interior o contemplar la pasión en su rostro.

De repente, su expresión cambió y aceleró el ritmo. Todo lo que hacía era inesperado, tres rápidas embestidas seguidas de una profunda para acabar saliendo lentamente.

La sensación era maravillosa.

Luca cambió de postura y le soltó el trasero para tomarle las piernas, colocárselas sobre el pecho, acercando su trasero a las caderas. La miró, le besó un empeine y luego el otro, y Jasmine recordó que le había dicho algo de chuparle los dedos de los pies. ¿Era eso lo siguiente que iba a hacer? Su conejito palpitaba de deseo.

Le levantó el trasero, se echó hacia delante y...

—¡Oh! —exclamó maravillada.

Aquella postura provocaba una nueva fricción en lugares muy sensibles y el placer aumentó al doblarle las piernas mientras su miembro no dejaba de hundirse en ella una y otra vez.

—Luca —dijo sintiendo una oleada de placer que se extendía desde la punta de sus pies hasta la coronilla.

Aquello no era un orgasmo, era algo más, algo que nunca antes le había pasado.

—Dios...

Le sujetó las piernas y se hundió brevemente varias veces antes de separarle los muslos y echarse sobre ella, moviéndose a un ritmo desenfrenado mientras la observaba.

—Córrete, Jasmine, quiero ver cómo te corres.

—Ya me he corrido, no sé si podré hacerlo otra vez.

Luca le llevó la mano al punto donde estaban unidos.

—¿Ves lo mojada que estás? A tu conejito le está gustando mucho.

—Acaríciate el clítoris mientras te follo, quiero que te corras para mí, quiero sentirlo estando dentro.

Se acarició aunque no le hacía falta. Aquellas palabras fueron suficientes para llevarla al límite, para que la tensión se expandiera a su vientre, a su culo, a sus muslos y a aquel lugar que acababa de descubrir en su interior, antes de estallar en éxtasis.

—Sí, joder, sí.

Luca aumentó el ritmo, hundiéndose en ella cada vez más rápido y profundo hasta que Jasmine no pudo respirar ni soportar tanto placer.

Justo cuando pensaba que Luca no podría llegar más hondo, lo hizo, y en vez de aplacarse, el orgasmo la asaltó y su cuerpo comenzó a convulsionar.

—¡Luca!

Él gruñó, la sujetó con fuerza de las caderas y la embistió una última vez antes de cerrar los ojos y gritar algo en francés.

Aquella mujer era insaciable. ¿No era maravilloso? Era apasionada y sensual, y nunca había sido capaz de expresar aquella parte ella. Así que Luca no tuvo inconveniente en pasar los siguientes cinco días a su lado, en la cama. Varias veces le advirtió de que podía sentir dolor, pero ella no se quejó en ningún momento, seguramente porque siempre estaba húmeda.

Habían lavado sus ropas y las habían tendido para que se secaran, aunque lo cierto era que hasta el momento apenas habían necesitado vestirse. Los últimos días habían consistido en despertarse, follar, comer, ducharse, follar, dormir la siesta, comer y follar.

Todavía le quedaba una semana para volver a su vida normal. El Champán Legrand había aumentado su valor gracias a la magia de Myra Monte y su ausencia apenas se había notado. Solo utilizaba su móvil para comprobar los precios, algo que hacía cada dos días. Si tenía que pasar una temporada alejado de la atención pública, qué mejor manera de hacerlo que con Jasmine en la cama.

El único problema era que necesitaba que Jasmine retomara su vida en algún momento. Pero ¿por qué la sola idea de que se marchara le producía aquella molestia en la boca del estómago?

Quizá porque le había ayudado a olvidar el dolor que siempre había asociado a aquella casa y a la pérdida de su madre. O quizá fuera porque, desde que su madre había muerto, sentía que alguien lo estaba viendo como realmente era, no como playboy ni como piloto de motos ni como heredero de una fortuna.

Simplemente como Luca.

Era última hora de la tarde y estaban en la cama, después de otra sesión de intenso sexo. La tenía entre sus brazos, su cuerpo cálido y relajado, y aunque estaba adormilada, sabía por su respiración que todavía estaba despierta.

No había ningún otro sitio en el que Luca deseara estar en aquel momento, ni siquiera en el circuito de carreras, lo que le resultaba sorprendente.

Jasmine se revolvió en sus brazos y se estiró para tomar la caja abierta de la mesilla. Sacó una ristra de preservativos y los contó antes de volver a guardarlos en la caja.

—Nos quedan cuatro, ¿sabes lo que eso significa?

—¿Que hemos usado veinte?

—Tu habilidad con las matemáticas es sorprendente —dijo ella sonriendo—. ¿No crees que deberíamos ir a comprar más?

—Al ritmo que vas, vamos a necesitar más antes de que acabe el día.

Jasmine le dio una palmada en el pecho antes de volver a tumbarse.

—Nunca imaginé que sería así —observó distraídamente, mientras acariciaba arriba y abajo su torso.

Al ver que no decía nada, continuó.

—Quiero decir que me lo había imaginado muchas veces, pero nunca pensé que pudiera ser así en la realidad. Pensaba que no era una pervertida porque pensaba en el sexo todo el tiempo, ¿sabes? —dijo y apoyó la mano en la barbilla para poder ver la expresión de Luca—. No pensaba que la gente lo hiciera tanto. ¿Es eso lo normal?

—Sí, es normal —respondió él, acariciándole el pelo—. Y no eres una pervertida. Bueno, quizá un poco, pero en el buen sentido.

Ella le devolvió la sonrisa y volvió a bajar la cabeza, apretando la oreja contra su pecho. ¿Estaría escuchando su corazón? La idea le gustó y la atrajo hacia él.

—¿Es igual con otros hombres?

Un sonido de descontento resonó en el interior de su pecho.

—¿Otros hombres?

—¿Son todos los hombres como tú? —preguntó levantando la cabeza para poderle ver bien la cara—. ¿Les gusta hacerlo tanto como a ti?

Aquel sonido interno se intensificó.

—¿Por qué refunfuñas? —preguntó ella, volviendo a incorporarse.

—No estoy refunfuñando.

—Claro que sí —replicó ella, dándole una palmada en el pecho.

Él levanta la cabeza y la miró. Su sonrisa había desaparecido y sentía que se le habían ensanchado las fosas nasales.

—¿Estás enfadado?

—No, no estoy enfadado, es solo que no sé contestar a tu pregunta. No pienso en la vida sexual de otros hombres.

—Bueno, es evidente que has estado con otras mujeres. Estoy segura que con muchas.

¿Qué le pasaba? ¿Por qué aquella nota de celos en su voz le alegraba? ¿Por qué la idea de que saliera y se acostara con otros hombres le hacía sentirse agresivo?

—¿Puedo decirte algo?

—Claro.

Luca confiaba en que cambiara de conversación porque aquel tema lo estaba enervando.

—Hay algo que recuerdo de antes del atraco en esa tienda de París. Creo que es lo último que recuerdo.

Luca sintió que se le hacía un nudo en el estómago y el brazo se le tensó debajo de ella.

Jasmine se apoyó en su pecho.

—Recuerdo esta lámpara. Era una lámpara antigua de plata que me recordó las historias que mi tía nos solía contar a mis primas y a mí. Noches árabes.

Su mirada se iluminó al recordar.

Luca relajó el brazo y soltó el aire que había estado conteniendo.

—Me gustaba frotarla, como si esperase que apareciera un genio y me concediera tres deseos —continuó y sonrió con la mirada perdida, antes de acariciarle la barba—. Creo que debió funcionar.

Luca rio.

—¿Me tomas por el genio de la lámpara?

—Creo que lo que me haces es magia y estoy segura de que se me han concedido más deseos de los que me correspondían.

—¿Estás segura de que no te queda algún deseo por cumplir?

Aunque acababan de hacer el amor, el pene de Luca empezó a reaccionar ante la idea de hacer algo nuevo.

—Bueno... —comenzó y su expresión cambió de pensativa a juguetona—. ¿Te acuerdas cuando me preguntaste por mis fantasías?

—Creo recordar una conversación sobre fantasías —comentó Luca haciéndose el despistado.

Jasmine apoyó la cabeza en su pecho y comenzó a dibujar círculos en su abdomen.

—Tengo una fantasía...

¿En serio? Debería estar agotado, no debería quedarle ni pizca de excitación, pero por Jasmine claro que seguía teniendo.

—Quiero que me cuentes esa fantasía.

—De niña me gustaban los cuentos de hadas. En ellos he basado las fantasías de mi vida adulta.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y hay una en concreto, en la que llevo una capa roja...

—¿Como Caperucita Roja?

—Quizá. ¿Es una tontería? —preguntó levantando la cabeza.

La incertidumbre que llevaba un par de días sin ver, volvió a aparecer.

—No, cuéntame más.

—Voy paseando por un bosque y me van persiguiendo.

—¿Quién, un lobo?

Ella sacudió la cabeza.

—No, un hombre —respondió y le acarició la cara—. Siempre me ha interesado más el cazador que el lobo. Claro que el hombre va sin camisa y tiene barba.

—Yo no llevo camisa y también tengo barba. Que coincidencia más interesante.

—Sí —asintió y se mordió el labio inferior.

—¿Y entonces qué pasa?

—Que me sigue.

—¿Y te atrapa?

—Me come, al fin y al cabo, es un poco lobo.

Luca gruñó. Su miembro estaba duro como una piedra.

—Pero antes me ata —añadió Jasmine.

¿Cómo era posible que aquella mujer acabara de describir una de sus fantasías favoritas? Se apartó de ella, se levantó de la cama y buscó algo con lo que cubrirse. Se agachó y recogió la toalla húmeda que habían usado después de ducharse aquella mañana y se la colocó alrededor de las caderas.

—¿Adónde vas?

—A recoger la ropa tendida para que te vayas al pueblo y te compres una capa roja.

Después de acercarse al pueblo en bicicleta para ir de compras, no había encontrado una capa roja y se había conformado con un vestido rojo. También había aprovechado para comprarse ropa interior, aunque en aquel momento no llevaba nada debajo.

—Ponte el vestido —le había ordenado Luca al volver a la villa.

Había insistido en quedarse detrás, no sabía por qué razón. Fuera cual fuese, la piel se le había puesto de gallina a pesar de que no hacía frío.

Jasmine había tragado saliva. Le gustaba cuando se ponía autoritario. Quizá porque sabía que se haría con el control de su cuerpo y le proporcionaría el mayor de los placeres imaginables.

—Ah, Jasmine —le había dicho volviendo la cabeza—, no te molestes en ponerte bragas.

En aquel momento Jasmine estaba en el jardín, detrás de la casa, recogiendo fruta. Había nubes en el cielo y la brisa le levantó la falda del vestido, acariciando sus zonas más íntimas y recordándole que no llevaba bragas. Aun así, no se sintió desprotegida, más bien contenta.

No, contenta no. Viva, enérgica, sensual.

Luca le había dicho que se daría cuenta de cuando la estuviera persiguiendo, pero no le había dicho cómo lo sabría.

—Ve al jardín y espera mi señal.

—¿Qué señal? —le había preguntado.

—Lo sabrás cuando la oigas.

—¿Y entonces qué?

Él sonrió con picardía.

—Entonces, echas a correr.

Le dio un mordisco a la pera que acababa de tomar. Todavía no estaba madura y le supo amarga en la boca. Entonces fue cuando oyó el motor de la moto de Luca al arrancar.

Demonios, no esperaba que fuera a perseguirla con su moto. ¡Eso era trampa!

Jasmine dejó caer la pera y se escondió detrás del árbol. El corazón le latía desbocado y las manos le sudaban. Se asomó por detrás del árbol y cuando no vio ni rastro del hombre o de la moto, corrió hacia el embarcadero, a unos sesenta metros de donde se había agachado. Cuando llegó al cobertizo, trató de abrir la puerta. Estaba cerrada con llave.

No debería costarle tanto respirar después de correr una distancia tan corta,

pero lo cierto era que se había quedado sin aliento. No había motivo para estar asustada. Se trataba de Luca y de un juego, su juego. Aquello no era real.

Aunque lo parecía.

Quizá porque no sabía qué le haría una vez la pillara. De lo único de lo que Jasmine no tenía ninguna duda era de que Luca la pillaría, sobre todo teniendo en cuenta que iba en moto. Con la espalda apoyada en la pared, rodeó la construcción. Solo cuando estuvo al otro lado se arriesgó a asomarse y a echar un rápido vistazo para ver si veía alguna señal de Luca.

Nada.

Aun así, la moto se oía cada vez más cerca.

¿Dónde demonios estaba?

Necesitaba un plan.

El palomar estaba a unos cincuenta metros al este. En la dirección contraria había una pradera y a continuación una extensión de viñas descuidadas. Seguro que allí era donde esperaba que fuera.

¿Adónde podía ir? ¿Debería hacerlo previsible o tratar de evitarlo?

Se apoyó en la pared de madera y escuchó. El sonido de la moto cambió. Se había puesto en marcha. Se llevó la mano al estómago y cerró los ojos.

—Muy bien, Jazz. Esta es tu fantasía. Si estás dispuesta a jugar, tienes que hacerlo de verdad.

Respiró hondo y volvió a asomarse por la esquina. Por el ruido, no tenía ninguna duda de que se estaba dirigiendo hacia los viñedos. Así que no le quedaba otra que dirigirse al palomar. Avanzó hacia la esquina más al este y cuando vio que la costa estaba despejada, salió corriendo en dirección a aquella estructura cilíndrica. Estaba a la sombra de unos enormes nogales y enseguida se sintió protegida por el follaje. El palomar no tenía puertas, solo una apertura rectangular, y entró.

Unos rayos de luz se filtraban por las aperturas del tejado cónico y Jasmine se quedó contemplándolo, maravillada. Debía de haber unos doscientos o trescientos huecos de anidación por las paredes, todos ellos vacíos en aquel momento. Nunca antes había visto algo así.

¿Cómo se vería lleno de pájaros?

De repente, el sonido de la moto se oyó más cerca y se dio cuenta de que había elegido un escondite con una sola entrada. El corazón le latía con fuerza bajo las costillas, como si estuviera desesperado por salir.

La moto estaba cada vez más próxima, avanzando lentamente. En aquel

momento estaba en el jardín.

Le resultaba difícil respirar.

Jasmine estudió el interior de la construcción. Había una pequeña cornisa hacia la mitad de la pared. Quizá si subía por los huecos de anidación podría esconderse en la cornisa. Probó a apoyar un pie en uno de los huecos de los nidos. Parecía resistente.

La moto estaba cerca y Jasmine contuvo el aliento.

¡Estaba justo fuera!

Sin pararse a pensar, empezó a escalar. Era más fácil de lo que parecía, aunque lo habría sido más si no hubiera tenido las manos húmedas por el sudor. Ya casi había llegado a la cornisa, apenas le quedaba medio metro para alcanzarla.

Entonces se dio cuenta de algo. No se había percatado antes por culpa de los latidos que resonaban en sus oídos: había silencio.

Luca había apagado su moto.

Bajó la vista y lo vio allí, vestido tan solo con vaqueros y botas, con una sonrisa triunfante en los labios.

—Hola, Jasmine —dijo acercándose a la pared y levantando la vista para mirarla—. La vista desde aquí es espectacular.

Ella jadeó.

Un trueno la sobresaltó y se le resbaló el pie de la cornisa al caer la piedra en la que lo tenía apoyado.

Desde ese momento, todo sucedió a cámara lenta. Trató de sujetarse con el otro pie y las manos, pero empezó a dar vueltas en el aire y se cayó.

Apenas era una caída de metro y medio, dos a lo sumo, pero se le hizo eterno.

Luca impidió que tocara el suelo tomándola de los hombros, suavizando el impacto de sus pies en el suelo. Su gesto triunfante dio paso a una expresión de preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó apartándole el pelo de la frente.

Jasmine lo miró sonriente.

—Estoy bien.

Un rayo iluminó el palomar, seguido del estruendo de un trueno.

—Deberíamos... —comenzó Luca.

Jasmine no esperó a que terminara. Se dio media vuelta, salió del palomar y corrió hacia la casa.

Capítulo 13

¿Qué era lo que tenía aquella mujer que lo incitaba a perseguirla? Al ver a Jasmine atravesando a toda prisa el prado, con la falda y la melena oscura ondulando al viento, la adrenalina se le disparó en las venas seguida de un estallido de energía. Le sería muy fácil alcanzarla.

Ella volvió la cabeza y gritó con lo que pareció una mezcla de miedo y diversión al verlo tan cerca. Aquel sonido le dio aún más fuerzas. No se dio cuenta de que había empezado a llover hasta que Jasmine se resbaló en la hierba mojada y a punto estuvo de perder el paso.

Fue en ese momento cuando saltó sobre ella, aprovechando que había perdido el equilibrio. Luca rodó de tal forma que cuando cayeron al suelo, ella aterrizó sobre él y, antes de que pudiera darse cuenta, se colocó sobre ella para sujetarla.

Aun así forcejeó.

De repente su cuerpo se quedó flácido. ¿Acaso había llevado aquella fantasía demasiado lejos?

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —le preguntó.

—Deberías soltarme.

Se apartó de ella y Jasmine se puso de pie. Vio un brillo de malicia en sus expresivos ojos, pero ya era demasiado tarde.

—¡Te engañé!

Y soltando una carcajada, echó a correr en la otra dirección.

De una zancada la agarró de la falda. La atrajo a sus brazos, le hizo darse la vuelta, se inclinó y la besó con la misma fuerza que lo había incitado a perseguirla. Mientras gemía en su boca, sacó las cuerdas del bolsillo y, pasándoselas por las muñecas, le ató las manos juntas.

—Eh, eso es trampa —protestó ella sin mucha convicción.

—La única regla que recuerdo de este juego es que teníamos que correr.
Suspiró mirándolo, su ojos cargados de deseo.

—¿Te gusta perseguirme? —preguntó, bajando la vista al bulto de sus vaqueros.

—Por extraño que parezca, sí —contestó, tomando el brazo de Jasmine para dirigirse de vuelta a la villa, dando por terminado el juego—. ¿Y a ti te gusta que te persiga?

—Por extraño que parezca, sí.

Y con esas, le guiñó un ojo y echó a correr.

¿Cómo había encontrado a una mujer así, una mujer que encajaba tan bien con él? Nada como eso para que se le calentara la sangre. Esta vez, cuando la alcanzó, la tomó entre sus brazos y la apretó contra su cuerpo.

—Suéltame.

Jasmine se retorció, rozando con los pechos los brazos de Luca, su piel cálida y húmeda contra su torso desnudo.

—Ya no me la vuelves a colar.

Luca la sujetó con fuerza con un brazo mientras la rodeaba con el otro para deslizarle la mano por debajo del vestido. Necesitaba tocarla, comprobar que estaba tan caliente como él por la persecución.

Estaba tan excitada que de su conejito emanaban gotas que bajaban por sus muslos.

Luca dejó escapar un gemido junto a su pelo y hundió los dedos en ella. Jasmine emitió un sonido animal y primitivo que ya le había oído anteriormente al menos en veinte ocasiones. Sabía muy bien lo que significaba.

A Jasmine le gustaba aquello tanto como a ella.

Luca se sintió tentado de tumbarla sobre la hierba y follarla allí mismo. Tenía un preservativo en el bolsillo. Pero la lluvia estaba arreciando y estaban empapados, así que decidió seguir el plan original.

Sacó la mano de entre sus muslos y se llevó los dedos a la boca.

—Sabes muy bien, Caperucita —le susurró junto al oído—. Estoy deseando devorarte.

Las rodillas se le doblaron y él la sostuvo, antes de tomarla en brazos y echársela sobre el hombro.

—¡Suéltame! —exclamó Jasmine, dándole suaves puñetazos en la espalda.

Su resistencia era fingida. Hundió el rostro en su espalda desnuda y comenzó a lamerlo.

Luego lo mordió.

Luca sujetó con fuerza sus muslos contra los hombros mientras recorría con dificultad la distancia que los separaba de la terraza, deleitándose con la sensación de la boca de Jasmine sobre su piel, besos, lamidos y mordiscos. En vez de llevársela al dormitorio principal en donde habían pasado la mayor parte del tiempo, la llevó a la amplia bodega que había debajo de la casa. Hacía fresco y seguramente Jasmine sintiera frío, porque tenía el vestido mojado.

No importaba, enseguida se lo quitaría.

La bodega estaba iluminada con todas las velas que había encontrado en la casa, lo que creaba un ambiente cálido y sexy. Había una mesa para las catas y otra cerca de la chimenea en la que había puesto un edredón grueso. Allí era donde iba a atarla.

Pero antes, el vestido. Buscó la cremallera en su espalda.

—Vaya, me encantan las velas —dijo Jasmine mirando a su alrededor—. Pero ¿cuánto vino necesita una persona?

Aquella bodega era lo que quedaba de cuando la familia de su madre se había dedicado a la producción de vino. Su padre no había querido seguir cultivando uvas allí y quedaban miles de botellas en aquella bodega.

Pero Luca no prestaba atención al vino, solo tenía ojos para Jasmine. Con el pelo mojado sobre la cara y el vestido desabrochado cayéndole por los hombros, era una visión magnífica.

—¡Luca!

—Calla, nada de hablar —le ordenó.

Se quedó mirándolo y una sonrisa se dibujó en sus labios mientras le quitaba el vestido mojado.

—A menos que quieras que te amordace.

Ella se mordió el labio y negó con la cabeza.

—Voy a vendarte los ojos.

Luca se sacó del bolsillo un trozo de tela, que sorprendentemente estaba seco, se lo colocó en los ojos y se lo anudó detrás de la cabeza.

Jasmine no paraba de gemir y Luca tomó una manta extra que había dejado doblada junto a la mesa y le secó el cuerpo. Luego se tomó un momento para dar un paso atrás y mirarla. No podía ver y, con las manos atadas delante de ella, las levantó, buscándolo.

Confiaba en él. Increíble.

Una sensación cálida lo invadió al desatarle la cuerda de las muñecas, tomarla en brazos con manta y todo y dejarla sobre el edredón. Después, le aseguró las muñecas a la rejilla que tenía cerca de la cabeza. La mesa no era lo suficientemente larga para su cuerpo, por lo que a partir de las rodillas las piernas le quedaban colgando. Era perfecto para lo que tenía en mente.

—Ábrete de piernas —le ordenó.

Ella negó con la cabeza.

Aquello no era lo que esperaba. Pensaba que ya había terminado con los juegos, pero al parecer no. Tal vez fuera lo mejor.

—Ábrete de piernas ya.

Un sollozo escapó de sus labios abiertos, pero accedió. El miembro de Luca se irguió y sacó un par de cuerdas más con las que le ató cada tobillo a una pata de la mesa, separándole los muslos aún más.

Verla así atada era más de lo que podía soportar.

—No deberías haber huido. No deberías haberte resistido —dijo con voz grave.

Jasmine se humedeció los labios y siguió respirando por la boca.

—No me has dejado otra opción —continuó Luca y se acercó a la mesa en la que había dejado cuatro botellas de vino—. Ahora, voy a tener que castigarte.

Sus jadeos resonaron en las paredes de piedra.

—¿Quieres saber cómo voy a castigarte?

Se sirvió una copa de la primera botella y volvió junto a ella.

Jasmine movía la cabeza con movimientos circulares, diciendo sí y no a la vez.

Luca se inclinó acercándose a ella, se mojó un dedo en el vino y se lo pasó por los labios.

—Primero, voy a saborearte —le susurró junto al oído, antes de lamerle los labios—. Después, voy a beber de ti.

Derramó un poco de vino sobre sus labios abiertos y, antes de que pudiera tragar, acopló sus labios a los suyos y bebió el vino de su boca.

—Voy a chuparte.

Dejó caer el líquido en el hueco de la base del cuello y se inclinó para chuparlo. Vino y carne, una mezcla deliciosa.

—Y por último —añadió deslizando los dedos desde su garganta, por entre sus pechos y su ombligo hasta llegar al pubis—, voy a comerte.

Era como si Luca le hubiera colocado unos electrodos en sus partes más sensibles, los pezones, el clítoris, la boca y el trasero, y le estuviera descargando miles de voltios de electricidad, porque todo su cuerpo se quedó rígido arrastrado por el deseo.

Nunca se había imaginado que pudiera sentir eso.

La regó con un delicioso vino blanco la boca, la barbilla y los pechos.

—Voy a empezar con un blanco ligero que he comprado en el pueblo. Es fresco, afrutado —susurró y le lamió el cuello antes de dibujar círculos sobre sus pechos—. Exquisito.

Resultaba más excitante teniéndola vendada y atada. Lo único que podía hacer era quedarse tumbada y disfrutar. La presión de su lengua, la calidez de su boca, el roce de sus dientes, la succión...

Oyó que volvía a servir vino, ¿sería de otra botella?, y de nuevo se acercó a ella.

—¿Tienes idea de lo duro que me he puesto solo de perseguirte?

Ella sacudió la cabeza.

Le desató las manos de la rejilla y se las llevó a la entrepierna. Aquello era gigantesco. Luca se las pasó por encima antes de volver a apartarlas con un gruñido. Entonces metió los dedos de Jasmine en el líquido frío antes de metérselos en la boca. Lamió con la lengua sus dedos, antes de succionar con fuerza.

Jasmine sentía su boca cálida y suave. Quería más, pero al ver que se detenía, emitió un sonido de protesta. De nuevo volvió a atarle las manos a la rejilla que tenía sobre la cabeza.

—Creo que tengo que torturarte un poco más —susurró antes de derramar más vino sobre el interior de su brazo y seguir su rastro con la lengua.

Luego dejó caer un poco más sobre sus pechos y comenzó a lamer desde los costados hasta sus pezones erguidos.

Ella jadeó al sentir que le mordisqueaba las puntas que acababa de mojar.

—¿Sabes cuánto te deseo ahora mismo?

—Luca —gimió.

—Calla —dijo él llevándole un dedo a la boca—. Este es un blanco *sauvignon* de esta bodega. Tiene quince años, algunos piensan que demasiados, pero a mí me parece perfecto. ¿Quieres probarlo?

Asintió y, con mucho cuidado, Luca dejó caer un poco de vino en su boca. Aunque hubiera sido vinagre, le habría sabido muy bien. Pero no era vinagre, era el vino más delicioso que había probado jamás.

Luca volvió a apartarse y Jasmine permaneció muy atenta para escuchar lo que estaba haciendo. Sí, servir más vino. ¿Cuántas botellas había dicho? Ya no se acordaba. Se había dejado llevar demasiado por la fantasía de encontrarse retenida en una bodega con aquel salvaje semidesnudo.

La sola idea de verse perseguida hizo que una nueva oleada de sangre invadiera su entrepierna, provocándole una sensación vibrante que la hizo retorcerse.

—Este es uno de los mejores de la finca, un *pinot noir*. Antes había muchas uvas *pinot* en la región. Ahora escasean. Como tú.

Le derramó vino en el vientre y Jasmine sintió cómo se inundaba su ombligo antes de desbordarse por los lados. Luca enseñuida bebió de su piel.

Se estaba acercando tanto a donde quería tenerlo que, a pesar de tener las piernas atadas, Jasmine levantó las caderas, ofreciéndole su cuerpo.

—Ah, mi pequeña prisionera...

Sí, se suponía que debía forcejear, pero bueno, era su fantasía. Podía hacer lo que quisiera y, en aquel momento, lo que quería era incitarlo a que se metiera en aquel hueco entre sus piernas que con tanta ansia deseaba liberarse.

Deslizó los dedos húmedos por su pubis hasta llegar a sus pliegues hinchados y la pellizó. Ella gritó.

—¿Es esto lo que quieres, Jasmine?

Ella se retorció, sintiéndose completamente expuesta con las piernas separadas.

—¿Quieres que te toque aquí, que te eche vino encima y me lo beba de ti?

—Sí, por Dios, sí.

Pero Luca no estaba dispuesto a concederle aquel deseo todavía. Tal vez después de todo no fuera un genio. Le echó vino sobre los muslos, el ombligo, las rodillas y fue chupándolos de abajo arriba, evitando aquel rincón donde más lo deseaba.

—Por favor, Luca —le rogó.

—¿Por favor, qué?

—Por favor, tócame.

—¿Así?

Le pasó el dedo suavemente por el clítoris y ella suspiró frustrada.

—Más fuerte.

—¿Así?

Apartó con el pulgar, moviendo su clítoris en círculos.

—Más, por favor.

Estaba jadeando de placer. Sabía que pronto la sensación sería aún más placentera y, al no poder ver, no sabía qué sería lo que haría a continuación.

Algo grueso y frío comenzó a bajar por su monte de Venus, pasando por su clítoris y sus pliegues, hasta penetrarla con aquel objeto.

—Este es mi vino para los postres. Las uvas se recogen a mano y solo se hace para la familia —explicó y le pasó lentamente la lengua por encima del clítoris—. Es muy raro —añadió y esta vez succionó el clítoris—. Y nunca ha estado tan bueno.

Con las manos en sus muslos, Luca hundió finalmente la cabeza entre sus piernas. Cuánto daría por verlo. Comenzó suavemente, con simples caricias con la lengua, pero por suerte no duró demasiado. Sus dedos se hundieron en su carne mientras la devoraba con su boca, lamiéndola, succionándola, penetrándola...

Jasmine levantó la cabeza de la cama como si fuera a mirar. Aunque no podía ver, suplía la necesidad con su imaginación. El cabello espeso y oscuro de Luca entre sus muslos, las venas de las manos sobresaliendo por la fuerza con la que lo sujetaba... Desde un ángulo diferente, se movió para estimularle el clítoris con la lengua y la buscó con la mirada, sonriendo mientras seguía torturándola con su boca.

Aquella boca era cruel. Lamía, mordía, jugueteaba con sus pliegues y los sujetaba con los dientes mientras le introducía un dedo. Jasmine sintió que un orgasmo estaba a punto de asaltarla, pero por alguna razón, prefería contenerlo. Aquello era maravilloso y no quería que terminara aún.

—Córrete, Jasmine, necesito que te corras —le ordenó y le metió otro dedo.

—No —jadeó, sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Todavía no.

—Sí —dijo Luca moviendo los dedos dentro de ella—. Ahora mismo.

A pesar de los esfuerzos de Jasmine de contener el orgasmo, su cuerpo tenía otra opinión. Las contracciones comenzaron detrás de sus rodillas y se unieron a la presión que sentía en la base de la espalda, contrayendo su abdomen y su trasero, tirando de sus entrañas como si quisiera unir todo el interior de su cuerpo para a continuación hacerlo explotar.

Pero no explotó... todavía.

—¡Luca! —gritó al sentir que el orgasmo se apoderaba de ella.

Él gruñó y dejó lo que estaba haciendo.

¡No!

Entonces sintió que las cuerdas que le sujetaban las piernas se habían aflojado y podía moverse, a pesar de que no quería. Luego fueron sus manos las que quedaron liberadas, pero la venda continuó donde estaba.

La ayudó a levantarse de la mesa, la hizo darse la vuelta y se echó sobre ella.

—Necesito entrar dentro de ti.

Y eso fue lo que hizo, hundirse profundamente en ella.

Eso fue todo lo que hizo falta para que Jasmine estallara. Apenas pudo sostenerse al sentir que su cuerpo explotaba de placer mientras Luca la penetraba desde atrás una y otra vez, cada vez con más fuerza. Y justo cuando pensaba que se estaba recuperando de las sacudidas de su orgasmo, Luca gritó, sujetó con fuerza sus caderas contra las suyas y estalló dentro de ella.

Jasmine no pudo evitar volver a correrse de nuevo.

Capítulo 14

Luca no recordaba un día en el que hubiera disfrutado más. Después de dejar la bodega, se llevó las botellas abiertas a la cocina y prepararon la comida juntos dando cuenta de dos de ellas. Durante la cena, Luca le pidió que le contara alguna fantasía más de aquellas que guardaba tras aquella cara de inocencia.

—Bueno, tengo otra en la que estamos en un lugar público, un museo o algo así.

—¿De verdad? —dijo él, inclinándose para besarle el cuello—. No dejas de sorprenderme.

Estaban sentados en el salón, con el fuego encendido en la chimenea para combatir el frío húmedo de la noche. No había televisión, al menos una que funcionara, y estaban relajados en el sofá mientras Luca leía en voz alta un libro de historias breves. Había elegido una titulada *La Vénus d'Ille*. Jasmine había insistido en que le leyera en francés y que luego se lo tradujera. Oírle le excitaba.

Era una vieja historia sobre una estatua de bronce maldita que, tras cobrar vida, había asesinado a un joven que estaba a punto de casarse ocupando el lugar de su esposa en el lecho conyugal. Acababa con la estatua fundida y convertida en una campana, que había traído la maldición al pueblo con la pérdida de las cosechas.

Al llegar al final de la historia, Jasmine se incorporó para sentarse y frunció el ceño.

—¿Qué clase de historia es esa?

—Es un relato clásico francés.

—Pero es muy trágico.

—No todas las historias tienen un final feliz.

Luca cerró el libro y lo dejó sobre la mesa.

Jasmine tomó su mano y entrelazó sus dedos con los suyos.

—Pues deberían —dijo volviendo la cabeza hacia él.

—No me digas que crees en los finales felices

—Por supuesto.

Estuvo a punto de decir algo sobre el hecho de que su compromiso no hubiera terminado bien, pero se contuvo. En vez de eso, la tomó de la barbilla y la besó. Su optimismo resultaba encantador.

—Luca —dijo después de que se apartara.

Tenía los ojos abiertos de par en par y había un brillo en ellos que por una vez no era de deseo. ¿De qué se trataba, de curiosidad, de preocupación?

—Te he contado todo sobre mí, incluso mis fantasías más secretas — susurró acariciándole los dedos—. Pero todavía no sé nada de ti.

Tenía razón. No le había contado nada, ni quién era ni por qué se estaba escondiendo. Ni siquiera había sido sincero sobre cómo se habían conocido. ¿Por qué, porque todavía temía que lo desenmascarara?

Ya no le daba miedo.

—¿Qué quieres saber?

Jasmine se mordió el labio inferior.

—¿Qué te parece si empezamos por esta casa? ¿De quién es realmente?

—¿Qué quieres decir?

—Sabes donde está todo. Conoces todos los vinos que hay en la bodega, los barcos y los coches del garaje y...

—Tienes razón —la interrumpió—. Esta casa pertenecía a mi madre. Cuando se casó con mi padre, se convirtió en nuestra casa de verano. Todos los veranos venía aquí con ella mientras mi padre trabajaba.

—¿Dónde están tus padres ahora?

—Muertos.

—Vaya, lo siento —dijo apretándole la mano—. ¿Cuándo murieron?

—Mi padre hace un año —respondió mirando las paredes de la casa de su madre como si pudieran escucharlo—. Mi madre murió cuando tenía dieciséis años en un accidente de coche —explicó y volvió la vista hacia Jasmine—. Iba conduciendo yo.

Nunca antes se lo había contado a nadie. Le sorprendió la naturalidad con la que había surgido.

—Oh, Luca, lo siento.

Le tomó la mano que estaba a punto de acariciarle la mejilla y se la sostuvo en alto.

—Mi padre nunca me lo perdonó o, al menos, eso creo. Nunca tuve la oportunidad de preguntarle.

—Luca...

Desde algún lugar del otro extremo del pasillo, sonó un teléfono. Aquel sonido parecía tan fuera de lugar que ambos se sobresaltaron, como si más que un sonido del día a día fuera un mensaje de fantasmas del pasado.

Luca se levantó del sofá y recorrió el pasillo hasta donde había dejado el teléfono en su dormitorio. La llamada saltó al buzón de voz, pero reconoció el número. Era François.

Le devolvió la llamada al momento y percibió alivio en su voz.

—Buenas noticias —dijo François—. Ya puedes dejar de esconderte.

—¿Qué está pasando?

—Los precios están subiendo y hemos conseguido adelantar la fecha de lanzamiento del Legrand Goût des Rubis a mañana. Te necesito en París para la conferencia de prensa. Demuéstrale a la junta directiva que puedes hacerlo y te irá bien.

—¿Una conferencia de prensa? Espera, ¿cómo sabes que no estoy en París?

—Luca, te conozco de siempre. Solo hay un sitio al que irías después del incidente de la semana pasada con los paparazzi.

¿Cómo había pensado que François no sabría dónde estaba? Llevaba décadas trabajando para la familia.

—¿Qué hiciste con la mujer?

Luca miró hacia la puerta.

—Sigue aquí conmigo.

A pesar del silencio, advirtió su desaprobación al otro lado de la línea.

—La conferencia de prensa es mañana a las once. Tendrás que deshacerte de ella antes.

—¿Deshacerme de ella? ¿Qué quieres decir?

—Llévala a la comisaría. Hay una a unas cuantas manzanas del hotel donde celebraremos la conferencia de prensa. Deja que se vaya. No es tu responsabilidad, Luca. No puedes arriesgarte a otro escándalo y mucho menos mañana, ¿lo entiendes?

—Claro —dijo Luca, aunque no acababa de entender cómo Jasmine podía ser un escándalo.

Colgó el teléfono y permaneció un momento en la oscuridad silenciosa de la habitación. Aquellas eran buenas noticias. Debería sentirse eufórico; podría volver a su vida normal una semana antes de lo esperado. Aun así, no se alegraba.

La semana había sido increíble. Jasmine era increíble. Pero aquello no era real. Era lo que le había intentado explicar veinte minutos antes. En la vida real no había finales felices. La vida no era más que una combinación de hechos, algunos felices, otros tristes y la mayoría ni fu ni fa.

¿Y entonces?

Todo tenía un punto final.

A pesar de que aquella semana había sido una de las más felices que había conocido, como todo en la vida, tenía que terminar.

La iba a llevar de vuelta a París. Después de pasar el mejor día de su vida, todo iba a acabar.

Después de la llamada, Luca había vuelto y le había explicado que tenía que regresar a París y que había llegado el momento de que ella también recuperara su vida. Aquella existencia de cuento de hadas había llegado a su fin. Luego la había tomado de la mano, la había llevado al dormitorio y le había hecho el amor una última vez.

En algún momento de la noche se había levantado y se había ido a dormir a la otra habitación, dejándola sola.

—¿Qué esperabas, Jazz? —se preguntó, acariciando el lado vacío de la cama—. ¿De veras pensabas que te invitaría a quedarte? ¿Acaso pensabas que era algo más que una aventura?

«Sí».

Así era. La noche anterior, antes de la llamada, Luca había confiado en ella por fin. Por un breve instante, había considerado la idea de compartir la vida con él. Era una romántica empedernida. Había estado viviendo en un mundo de fantasía y, aunque ese mundo era mucho mejor que cualquiera que pudiera construir en su imaginación, no cambiaba el hecho de que no era real y nunca lo había sido.

Sin apenas haber dormido, Jasmine decidió levantarse nada más asomar el sol por entre las cortinas. Había llegado el momento de enfrentarse al día que

había esperado que nunca llegara. Se duchó y se fue a la cocina para empezar a preparar el café. Había una vieja cafetera que hacía muy buen café.

Miró a su alrededor en la cocina: armarios viejos, una antigua cocina de gas, una nevera poco mayor que la que tenía en su casa...

Su hogar, ¿dónde demonios estaba su hogar?

No tenía.

Había vivido con Parker dos años de los tres que había durado su relación y, aunque su ático era ultramoderno con todas las comodidades que se podía pedir, se sentía más a gusto en aquella cocina de lo que se había sentido en Chicago.

—Ha debido de ser por hablar tanto de sexo —murmuró para sí mientras encendía otro quemador para freír unos huevos.

Luca tenía razón. Había llegado el momento de retomar su vida y enfrentarse a lo que había pasado en Chicago. Había llegado el momento de encontrarse consigo misma.

Un ruido al otro lado del pasillo le hizo darse la vuelta. Luca estaba en la puerta de la cocina.

—La barba. Te la has afeitado.

—Sí.

Pero era más que su rostro recién afeitado los que le hacía parecer diferente. Era la primera vez que le veía peinado con sus rizos oscuros hacia atrás. Llevaba vaqueros limpios y una camisa recién planchada. Apenas había rastro de aquella bestia tan sexy que la había perseguido y capturado el día anterior.

Excepto sus ojos.

En aquellos ojos azules que había llegado a adorar había un abismo que le decía todo lo que necesitaba saber sin necesidad de que dijera nada.

El cuento de hadas se había terminado.

Se volvió para seguir friendo los huevos. No quería que Luca viera la emoción que seguramente se adivinaba en su cara. Mientras, él cortó embutido y queso, y sirvió zumo de naranja. Se sentaron y comieron en silencio. Fue mientras limpiaban los platos, en aquella rutina que se había vuelto tan familiar, que Luca habló por fin.

—He dejado la bolsa sobre la cama para que puedas recoger tus cosas. Nos vamos en media hora.

Jasmine se limitó a asentir.

La bolsa de cuero que Luca había llevado desde París estaba abierta encima de la cama. Tomó una pila de ropa de un cajón y fue dejando todo junto a la bolsa. Luego la abrió y a punto estaba de empezar a meter sus cosas cuando vio la cartera de Luca al fondo. Se volvió hacia la puerta abierta y se acercó de puntillas para cerrarla.

¿Estaría bien husmear a aquellas alturas del juego?

Tal vez.

Pero a Jasmine no le importaba. En un par de horas, no volvería a ver a Luca nunca más. Abrió la cartera por las ranuras que contenían sus documentos. En la foto del carné de conducir aparecía la versión del Luca afeitado que había conocido aquella mañana. También había tarjetas de crédito, muchas. Las fue sacando de una en una antes de volver a guardarlas en su sitio. Luego, volvió a estudiar la foto del carné de conducir.

Algo no encajaba.

Luca Legrand. ¿Legrand? ¿No le había dicho que se llamaba Deschamps? Volvió a comprobar las tarjetas de crédito. En todas figuraba el nombre de Luca Legrand. ¿Por qué demonios le había mentido sobre su apellido? Aquello no tenía sentido.

Abrió el compartimento de billetes y vio que llevaba miles de euros. ¿Por qué necesitaba llevar tanto metálico teniendo todas aquellas tarjetas de crédito? Un momento, ¿qué era el bulto que había al fondo de la cartera?

Jasmine miró dentro y se encontró con un anillo. Su anillo de compromiso.

¿Por qué tenía Luca su anillo de compromiso?

¿Quién demonios era?

Luca encontró a Jasmine en la puerta de la villa. Llevaba la misma ropa que el primer día y tenía la bolsa de cuero a los pies. Lo miraba con una extraña expresión.

—¿Estás lista?

Vaya pregunta estúpida. Era evidente que lo estaba esperando.

—¿Luca? —dijo acercándose a él.

—¿Sí?

—¿Qué pasó el día que me encontraste?

Su pregunta lo tomó por sorpresa. Hacía días que no habían hablado de eso. Luca volvió a contarle la misma historia de cómo la había encontrado en la

calle.

—¿Estás seguro? —preguntó, mirándolo a los ojos como si lo estuviera poniendo a prueba.

—Claro que estoy seguro. ¿Por qué?

—Es curioso. Recuerdo vagamente haber intentado vender un anillo mío —dijo volviendo la cabeza para mirarlo—. Me estaba preguntando si sabrías algo de eso.

Se había olvidado completamente del anillo. ¿Dónde lo había guardado? ¿En la cartera quizá? Luca no se acordaba. Miró la hora. Eran las ocho y media. Tardaría dos horas en llegar a París, con lo que apenas tendría tiempo libre antes de la conferencia de prensa. No tenía tiempo para hablar de aquello, teniendo en cuenta que tendría que darle una larga explicación. Una vez su vida volviera a la normalidad, buscaría a Jasmine y le devolvería el anillo de forma anónima.

Pero en aquel momento tenían que irse.

—Lo siento —dijo tomando la bolsa de viaje y echándosela al hombro—. No sé nada del anillo.

Le hizo un gesto para que saliera por la puerta y cerró con llave después de salir. Una vez llegaron hasta la moto, le dio el casco y se puso el suyo. Ella hizo lo mismo sin pronunciar palabra y cuando se subió, se agarró a su chaqueta de cuero, no a él.

Las dos horas de vuelta hasta París transcurrieron sin incidentes, aparte de las carreteras mojadas por la tormenta del día anterior. Fue un viaje muy diferente al de ida. No había pasado ni una semana y parecía que hacía una eternidad.

En la salida de Nemours Luca redujo la velocidad y le preguntó a Jasmine si quería que pararan, pero al decirle que no con la cabeza, continuó el camino. Llevaba todo el camino callada, si bien era cierto que montando en moto apenas se podía hablar, pero se la veía diferente, distante.

Bueno, él también.

Incluso cuando tomó la avenida de la Grande Armée, que llevaba a la famosa rotonda que rodeaba el Arco del Triunfo, Jasmine permaneció en silencio. Apenas se sujetaba a él.

No debería importarle, en cuestión de minutos se despediría de ella. Pero sí le importaba.

Tomó la avenida Kléber hasta la calle Longchamp. La comisaría del distrito

XVI estaba a dos manzanas al este. Luca detuvo la moto al llegar al edificio.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Esto es una comisaría. Voy a dejarte aquí.

Luca puso la pata de cabra, se sacó el casco y se bajó de la moto. Luego se quitó la bolsa de viaje del hombro y, después de sacar la cartera, se la dio a Jasmine, que también se había bajado de la moto. Se había quitado el casco y la cazadora de cuero que le había prestado. Tomó la bolsa y la abrazó contra el pecho, como si fuera un escudo.

—¿Así que aquí acababa todo, no? —dijo y le tembló el labio inferior—. ¿No tienes nada más que decirme?

¿Qué demonios debía decir? ¿Que sentía algo por ella? ¿Que no quería dejarla marchar pero que tenía que hacerlo para poder seguir con su vida? ¿Que esa última semana había sido la mejor de su vida?

Luca sacudió la cabeza.

—*Non*, no tengo nada que decir.

El rostro de ella se ensombreció.

—Jasmine, por favor, compréndelo —dijo tomándola del brazo—. No soy quien crees.

Trató de soltarse, pero él se lo impidió.

—¿Y quién eres?

—Eso no importa. ¿Y tú? Tú eres...

Demonios, ¿qué podía decirle? ¿La verdad?

—Jasmine, tienes una capacidad excepcional de amar. Busca a alguien que te merezca.

Fue el comentario más sincero que fue capaz de hacer. ¿Y qué obtuvo a cambio? Una sonora bofetada.

Volvió a tomarla de la mano después de perder ligeramente el equilibrio. Pero ¿con qué intención? ¿Para aclarar las cosas, para explicarse?

—Suéltame.

Jasmine forcejeó, pero no la soltó.

De repente, empezó a salir gente corriendo de la comisaría. Los agentes de policía iban armados y Luca reaccionó atrayendo a Jasmine entre sus brazos.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella.

—No lo sé.

Unos cuantos agentes más, unos diez en total, los rodearon. Todos iban armados y los estaban apuntando. ¿Qué demonios...

—*Laissez-la partir* —gritó un oficial.

—¿Luca?

Presa del pánico, buscó sus ojos.

—Está bien —la tranquilizó, aunque a él mismo le costaba creer que todo iba bien.

—Luca Legrand, *laissez-la partir, maintenant!*

—Vete hacia ellos —le dijo lo más tranquilo posible.

Apartó los brazos de ella y la empujó suavemente hacia el oficial que estaba más cerca. Preocupada, Jasmine se volvió para mirarle antes de apartarse lentamente. El oficial se abalanzó para cubrirla y se la llevó.

Lo que vino después sucedió tan rápido que Luca apenas pudo asimilarlo. Los agentes saltaron sobre él y lo tumbaron boca abajo en el suelo. Tenía una rodilla contra la espalda y enseguida sintió el frío de unas esposas en las muñecas.

—Luca Legrand —dijo una voz autoritaria—, queda arrestado por el secuestro de Jasmine Sweet.

Capítulo 15

Nada de aquello tenía sentido. Estaba completamente rodeada en medio de aquel caos y no entendía el idioma en el que hablaban.

Lo siguiente que supo Jasmine fue que la estaban escoltando al interior de la comisaria, donde más oficiales esperaban.

—¿Qué pasa? —preguntaba una y otra vez.

Nadie le respondió hasta que se acercó una mujer vestida de uniforme con una mirada comprensiva.

—¿Jasmine? —le dijo—. Mi nombre es Danielle. Por favor, ¿puede venir conmigo?

Le ofreció su mano como si esperara que se la tomara.

—¿Adónde vamos?

—A algún sitio tranquilo. Su voz grave resultaba tranquilizadora y Jasmine la siguió hasta una habitación en la que esperaban dos oficiales sentados.

—Por favor, siéntese —dijo Danielle, indicándole una de las dos sillas vacías—. Antes de nada, queremos decirle que estamos muy contentos de haberla encontrado sana y salva.

Jasmine frunció el ceño.

—¿Estaba perdida?

—Sí, la hemos estado buscando. Su familia ha estado muy preocupada.

Su familia. Había querido mandarles un correo electrónico a sus padres, pero se había olvidado por completo. O más bien, se ha sido distraído por aquel sexo tan alucinante... con un hombre que había resultado ser un imbécil insensible.

—¿Puedo hablar con ellos? Necesito hablar con ellos.

—Por supuesto, pero antes responda algunas preguntas, ¿de acuerdo?

—Está bien, pero... —dijo Jasmine y su mirada viajó de la mujer a los

hombres—. ¿Saben lo que me ha pasado?

Tal vez por fin obtendría respuestas sobre el robo y la contusión.

La agente miró a los hombres, haciéndoles una señal. Jasmine no tenía ni idea de lo que significaba.

—Sus pertenencias fueron entregadas a la policía hace más de una semana.

—¿Pertenencias?

Aunque la mujer le hablaba en su idioma, no acababa de entender lo que le estaba diciendo.

—Su bolso, con su pasaporte, su documentación, dinero y llave de hotel.

—¿Han encontrado mi bolso? —dijo Jasmine irguiéndose.

Se sentía aliviada. Ya no tendría que llamar a Parker para pedirle sus documentos.

—Sí.

La agente continuó explicándole cómo la policía, al ponerse en contacto con el hotel para devolverle las pertenencias encontradas en la escena del robo, había descubierto que no había regresado. Gracias a los datos de su pasaporte, habían contactado con sus familiares más cercanos. Al comprobar que no sabían nada de ella, habían pasado a considerarla una persona desaparecida.

—Se ha convertido en un incidente diplomático.

—¿En serio?

—Sí —contestó la mujer—. Y ahora, hablemos de Luca Legrand.

Jasmine ya se había imaginado que Luca tenía problemas con la ley, pero aquello parecía mucho más serio de lo que había supuesto. ¿Qué había hecho?

Entonces, recordó lo que había encontrado en su cartera.

—¿Todo esto es por el anillo? ¿Acaso Luca estaba implicado en el robo?

—¿El robo? —repitió la agente sacudiendo la cabeza—. Luca Legrand es el heredero del imperio Legrand, valorado en billones. Dudo que haya tenido algo que ver con un robo.

Jasmine se quedó boquiabierta. ¿Billones?

La mujer ladeó la cabeza y se volvió hacia el hombre que estaba tomando notas.

—Claro que teniendo en cuenta de quién se trata, ¿cómo estar seguro de nada? —comentó, dirigiéndose a sus compañeros.

Uno de ellos, el que estaba tomando notas, le pasó el papel antes de que salieran de la habitación.

Una vez la puerta se cerró, Danielle extrajo un sobre de un montón de

papeles y sacó un puñado de fotos que colocó delante de Jasmine.

—¿Puede identificar al hombre de esta foto?

—Sí —respondió Jasmine lentamente observando una foto promocional del circuito del Gran Premio—. Es Luca. Me mintió sobre su apellido, pero vi su documentación. Es Luca Legrand.

La mujer asintió con la cabeza.

—¿Ha estado con *monsieur* Legrand desde su desaparición?

—Sí, pero...

—¿La ha tenido cautiva?

—No.

La agente desplegó una serie de fotos sobre la mesa.

—Necesito que me describa lo que está pasando en estas imágenes.

Jasmine se acercó a las fotos y las fue observando una a una hasta que hubo visto las doce. Las imágenes no eran nítidas porque habían sido captadas durante la tormenta del día anterior y mostraban una historia sórdida. ¿Quién demonios las había tomado? ¿Y cómo se había hecho con ellas la policía? Se trataba de una secuencia fotográfica. Luca persiguiéndola y alcanzándola, sujetándola, atándola, ella tratando de escapar, Luca persiguiéndola de nuevo... Incluso había una foto llevándola a cuestas sobre su hombro hacia la casa.

—Mire, esto no es lo que parece —dijo Jasmine.

—Ya —replicó la mujer apilando de nuevo las fotos—. Creo que esto es exactamente lo que parece —dijo dándole una palmada en la mano—. Es muy común desarrollar cierta... —añadió y se detuvo para buscar la palabra adecuada—, afinidad con un secuestrador.

—Luca no me secuestró.

—*Mademoiselle*, sé que eso es lo que parece. Los hombres como *monsieur* Legrand resultan encantadores, pero...

Danielle esbozó una sonrisa cómplice.

Jasmine se llevó las manos a las sienes y se acarició la zona dolorida.

—Por favor, necesito explicarme.

—Por supuesto. Quiero que me cuente exactamente lo que pasó y quiero que lo haga desde el principio.

Luca no tenía idea de cuánto tiempo había pasado en la sala de

interrogación. La policía le había confiscado el reloj y el resto de sus cosas. Después de que le mostraran las fotos, se había quedado tan sorprendido que no había podido responder a ninguna pregunta.

¿Quién había tomado aquellas fotos? ¿Cómo diablos lo habían encontrado? ¿Qué podía hacer?

Cuando por fin había recuperado la voz, había repetido su historia unas cincuenta veces a la policía. Les había explicado que Jasmine era una turista con la que se había encontrado después de que sufriera un accidente. Él se había limitado a ayudarla y habían estado de acuerdo en todo. Aquello no era más que un gran error.

Pero no le creyeron.

Por fin llegó François. Se sentó frente a Luca, que parecía diez años mayor que la última vez que lo había visto.

—Tenemos que dejar de vernos así —dijo Luca tratando de quitarle hierro al asunto.

—Ni siquiera sé qué decir —replicó François.

—Dime que hablarás con Jasmine, que aclararás las cosas y que me sacarás de aquí.

Por toda respuesta, François arqueó una ceja y a continuación sacudió la cabeza con tristeza. Tomó las fotos que seguían en medio de la mesa y las fue revisando una a una, despacio.

—No es lo que parece —dijo Luca para llenar aquel tenso silencio.

François levantó la mirada y se quitó las gafas para limpiarlas.

Antes de que Luca pudiera añadir algo más, alguien llamó a la puerta y François se levantó para abrirla. Un oficial se quedó fuera y le dijo algo en voz baja al abogado. Luca oyó que mencionaba el nombre de Jasmine, pero no escuchó nada más.

Cuando terminó la conversación y François volvió a la mesa, Luca se dio cuenta de que la puerta se había quedado abierta.

—No va a presentar cargos —dijo François, como si fuera algo malo.

Luca se levantó.

—Entonces, todo ha terminado.

—No, no ha terminado —intervino François—. Las fotos fueron enviadas por alguien anónimo. Es imposible que no se filtren a la prensa. Independientemente del resultado de la investigación, el público ya te ha condenado. Ya no sé qué más puedo decirte. Se ha acabado, Luca, nos has

arruinado —dijo el abogado antes de levantarse y dirigirse hacia la puerta—. Ah, esa mujer americana quiere hablar contigo. Enseguida la traerán.

Luca se puso de pie, pasándose una mano por la cara. ¿Cómo era posible que las cosas se hubieran complicado tanto? Solo había una posibilidad: le habían tendido una trampa, otra vez, y solo había un hombre capaz de hacerlo: Marcel.

Luca dio una patada a la pared justo cuando la puerta se abría. Jasmine apareció acompañada de una agente.

—Me gustaría hablar con él a solas, por favor —le dijo Jasmine a la mujer.

—No creo que...

—Por favor.

—De acuerdo, me quedaré fuera si me necesita.

Por el tono de la mujer, era evidente que no le gustaba la idea de que Jasmine se quedara en una habitación a solas con él. A la vista de las fotos, no podía culparla.

—Jasmine —comenzó Luca—. Gracias por...

—¿Por qué me mentiste? —lo interrumpió, mirándolo enfurecida.

—¿Sobre qué?

Ella echó la cabeza hacia atrás y rio sin una pizca de humor.

—A ver: sobre tu nombre, sobre quién eres realmente, sobre esto...

Se metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo.

—Jasmine, deja que te explique. Por favor.

—Has tenido tiempo suficiente para explicarte —dijo paseando por la habitación—. Te pregunté por el anillo esta mañana y me mentiste a la cara —añadió, deteniéndose ante él y entornando los ojos—. ¿Por qué? ¿Acaso fuiste tú el que atracó la tienda y me golpeó y luego intentaste ocultarlo llevándome lejos?

—No, eso no es lo que pasó.

—Entonces, por última vez, cuéntame la verdad sobre lo que pasó. Tienes dos minutos o presentaré cargos por robo.

Luca comenzó poco a poco a explicarle cómo había evitado el atraco aquel día. Lo había seguido fuera de la tienda sin que supiera por qué y se había desmayado. Más tarde había encontrado el anillo y había pensado devolvérselo. No le había contado la verdad porque se había visto salpicado por escándalos anteriores y corría el riesgo de perder la fortuna familiar. Había tantos detalles que su explicación resultaba confusa. Todo resultaba

demasiado vago.

—¿Así que tu nombre es Luca Legrand y eres el heredero del imperio del champán Legrand?

—Sí, ¿has oído hablar de mí?

—La policía me ha estado explicando muy amablemente unas cuantas cosas —respondió acercándose a él y le dio un golpe en el pecho—. Lo que no han sido capaces de explicarme es por qué no me dijiste la verdad.

Nunca la había visto enfadada.

—Jasmine, no podía contarte la verdad. Tenía que mentir.

—Eso es mentira.

—No lo entiendes. Tenía miedo de que...

—¿De qué? ¿De qué demonios tenías miedo?

—De esto —dijo dibujando un círculo con el brazo para englobar la habitación, las fotos, la comisaría en general—. Tenía miedo de que algo como esto ocurriera. Todo estaba en juego: mi reputación, mi herencia, todo. Y teniendo en cuenta lo que me ha pasado este año, no podía confiar en nadie, ni siquiera en ti.

—¿Y no sirvió para nada que te lo contara todo sobre mí? —preguntó dándole un empujón—. Te confié mis secretos, incluso dejé que me ataras, por el amor de Dios. Pero tú no podías ni decirme tu verdadero nombre.

—Jasmine...

Ella dio un paso atrás e inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Sabes una cosa, Luca? No eres mejor que Parker. Me has usado para no perder tu fideicomiso —dijo cerrando los ojos, y levantó la barbilla.

—No te he usado.

—¿Ah, no? ¿Acaso no usaste mi cuerpo para satisfacer tu propio placer? ¿No te aprovechaste de mi compañía para hacer tu exilio más agradable?

Luca estaba harto de tantos malentendidos.

—¿Me estás acusando de usarte? —gruñó, llevado por la frustración—. ¿Qué me dices de ti? Me chantajeaste para que accediera a llevarte conmigo a la villa. Apareciste desnuda mientras me duchaba. Fuiste tú la que me pidió que le hiciera todas esas cosas —dijo tomándola de los hombros—. Yo no te pedí nada de eso, Jasmine, fuiste tú.

Jasmine se quedó con la boca abierta.

—¿Me estás diciendo que me hiciste un favor? —preguntó lentamente—. ¿Que me follaste porque te daba lástima?

Le tembló el labio.

La furia de Luca desapareció nada más ver sus ojos llenos de lágrimas.

—No, no es eso lo que estoy diciendo.

Jasmine se apartó, alzando las manos, como si estuviera delante del mismo diablo.

—Eres más cabrón que Parker.

Se dio media vuelta y se fue a la puerta, golpeándola con el puño para llamar la atención de la agente.

—Jasmine, espera. Lo siento.

Salió y cerró dando un portazo. Fue entonces cuando Luca se dio cuenta de algo: no quería que Jasmine pensara como todo el mundo que era un desastre. Quería volver a la villa, al momento en que le había mirado como si fuera el hombre más increíble del mundo.

Y, por encima de todo, Luca se dio cuenta de que no le importaba perderlo todo. Lo único que le importaba era no perder a Jasmine.

Capítulo 16

Cuando Jasmine volvió a Estados Unidos, voló directamente a casa de sus padres. No tenía pensado quedarse demasiado, solo hasta que pusiera orden en su vida. También había vuelto a casa para esconderse. Su sexaventura francesa había aparecido en toda la prensa internacional. Primero en Europa debido a la fama de la familia Legrand y luego al otro lado del Atlántico, cuando se había sabido que había una americana involucrada. Las fotos en las que Luca la perseguía y luego la llevaba en brazos habían aparecido en las redes sociales y, como nadie conocía la verdadera historia, cada uno había interpretado como había querido lo que se veía en las malditas imágenes. Cada día aparecían nuevos comentarios en los blogs, a cual más ofensivo. Si pensaba que su relación con Parker había sido humillante, estaba completamente equivocada. Ahora entendía a la perfección el verdadero significado de la palabra humillación. Eso hacía que hablar con Parker fuera más soportable. Por fin se había atrevido a llamarlo y pedirle que le mandara sus cosas, y tenía que admitir que se había mostrado complaciente. Al menos, no le había sugerido que arreglaran las cosas entre ellos. Le había ofrecido devolverle el anillo. Al principio se había negado, pero había insistido.

Jasmine tenía que arreglárselas sola. Nada de confiar en los hombres. Lo cierto era que hacía tiempo que había dejado de estar enfadada con Parker. Luca había contribuido a ello. Le había hecho sentir cosas que no creía que fueran posibles. Solo estaba enfadada consigo misma. Se había enamorado de hombres que la habían engañado.

Tenía miedo de que su infamia afectase sus perspectivas profesionales, pero había conseguido un empleo en el primer salón de belleza en donde lo había solicitado. Una vez se supo quien era, la esclava sexual de Luca Legrand, todas sus horas habían sido reservadas para los siguientes seis meses. Así que

el lado positivo de su deshonra era que tenía el sueldo garantizado y que podría dejar la casa de sus padres antes de lo que pensaba.

Cuando llevaba dos semanas trabajando, una de sus compañeras se acercó a ella mientras le cortaba el pelo a una señora de edad avanzada.

—¡Jasmine! Ese tipo que te secuestró está en la tele. Ven a verlo.

Había dejado de dar explicaciones a la gente sobre su supuesto secuestro.

Cuando Jasmine dobló la esquina de donde estaba la televisión, una de las chicas subió el volumen justo cuando Luca se situaba delante del micrófono en lo que parecía ser una conferencia de prensa.

—Dios, qué guapo. No me importaría que me secuestrara.

Luca hablaba en francés y una voz femenina lo iba traduciendo. Empezó hablando de la venta de una botella de champán por medio millón de euros a un coleccionista. El hombre que la había comprado se levantó con la botella y saludó con una inclinación de cabeza en medio de una nube de cámaras.

Una vez que cesó el clamor, se hizo el silencio. Luca se quedó pensativo, como si estuviera sopesando sus palabras. Luego siguió hablando. A la traductora pareció pillarla por sorpresa y tuvo que darse prisa para no perder ripio.

—La bodega de champán Legrand lleva muchos años siendo dirigida por distintas generaciones de Legrand y, aunque soy el último, voy a dimitir como presidente. Anunciaré a mi sucesor lo antes posible.

Las cámaras de fotos se dispararon y se hizo un gran barullo ante los comentarios de los periodistas.

Jasmine frunció el ceño.

Luca estaba renunciando a sus privilegios como heredero. ¿Por qué?

Entonces, Luca levantó una mano para pedir silencio, y dejó de hablar en francés.

—Y ahora, tengo un mensaje para Jasmine Sweet.

Las mujeres que la rodeaban exclamaron sorprendidas.

—Silencio —dijo Jasmine—. No puedo oír.

Alguien subió el volumen, mientras Luca continuaba hablando.

—Jasmine, hay muchas cosas que lamento. Siento que seas el centro de todo este revuelo mediático. Me arrepiento de haberte mentido y de algunas cosas que te dije.

Los flases se dispararon en su cara y se volvió un momento antes de continuar.

—Pero hay muchas cosas de las que no me arrepiento. Nunca lamentaré el tiempo que pasamos juntos y mucho menos lo que hicimos. Y, por encima de todo, si hay algo de lo que no me arrepiento en absoluto es de haberme enamorado de ti.

La peluquería se quedó en silencio. Todos los ojos se volvieron hacia ella.

La rueda de prensa fue una pesadilla, incluso peor que las dos últimas semanas con los paparazzi persiguiéndolo. No podía creer lo que acababa de hacer. Aun así, sentía una extraña confusión después de anunciar que dejaría de dirigir el negocio familiar.

No lo tenía planeado. Se suponía que debía comparecer y presentar al comprador de la botella de una antigua cosecha. En el último momento había aprovechado la conferencia de prensa para decirle a Jasmine que lo sentía y que la amaba. Estaba seguro de que así le haría caso. Mientras estaba en el estrado pensando en ese amor y en todas las cosas que quería ofrecerle, se dio cuenta de que ella era su prioridad en aquel momento. Incluso por encima del legado de su familia.

No quería que se viera envuelta en las maquinaciones de Marcel y solo había una manera de conseguirlo: dimitiendo.

Así que había decidido hacerlo en televisión antes de que cambiara de opinión. Ya no había razón para que Marcel convirtiera su vida y por ende la de Jasmine en un infierno.

La idea de que Marcel se erigiera triunfante debería haberlo enfurecido, pero solo sentía alivio.

Luca acababa de entrar en su despacho cuando Marcel apareció.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó con voz furiosa.

Luca estaba demasiado cansado para discutir con su hermanastro.

—Me has ganado todas las partidas. Quédate con el puesto, es tuyo. Y si quieres impugnar el testamento, adelante.

—¿De qué estás hablando?

—Sé lo que has estado haciendo: organizar escándalos, hacer que los *paparazzi* me sigan... Has ganado, Marcel. Al menos, sé elegante en la victoria.

Marcel sacudió la cabeza.

—Luca, no sé qué piensas que he hecho, pero no es mi intención hacerte

daño.

—Claro que sí. Sabías que la junta directiva quería que fueras tú el que dirigiera la compañía y la única manera de hacerlo era impugnando el testamento. Acabamos de ahorrarnos mucho tiempo y dinero en abogados.

—¿De qué estás hablando? Nuestro padre quería que tú llevaras la compañía. Es tuya, Luca. Conmigo ha sido muy generoso.

Luca se quedó mirando al hombre al que culpaba de su infortunio. Lo que más le sorprendía era lo sincero que parecía.

—Pero si no lo hiciste tú, ¿quién podría...?

Justo en aquel momento, François entró en la habitación con la prometida de Marcel, Lydia Fournier. Luca se dio cuenta de por qué le sonaba el apellido. Aquella mujer usaba el apellido de su madre.

Y su madre era la exesposa de François.

Lydia Fournier era la hija distanciada de François. Aunque a la vista de aquel panorama, no parecían estar tan distanciados.

—Fuiste tú —dijo Luca, dirigiéndose a François—. Tú eres el único que ha sabido durante todo este tiempo dónde estaba. Has sido tú —afirmó sin poder salir de su asombro.

Lydia ahogó una exclamación a la vez que soltaba el brazo de su padre, y se quedó mirando sorprendida a los dos hombres.

Luca se dio la vuelta y empezó a deambular, pasándose las manos por el pelo.

—Confiaba en ti y me has traicionado.

—Estás equivocado —dijo François con una inquietante calma—. Eres tú el que ha traicionado el nombre de la familia. Yo solo quería que el mundo te viera como eres realmente.

—Dios mío, ¿por qué querrías hacer algo así? —preguntó Luca dando un paso atrás, como si François lo hubiera empujado.

—¿Sabes lo que he hecho por esta compañía? He dedicado muchas horas a ella, he sido la mano derecha de tu padre durante treinta años, renuncié a mi familia por la tuya. Mi esposa me dejó, mi única hija me retiró la palabra durante años —farfulló y se ajustó las gafas—. Entonces apareciste tú, Luca Legrand, el hijo pródigo que nunca había movido un dedo por la campaña. Ibas a destruir todo por lo que siempre había trabajado, todo lo que había sacrificado. No podía permitir que eso ocurriera —añadió sacudiendo la cabeza—. Así que decidí destruirte a ti.

—¡Papá! —exclamó su hija, y se abrazó a Marcel. —Lo hice por ti, Lydia.
Ella sacudió la cabeza y se aferró a Marcel, que miraba al abogado sin dar crédito.

—François —dijo Luca—. Estás despedido.

—No puedes despedirme. Ya no estás al mando.

—François —intervino Marcel dando un paso al frente—. Estás despedido.

Habían pasado tres días desde que había visto a Luca por televisión y no había podido dejar de pensar en él. ¿La amaba? ¿Cómo era posible?

¿Lo amaba ella?

«Sí, claro que sí, boba».

—No puedo creer que haya renunciado a tanto dinero por ti —dijo su amiga Ashley por FaceTime—. Es muy romántico. Estamos hablando de miles de millones de dólares.

—No creo que haya renunciado a eso por mí. Estoy segura de que se ha visto obligado.

—Bueno, no creo que nadie lo obligara a confesarte su amor delante de millones de espectadores en todo el mundo —comentó Ashley arqueando las cejas.

—¿No tienes que dar a luz un bebé?

Ashley bajó la cámara para mostrar su abultada barriga.

—Sí, salgo de cuentas en tres días. Estoy a punto de explotar —dijo y volvió a colocar la cámara en su sitio—. Y no cambies de tema. ¿Cuándo vas a volver a Francia para buscar a ese hermoso neandertal?

Tocó la pantalla de su teléfono y al instante apareció un mensaje en el de Jasmine. Era una foto de Luca llevándola echada sobre su hombro. En ella aparecían vestidos de cavernícolas, junto a la leyenda: *Luca Legrand y sus citas a la vieja usanza*.

—Muy divertido —dijo Jasmine—. Creo que no quiero seguir siendo tu amiga.

—No te va a quedar otra. Vas a ser la madrina de mi bebé. Anda, contesta mi pregunta.

—No voy a volver a París. Aquí en Denver tengo un buen trabajo y no necesito que un hombre cuide de mí.

—Pero bien que te cuido, ¿eh? Todas tus necesidades estuvieron muy bien

atendidas, ¿o no?

—Ya está bien, mente calenturienta. Me tengo que ir a trabajar. ¡Adiós!

Terminó la llamada antes de que Ashley siguiera indagando en sus sentimientos. Se sentía confusa.

Durante el descanso Jasmine fue a la cafetería de al lado de la peluquería para comprarse un bocadillo y cuando volvió, la recepcionista la llamó.

—Ha llegado un paquete para ti, Jazz —le dijo sonriente, mirándola con curiosidad.

Jasmine se llevó el paquete al cuarto de los empleados y lo abrió mientras tomaba su almuerzo. Era una caja rectangular de madera del tamaño de una pequeña tostadora con una pestaña que se deslizaba. No había ninguna marca en la caja. Dentro había algo brillante y pesado. Lo sacó. Era una lámpara de aceite como la que había visto en París aquel fatídico día. Dio la vuelta a la caja para ver si traía alguna tarjeta. Nada.

Después de terminarse el bocadillo, se lavó las manos y volvió a su puesto. Había un hombre con el pelo largo hasta los hombros y una cazadora de cuero sentado de espaldas. Se detuvo en seco. Conocía muy bien aquella cazadora.

Luca.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —preguntó, sintiendo una mezcla de alivio, rabia, sorpresa y placer.

Él se volvió en el asiento. Se le había olvidado lo azules que eran sus ojos. Bueno, no se le habían olvidado, solo que eran mucho más intensos en la vida real que en su imaginación.

—Necesito un corte de pelo.

Jasmine se acercó un par de pasos y tomó las tijeras de una bandeja.

—¿Confías en mí con un objeto tan peligroso en la mano?

—Por supuesto que confío en ti —contestó con una rotundidad que le hizo sentir un cosquilleo en las mejillas.

—Muy bien, voy a cortarte el pelo. Pero eso es todo.

—Es lo único que pido.

Tardó veinte minutos en completar la tarea. No supo si habían sido los veinte minutos más largos o más cortos de su vida. Olía tan bien y estaba tan cerca que los recuerdos la asaltaron y le costó mantenerse concentrada.

—Ya está —dijo sacudiéndole los hombros.

Se le había olvidado los hombros tan anchos y fuertes que tenía.

—Ahora pareces menos neandertal.

Recordó la foto que Ashley le había mandado aquella mañana y contuvo la risa.

—¿Has recibido mi paquete?

—¿La lámpara? Sí. ¿Estás aquí para concederme un deseo? Porque ya no quiero más.

Luca se levantó. Otra cosa que se le había olvidado era su altura. Era imponente y muy guapo.

Se quedó sin aliento.

—No, no estoy aquí para conceder deseos. He venido para pedirte tres deseos.

—¿Por qué demonios iba yo a...?

La interrumpió con un beso furtivo. No era nada comparado con los que se habían dado en la villa, pero aun así las rodillas se le doblaron.

—Lo único que te pido es que me escuches. Quizá después decidas concedérmelos.

—De acuerdo.

Le hizo un gesto para que continuara, confiando en que no se diera cuenta de que le estaba costando respirar.

—Lo primero que quiero es que vuelvas a París —dijo sacando un billete del bolsillo—. Te perdiste muchas cosas y quiero enseñártelas. Creo que te gustarán.

Jasmine tomó el billete y lo dejó en el mostrador de su rincón de trabajo.

—En segundo lugar, te pido que me perdones. Dije muchas cosas de las que me arrepiento. Quiero compensarte.

Ella abrió la boca para decir algo, pero Luca levantó la mano antes de que pudiera decir nada.

—Déjame terminar —continuó—. Quiero que me digas si mi amor por ti es recíproco —dijo y apoyó un dedo en sus labios—. No me contestes ahora. Tómate tu tiempo —añadió y le entregó un sobre—. Estas son las instrucciones para el caso de que quieras usar el billete de avión. El vuelo es dentro de cuatro días.

Luca se echó hacia delante y la besó suavemente una vez más.

—Creo que deberías destruir esas instrucciones una vez las leas —le susurró al oído—. Nadie más puede verlas.

Cuando salió por la puerta, todos los ojos de la peluquería estaban puestos en él.

A Jasmine le temblaba la mano al abrir el sobre. Leyó el mensaje y a continuación lo releyó lentamente. Al leerlo una tercera vez, el corazón se le subió a la garganta al llegar a la última línea: *Es opcional llevar bragas.*

Capítulo 17

¿Se presentaría? Las dudas de Luca superaban con creces su seguridad. Sabía que era arriesgado aquel encuentro, pero tenía algo muy claro: por Jasmine, valía la pena correr el riesgo.

Por suerte, la persecución de los *paparazzi* había dejado de ser tan agobiante como en semanas previas. Siempre tenían un nuevo escándalo que alimentar. Además, su declaración de amor televisada había influido en la opinión pública, especialmente después de anunciar que iba a dirigir la compañía con su hermano. Ya todo el mundo conocía que había dos herederos Legrand.

Esperó en las sombras de uno de los salones del museo de Orsay. La vieja estación de tren de París había sido convertida en un museo. No era tan grande como el Louvre y era mucho más tranquilo, algo que su mente necesitaba.

Miró la hora. Pasaban cinco minutos de la hora convenida. Y después diez. Más tarde quince. No iba a aparecer.

De repente vio a una mujer en la entrada de la sala. Llevaba un vestido rojo, unos zapatos de tacón negro que acentuaban sus bonitas piernas y un bolso al hombro. La melena oscura le caía en ondas por los hombros. Entró en la sala, miró a su alrededor y tomó un panfleto.

Se detuvo frente a *L'âge d'or: La nuit* de Léon Frédéric, tal y como Luca le había indicado. Había elegido aquella sala porque estaba apartada.

Se acercó sigilosamente hasta ella por detrás, confiando en que no lo oyera.

Aun así, probablemente sintió su presencia porque tan pronto como estuvo cerca, ella le habló.

—Los americanos deberían adoptar la misma actitud que los europeos respecto del cuerpo desnudo —dijo en voz suave y sensual.

—¿Eso crees?

—Desde luego. Somos demasiado puritanos —dijo observando aquel puñado de gente, la mayoría desnuda, durmiendo amontonada en medio del campo—. El cuerpo humano es muy bonito.

Luca le apartó el pelo del hombro.

—Tú eres muy bonita —susurró junto a su piel.

Luego la tomó de la barbilla y la hizo volverse hacia él. Sus enormes ojos lo miraron.

—Estoy muy contento de que hayas venido.

—Es muy difícil decirte que no, Luca Legrand.

Al oír aquello, sintió alivio.

—Espero que eso sea bueno.

—A veces —replicó sonriéndole.

Conocía aquella sonrisa. Era una mezcla de sensualidad e inocencia.

La sensación de alivio aumentó.

—Quisiera darte las gracias por hacer el viaje.

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Cómo me lo vas a agradecer?

—Hay muchas maneras, Jasmine.

Era cierto.

Quería ser muchas cosas para aquella mujer, no solo su amante. Quería ser el hombre junto al que se despertara cada mañana y con el que compartiera sus sueños y temores. Quería reír con ella, cocinar con ella, leer historias juntos acurrucados en el sofá. Quería compartir su vida con ella.

Aunque su sola presencia ya sugería muchas cosas, necesitaba desesperadamente saber que confiaba en él, y solo había una manera de averiguarlo.

—¿Confías en mí?

—No lo sé —contestó cruzándose de brazos—, no me has dado muchas razones para hacerlo. ¿Por qué?

Aunque trataba de mostrarse tranquila, Luca percibía el calor que emanaba de su piel, prueba de que sabía cómo iba a acabar aquello. Había sido muy explícito en su carta...

—Quiero hacer realidad una de tus fantasías —le susurró al oído.

—¿Ah, sí? —preguntó evasiva.

—Pero requiere confianza —dijo y se tomó unos segundos antes de continuar—. ¿Puedes perdonarme y confiar en mí?

Ella se quedó mirándolo fijamente, como si estuviera considerando su pregunta. Era muy importante para él que estuviera segura de lo que quería.

—Por favor...

—De acuerdo —concedió ella.

Una sensación de alivio lo invadió y Luca se contuvo para no gritar de alegría. En vez de eso, la tomó de la mano, la guio hasta una sala adyacente más pequeña y tranquila y la llevó directamente a un rincón, detrás de una estatua. Se quedó detrás de ella, ambos con la espalda pegada a la pared.

—Observa la escultura y lee la inscripción.

—No sé leer francés.

Deslizó la mano por debajo de la falda y poco a poco fue subiendo.

—Inténtalo. Léelo en voz alta.

—Eh... Jean Hugues... —comenzó y su voz se entrecortó al sentir que sus dedos continuaban explorándola por los muslos, el trasero desnudo, su entrepierna...

—¿Luca? —dijo volviendo la cabeza—. ¿Estás seguro?

—Calla —susurró—. Ábrete de piernas, échate hacia delante y sigue leyendo.

En vez de palabras, un gemido escapó de su boca.

Como consecuencia, Luca sintió una fuerte tensión en la entrepierna.

—No hay nadie más en esta sala y la luz es tenue. Nadie puede vernos.

Apenas la estaba rozando, pero podía percibir el calor del interior de sus muslos y su piel ligeramente húmeda.

—Sigue leyendo —le ordenó.

—*Torse de jeune...*

Jasmine dejó escapar un gemido al sentir que le separaba sus delicados labios.

—Continúa —susurró Luca y palpó su cálida humedad.

—*Fille* —prosiguió Jasmine y ladeó la cabeza—. ¿No lo estoy pronunciando bien, verdad?

—Lo estás haciendo muy bien.

Con la otra mano le acarició el pelo y luego el cuello, a la vez que le hundía dos dedos.

—¿Qué quiere decir?

—*Torse de jeune-fille* significa torso de niña.

Curvó los dedos y los apretó contra las delicadas paredes de su vagina.

—Ah.

Jasmine arqueó la espalda y levantó el trasero, para permitirle mejor acceso a su mano.

—Dime una cosa: ¿te gusta que te acaricie así en un lugar público?

—Sí —contestó, agitándose contra su mano.

—¿Te preocupa que alguien nos vea?

Luca sacó sus dedos húmedos y los frotó por su conejito antes de detenerse a jugar con su clítoris.

—Tal vez... Bueno, lo cierto es que no —añadió y jadeó.

Todavía había muchas cosas que quería hacerle a aquella mujer. Era apasionada, dispuesta y tenía un apetito sexual insaciable.

Y había viajado hasta allí. Eso tenía que significar algo. No habría hecho un viaje tan largo solo por sexo. Tenía que haber algo más.

Un hombre entró en la sala y los miró antes de acercarse a un Renoir que había en la entrada. Jasmine soltó un suave gemido junto a la palma de su mano.

—Calla —susurró Luca junto a su oído.

Luego bajó la mano desde su boca hasta el hombro, apartándole un mechón de pelo para besarla en la piel desnuda.

—Luca —jadeó.

—No voy a parar hasta que te corras en la palma de mi mano. ¿Cómo crees que este escultor, Jean Hugues, conocía tan bien el torso de esta mujer? —preguntó y se quedó callado, aunque no esperaba una respuesta—. Porque la tocaba, la acariciaba —continuó frotándole el clítoris con el pulgar mientras movía los dedos que tenía dentro de ella—. Seguramente se la folló de todas las maneras imaginables —susurró junto a su oído.

Los jadeos salían de lo más profundo de su pecho. Luca había aprendido que eso significaba que estaba cerca.

—Shh, *ma colombe*. Tienes que guardar silencio cuando te corras.

Se frotó la mejilla contra su pelo mientras le colocaba la mano plana entre las piernas.

Todo su cuerpo se estremeció y unas gotas de humedad cayeron en su mano.

—Sí, así —dijo y se aferró a él.

Luca hundió el rostro en su pelo. Aquella sensación le gustó tanto que le apartó el pelo y le dijo lo que sentía.

Había tenido un orgasmo en un museo, con gente en la misma sala. Aquello era... increíble. Y lo que era aún mejor era que Luca le había dicho que la amaba.

Esta vez lo había creído.

Después del museo, Luca la llevó a la torre Eiffel y subieron a lo más alto, en donde el viento amenazaba con dejarla literalmente expuesta al resto del mundo. Pero nada de eso le importaba porque estaba allí, en la torre Eiffel, junto al hombre al que amaba.

Una vez bajaron, Luca sacó una bolsa de pícnic y colocó todo en una manta sobre la hierba. Antes de que se sentaran, Luca la abrazó y le susurró cosas maravillosas junto al oído. Aunque algunas fueron algo subidas de tono, de lo que más le habló fue de lo que sentía por ella. Le contó lo asustado que había estado de que no apareciera y lo mucho que deseaba hacer realidad sus sueños y sus fantasías. Pero, por encima de todo, lo que más quería era demostrarle que aquello era algo más que sexo. Lo suyo tenía que ver con la comprensión y la compenetración de dos personas que confiaban la una en la otra.

Se volvió en sus brazos y lo rodeó por el cuello.

—¿Luca?

—¿Sí?

—Te perdono.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Así de simple?

—Me confesaste tu amor en televisión, renunciaste a tu herencia, cruzaste el mundo para llevarme una lámpara y me has traído hasta aquí. ¿Te parece simple?

Él rio.

—Bueno, si lo pones de esa manera...

Jasmine se puso de puntillas y lo besó apasionadamente en la boca.

—Por cierto —dijo alzando la barbilla—, yo también te quiero.

Luca gritó al cielo, la levantó del suelo y comenzó a dar vueltas con ella en brazos.

—Cuidado —gritó ella cuando la dejó en el suelo, y se estiró la falda—. No llevo nada debajo, ¿te acuerdas?

Jasmine rio, pensando en cómo cambiaba la vida. Luca le provocaba sensaciones muy dispares, desde el mayor placer que jamás había experimentado hasta la furia más intensa. Entre ambos extremos, había sufrido por él. Todas aquellas emociones la habían hecho sentirse más viva que nunca.

Se sentaron y disfrutaron de un almuerzo con pan, queso, vino y dulces que habían comprado en varias tiendas. No eran los únicos que estaban haciendo un pícnic en el parque y Luca pidió prestado un sacacorchos a un grupo cercano.

A Jasmine le estaba encantando París y su gente desinhibida.

—Estás sonriendo.

—Soy feliz —dijo mirándolo—. Gracias por invitarme a venir. Y gracias por lo que dijiste en la rueda de prensa. Espero que no hayas renunciado a todo por mí.

—Por supuesto que lo hice —terció con un brillo de malicia en los ojos—. Pero resulta que mi hermano es mejor persona que yo. Mi intención era nombrarlo presidente, pero hemos decidido llevar las riendas de la compañía juntos —añadió y dio un sorbo a su vino—. Es lo que mi padre siempre quiso.

—Oh, Luca —exclamó Jasmine y se echó hacia delante para besarlo.

Él le devolvió el beso con la desinhibición de un parisino enamorado.

—De todas formas, estoy pensando en un nuevo negocio —dijo y le acarició la mejilla—. Claro que necesito un socio.

—¿De qué se trata?

—Quiero volver a comercializar los vinos de mi madre. Es lo que más me gusta. Es una pena dejar que esos vinos se echen a perder.

—Es una magnífica idea.

—Sí, eso me parece —dijo tomando la mano que tenía libre—. Y quisiera saber si te gustaría ser mi compañera en esta aventura.

Ella se irguió, sorprendida.

—¿Quieres que vuelva a la villa?

—Sí, será un trabajo duro y tal vez tu pasión no sea la viticultura. Así que date un tiempo para...

—¡Sí! —exclamó Jasmine lanzándose a sus brazos antes de que pudiera terminar—. Sí, claro que sí.

Le sonrió. Aquello parecía un sueño hecho realidad.

—Desde el primer momento, allí me sentí como en mi casa.

—¿No te parece demasiado... rústico?

—No, me encantó.

—Bien. Vas a tener que aprender francés.

Le sirvió más vino y brindaron con sus copas.

—*J'ai déjà comencé.*

Jasmine sonrió al ver la expresión de satisfacción y sorpresa de Luca. Luego se estremeció cuando le susurró algo acerca de enseñarle más mientras deslizaba la mano por debajo de su falda.

Sonriendo, le apartó la mano y se colocó la falda. Luego recostó la cabeza en el regazo de Luca.

—Ya te lo dije —dijo ella, cerrando los ojos.

—¿El qué?

—Que las buenas historias siempre tienen un final feliz.

Jasmine abrió los ojos y se encontró con la mirada enamorada de Luca.

—*Touché.*

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com